

Periferias

Revista de Ciencias Sociales

Año 10 • N° 13

Primer semestre 2006

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES
SOCIALES Y POLÍTICAS

<http://fisyp.rcc.com.ar>

Revista Periferias
FISyP, Fundación de Investigaciones Sociales
y Políticas.
Av. Corrientes 1543, 5to. Piso.
(CP1042AAB) Buenos Aires, Argentina.
Tel./Fax 5077-8000
Mail: fisyp@rcc.com.ar
<http://fisyp.rcc.com.ar>

Producción editorial:
Darío Stukalsky

Corrección:
Julián Sánchez

Periferias es una publicación semestral.

Precio del ejemplar: \$ 12.

Impreso en Artes Gráficas Piscis S.R.L.
Junín 845, (1113) Buenos Aires, Argentina.

La Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas es una entidad sin fines de lucro, dedicada a la actividad de investigación, docencia y difusión en diversas áreas de Ciencias Sociales. Promover la edición de **Periferias**, Revista de Ciencias Sociales, es una iniciativa asumida como parte integrante de su actividad académica.

ISSN: 1514-559X

COMITÉ EDITORIAL

Daniel Campione
Alberto Fortunato
Julio Gambina
Oscar Martínez
Miguel Mazzeo
Irene Muñoz
Beatriz Rajland

COLECTIVO DE REDACCIÓN

Mariana Carroli
Claudio Casparrino
Alexia Massholder
Rodrigo Pascual
Tamara Perelmuter
Carla Poth
Florencia Puente

COMISIÓN DIRECTIVA

Presidente: Julio Gambina

Daniel Campione
Beatriz Rajland
Oscar Yankilevich

CONSEJO ASESOR INTERNACIONAL

Giorgio Baratta
(Universidad de Urbino, Italia)
Javier Arzuaga
(Universidad Autónoma del Estado de México)
Manuel Monereo
(Fund. de Investigaciones Marxistas-España)
Raúl Zibecchi
(Revista Brecha-Uruguay)
Georges Labica
(Universidad París X-Francia)
Tomás Moulian
(Universidad Arcis-Chile)

SUMARIO

Del Comité Editorial

Treinta años después. La dictadura y sus secuelas vistas desde el presente	7
--	---

Dossier: América Latina. Algunas visiones

Introducción	11
México y la actual coyuntura política: debilidades y fortalezas de la izquierda ante las elecciones presidenciales del 2 de julio de 2006 <i>Daniel Kersffeld</i>	13
Neoliberalismo y los “sujetos” potenciales de la revolución: notas para un debate <i>Eliel Machado</i>	33
Paraguay, un territorio en disputa. El avance de la soja transgénica y la resistencia campesina al modelo que implica <i>Mariana C. Fassi</i>	47

Artículos

Vanguardia y poder. La revolución cubana: una interpretación para aportar en el presente <i>Guillermo Martín Caviasca</i>	69
Nuestra manera de hacer las cosas. Producción, distribución y reflexión en el Grupo de Cine Insurgente <i>Natalia Vinelli y Alejandra Guzzo</i>	89

Comentarios de libros

¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios, de Miguel Mazzeo <i>Sebastián J. Rodríguez</i>	107
Ideología y cultura, de Héctor P. Agosti <i>Alexia Massholder</i>	113
GlobAL. Biopoder y luchas en una América latina globalizada, de Antonio Negri y Giuseppe Cocco <i>Rodrigo F. Pascual</i>	118
Los '68. París-Praga-México, de Carlos Fuentes <i>Luciana Ghiotto</i>	125

DEL COMITÉ EDITORIAL

Treinta años después. La dictadura y sus secuelas vistas desde el presente

El golpe de marzo de 1976 formó parte de una embestida contra los trabajadores y las clases populares, que rebasó lo coyuntural para proyectarse en una perspectiva estratégica. Se pretendía atacar la “subversión” no en sus efectos sino en sus causas. Se incluyó al frente de estas últimas la existencia de una clase obrera numerosa, concentrada espacialmente, y con altos niveles de organización. Se buscó dispersarla, debilitarla en términos materiales e ideológicos, y “descabezarla” a través del exterminio de sus cuadros más combativos.

La dictadura no se instauró exclusivamente para realizar el plan del ministro de Economía Martínez de Hoz, sino para realizar una “reestructuración” de la sociedad argentina, en la que la política económica, la represión y la expansión de una concepción del mundo reaccionaria y “despolitizadora” se articulaban complejamente. Lo que el plan económico tuvo de destrucción de presupuestos objetivos para el desarrollo del movimiento obrero y otros sectores contestatarios, contribuyó decisivamente a cumplir los objetivos políticos y culturales de la dictadura. El aplastamiento violento de cualquier forma de resistencia prestó un clima de “paz social”, indispensable para que las medidas que iban claramente orientadas contra los intereses de la mayoría de la población logaran imponerse. El conjunto se articulaba en una estrategia integral, alimentada por el consenso existente entre las expresiones fundamentales del poder.

Los apoyos y los silencios frente a las acciones dictatoriales llegaron mucho más allá del núcleo liberal-conservador, predispuesto “naturalmente” a impulsar o al menos a acoger con beneplácito los golpes militares, y contribuyeron a la realización de parte de sus objetivos. Ninguno de los partidos políticos con alguna signi-

ficación electoral dejó de incurrir en consentimiento activo o por omisión, obteniendo variadas compensaciones en trueque, en un rango que fue desde cargos para sus dirigentes hasta la permisión de una precaria legalidad, en lugar de la proscrición y persecución abiertas, que se reservaban a quienes se suponía inclinados a la resistencia. Se generaron amplias cadenas de complacencia e incluso complicidad en los más variados ámbitos sociales. Ellas incluyeron la estigmatización de quienes pretendían oponerse, y la justificación, directa u oblicua, de desapariciones, asesinatos, prisiones y exilios.

Además del “éxito”, constituido por una desmovilización general que sólo se iría revirtiendo con mucha lentitud, la coalición que dio sustento a la dictadura logró implantar la desvalorización de las políticas de tipo “populista” y de “estado benefactor”, y una virtual “demonización” de todo lo que pudiera oler a socialismo, pensamiento crítico, o inconformismo de cualquier género. El aislamiento político y cultural de las corrientes de izquierda radical, con las organizaciones armadas en primer término, fue ampliamente logrado, facilitando un marco favorable para consumir su aniquilación. El capital concentrado y diversificado se reforzó ampliamente, y este avance pasó a constituir un dato permanente de la estructura social. Incluso habilitó al empresariado, enriquecido con la dictadura, a organizarse como factor de la “transición a la democracia”, y pasar a cobrar en nuevas prebendas su apoyo a las instituciones restauradas, ya seguros de que la “subversión” no golpearía a sus puertas.

La repulsa a las prácticas de la dictadura y el desprestigio ilevantable de los militares en función política, que se profundizó y generalizó de 1983 en adelante, con todo el valor que posee, albergó una evaluación parcial y sesgada del proceso dictatorial. Se criticaron los métodos de la represión, pero sin apuntar a sus propósitos estratégicos; los resultados de la política de Martínez de Hoz, pero no las bases del discurso neoliberal que justificaba sus objetivos de fondo. La impronta individualista, desvalorizadora de la militancia y la acción colectiva, se demostraría persistente hasta nuestros días en amplios sectores populares. El “tabú” de que los proyectos de transformación social no debían traspasar los límites de la propiedad privada ni de la democracia parlamentaria, so pena de atraer nuevamente el terror de estado, también tuvo prolongado arraigo. Los empeños encabezados por Alfonsín, primero, y Menem, después, por garantizar impunidad a los represores, levantaron fuertes rechazos, pero no los suficientes para impedir su puesta en práctica, prolongada por demasiado tiempo.

Las políticas de “reformas estructurales”, puestas en agenda durante la presidencia de Alfonsín y consumadas en los ‘90, pueden ser interpretadas como un triunfo post mortem de la dictadura, en tanto que expresión de una renovada ofensiva del gran capital, cuyos caminos fueron allanados por el poder destructivo y de

cooptación desplegado por los verdugos de 1976. Las mismas grandes empresas que propiciaron y aplaudieron la desaparición de delegados obreros durante la dictadura, se congratularon junto a Menem del aplastamiento de los salarios, la precarización del trabajo y el paso de las empresas estatales a su propiedad.

Visto desde el presente y desde “abajo”, el golpe militar de 1976 nos sigue señalando una derrota de vastos alcances para los ideales de construcción de una sociedad justa e igualitaria. Sólo las movilizaciones de los últimos años, incluyendo en lugar destacado las de diciembre de 2001, alcanzaron a marcar una recuperación al menos parcial de la iniciativa popular, el resurgir de la capacidad de marcar límites a las pretensiones más destructivas de quienes habitan las diversas esferas del poder. Siquiera en términos difusos, la idea de tomar el destino en las propias manos volvía a despuntar como un horizonte posible.

Esta vez, la recomposición de la legitimidad y el control social por parte de las clases dominantes requirió del abandono del discurso neoliberal y la recomposición de ciertos lazos entre el estado y los intereses de las organizaciones populares. Ello incluyó la “oficialización” de una mirada sobre la última dictadura, que abarca la reivindicación de las luchas de los ‘70 y la anulación de las leyes de impunidad. Sin embargo, desde el poder se demanda en trueque la renuncia a toda pretensión de transformación radical de la sociedad. Los setenta son reivindicados con un beneficio de inventario que, a la hora de precisar objetivos, coloca al “capitalismo serio” en el lugar de la “patria socialista”. Las organizaciones populares son invitadas a la adhesión, mientras las decisiones se concentran en la cúpula, y las renuentes corren riesgo de hostigamiento y “criminalización”.

Las secuelas del golpe de marzo de 1976 siguen habitándonos consciente o inconscientemente, expresadas con lenguaje conservador o envueltas en discursos de apariencia progresista. La superación completa de las herencias económicas, políticas y culturales está todavía pendiente para la sociedad argentina. No alcanza con repudiar los crímenes del pasado, si eso no va acompañado por la apuesta a futuro. Ello entraña la recuperación del sueño colectivo de terminar con la riqueza, el poder y el prestigio acumulados gracias a la explotación, la alienación y la represión de las mayorías. O, lo que es lo mismo, con la transformación de un orden social que sigue chorreando sangre, aunque hoy viva la hora de las buenas maneras, de la “convivencia democrática” y la “tolerancia”, que pretende aparecer concediendo graciosamente, a cambio de un horizonte de lo posible que siga reducido a la administración de lo existente.

A partir de la década del '70 se produjo, a nivel mundial, una reconfiguración de las relaciones de producción capitalistas que afectó a muchos países latinoamericanos. Las múltiples estrategias para estructurar nuevas formas hegemónicas del capital transnacional en América Latina comprendieron desde dictaduras electoralistas, hasta la preponderancia de golpes militares en los países del cono sur. Estos gobiernos dictatoriales, impulsados por las clases dominantes nacionales y por el imperialismo norteamericano, que veían en ellos la posibilidad de instaurar “la paz social” y permitir la implementación de políticas económicas tendientes a su beneficio, sumergieron a estos países en sangrientas transformaciones, que tendieron a acallar las voces de disconformidad de aquellos que soñaban con una sociedad más justa.

Los cambios acaecidos tuvieron las características propias del proceso que llevó adelante tales transformaciones, y respondieron a las particularidades históricas de cada realidad nacional. Sin embargo, el retroceso de los sectores sociales y políticos más combativos, la pérdida de poder de los trabajadores y el debilitamiento de las fuerzas de izquierda fueron denominadores comunes. Además, el proyecto de liberalización, promovido por los organismos internacionales, avanzó sin limitaciones, permitiendo la libre circulación de capitales, las privatizaciones, el endeudamiento y el crecimiento de la inversión especulativa. Estas medidas, que intentaron poner fin a la desaceleración de las tasas de ganancia y al crecimiento de las fuerzas del trabajo en el proceso productivo, adquieren hoy formas renovadas, a través de la implementación del ALCA y otros tratados de libre comercio, estrategias que buscan crear un marco internacional de certidumbre para el capital. A

pesar de estos cambios, aún hoy se visualizan las consecuencias económicas, sociales y políticas devastadoras de ese escenario.

Actualmente, se percibe el surgimiento de diversas experiencias de lucha y organización que, aunque a menudo se encuentran aisladas o insuficientemente articuladas, representan un escenario social de activa conflictividad. Ha comenzado a renacer el cuestionamiento al predominio absoluto del gran capital, a la democracia parlamentaria como horizonte indisputado de la institucionalidad política, al rol de espectador sólo movilizado a la hora de la convocatoria electoral.

El objetivo del presente dossier es presentar algunos casos nacionales que reflejan diferentes caminos de lucha. Cada uno de ellos es parte de una propuesta alternativa, abierta o solapada, al establecimiento del libre mercado, y contra un escenario de mayor concentración económica, política y cultural del gran capital. A conciencia, no hemos optado por los casos hoy más difundidos, como Venezuela y Bolivia, sino por Paraguay, México, y una comparación entre movimientos sociales de Brasil y Argentina.

Daniel Kerssfield analiza el perfil y la trayectoria histórica de los partidos políticos mexicanos, en el contexto de las elecciones presidenciales nacionales celebradas en julio del presente año. Asimismo, explora las visiones que la sociedad mexicana ha construido frente a éstos y frente a la “otra campaña” llevada a cabo por el zapatismo.

Eliel Machado, por su parte, nos presenta dos de los movimientos sociales de Brasil y Argentina, MST y piqueteros respectivamente, como “sujetos potenciales de la revolución”, en su relación con el estado y los partidos políticos.

Finalmente, Mariana Fassi nos ofrece un claro panorama de la situación en Paraguay, en donde el principal actor de resistencia, el campesinado, se enfrenta al modelo económico que busca imponer el avance de la soja. La autoorganización y la articulación de vínculos sociales renovados aparecen aquí como ejemplo de confrontación al capital.

MÉXICO Y LA ACTUAL COYUNTURA POLÍTICA: DEBILIDADES Y FORTALEZAS DE LA IZQUIERDA ANTE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DEL 2 DE JULIO DE 2006

*Daniel Kerssfield**

Introducción

Pese a que los números de la macroeconomía deberían indicar lo contrario, en el México del Presidente Fox, es decir, bajo el así autoproclamado “Gobierno del Cambio”, los sentimientos prevalecientes en una gran parte de la población son los de desazón y frustración. En este sentido, aunque durante el año 2005 la economía del país haya crecido un tres por ciento, y el déficit fiscal sea prácticamente inexistente, lo cierto es que “el deterioro de la calidad de vida y el pesimismo sobre el futuro son incuestionables”.¹ Aun así, y como se podrá ver en las siguientes páginas, son muchos los mexicanos que, ante el temor al cambio, prefieren continuar respaldando a un gobierno y a un partido que, pese a todo, no los ha terminado de conformar.

En efecto, el índice del empleo formal recién en agosto de 2005 comenzó a superar al de diciembre de 2000, ya que los puestos de trabajo creados durante el actual sexenio fueron apenas poco más de trescientos mil, bastante lejos del millón trescientos mil anuales prometidos durante la campaña presidencial. Tampoco se

* Licenciado en Ciencia Política (UBA), Maestro en Ciencias Sociales (FLACSO-Argentina), Doctorando en Estudios Latinoamericanos (UNAM).

1 Delgado Selley, Orlando, “2006: una campaña, otra campaña y esta campaña”, en *Memoria. Revista mensual de política y cultura*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), México, 2006, N° 205, pág. 6.

hizo demasiado por mejorar la política salarial, puesto que los que cobran un salario mínimo perciben, en realidad, una cuarta parte de lo que se les asignaba en 1979. Por otra parte, el Producto Interno Bruto anual ha sido bajísimo, de apenas 0,28% por habitante, y aunque el gobierno festeje porque el crecimiento de los últimos cinco años de México ha sido del orden del 9,4%, lo cierto es que esa cifra corresponde a tan sólo un año de crecimiento de una economía en expansión, como por ejemplo la de la China. Por último, la enorme riqueza petrolera, junto con las remesas originadas en los millones de compatriotas que laboran en los Estados Unidos y, por qué no, también los cuantiosos dividendos provocados por el lavado de dinero proveniente del narcotráfico, han sido utilizados, más que para favorecer el desarrollo de los planes sociales destinados a poblaciones marginadas o en riesgo, a fortalecer un sistema bancario privado en pleno crecimiento (así, el BBVA tiene como filial más rentable a la mexicana). Todo ello sin contar, claro está, con el crecimiento en el índice delictivo, y, en general, con el terrible aumento en el fenómeno de la violencia urbana, ocurrido durante este último mandato presidencial, producto del aumento de la pobreza y por la fuerte irrupción de grupos de narcotraficantes en connivencia con distintos departamentos de la policía.²

Por todos estos motivos, y más allá del falso exitismo propagandeado por el gobierno, la sociedad mexicana admite, en líneas generales, que el gobierno de Fox se ha convertido en una gran desilusión. Y las campañas políticas de los candidatos a sucederlo con la elección presidencial del 2 de julio de ningún modo podrían ser ajenas a este clima de opinión. Aun así, lo sorprendente es que, ante el temor generado frente a Andrés Manuel López Obrador, el candidato del izquierdista PRD, que muchos ven como errático, populista e inestabilizador, y frente a otro como Roberto Madrazo, del PRI, sin mayor atractivo, señalado como corrupto y proveniente de un partido severamente cuestionado en amplias franjas de la sociedad, se alza la figura oscura, opaca y sin mayor carisma del aspirante oficialista, Felipe Calderón. El empate técnico en el que según la mayoría de las encuestas se encontrarían hoy el Partido de la Revolución Democrática y el Partido Acción Nacional podría significar el triunfo para cualquiera de los dos: López Obrador apostando por un tibio cambio en el régimen económico del país, que permita una mejoría en las condiciones de vida de la mayoría de la sociedad, aunque sin cuestionar los ejes centrales del neoliberalismo, y Calderón defendiendo el actual modelo económico y social, con un discurso de refuerzo de las instituciones democráticas y republicanas luego de más de 70 años ininterrumpidos de gobiernos priístas.

2 Ruiz Harrell, Rafael, *Balance general de la delincuencia*, México, Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad, 2005.

Pero como la lectura de la realidad no puede ser efectuada sin tener en cuenta un marco histórico que nos permita ir siguiendo el desarrollo de las fuerzas que interactúan en esta elección presidencial, la primera sección de este artículo será destinada a abordar la historia de los partidos en lucha, focalizando siempre cómo se entrelazan el pasado con el presente en cada una de estas organizaciones. Luego de analizar el trasfondo histórico de la actual coyuntura, una segunda parte se ocupará de la interpretación del proceso eleccionario mexicano, tomando como elementos centrales a la campaña “oficial”, a la “otra campaña”, dirigida por el Ejército Zapatista, y al caso particular del PRD, el partido de la izquierda que, aun en medio de su crisis, puede todavía quedarse con la presidencia del país.

Los principales actores desde una perspectiva histórica

El Partido Revolucionario Institucional (PRI)

Si el análisis lo encaramos desde una perspectiva histórica, la primera organización que debemos analizar es aquella que, si bien actualmente no está en el poder, sí lo estuvo por más de siete décadas: el Partido Revolucionario Institucional. Debido al peso que históricamente ha tenido este partido, se puede afirmar que el PRI se encargó de moldear la política mexicana a su imagen y semejanza. Surgido como una consecuencia directa de la Revolución, y agotados los tiempos políticos del plural, heterogéneo y por momentos contradictorio movimiento antirreeleccionista, el PRI fue menos un verdadero partido político que un “sindicato” de caudillos regionales, característica esta última que todavía hoy sobrevive y que, frente a las fuertes tensiones y a las múltiples líneas internas que históricamente lo han caracterizado, le ha impreso una lógica fundamentalmente acuerdista ante cualquier posibilidad de disenso y/o de ruptura. En este sentido, fue Plutarco Elías Calles, general revolucionario, presidente entre 1924 y 1928, y finalmente árbitro de la Revolución, quien en las sombras del poder tejió el armado y puso en ejecución al Partido Nacional Revolucionario, primer antecedente del PRI, surgido en 1929. Nueve años más tarde, Lázaro Cárdenas, gobernante inmensamente popular por los logros sociales de su gestión y por la defensa de la soberanía del petróleo frente a los Estados Unidos, se encargó de reformular a esta organización, para terminar conformando el Partido de la Revolución Mexicana. Por último, fue Miguel Alemán, en 1946, quien terminó de configurar el armado moderno del Partido Revolucionario Institucional, inalterable e inalterado en su esencia desde aquellos años y hasta ahora.

Resulta difícil distinguir entre el Estado y el PRI en todo el tiempo que éste fue gobierno, es decir, hasta el año 2000. Convertido en una formidable maquinaria electoral y constituido en torno a diversos tipos de ejercicios clientelares y corruptos, este partido se caracterizó por apelar a prácticas y a discursos populistas (que, en el caso del gobierno de Cárdenas, llegaron incluso a tener un basamento “socialista”), y a mantener viva la memoria revolucionaria; claro está, siempre más viva a medida que desaparecían la “vieja guardia” revolucionaria y dirigente de la organización y los logros obtenidos durante los primeros tiempos del régimen (esto último, como resultado de la ofensiva conservadora propulsada también desde el mismo PRI). Con un modelo determinado de promoción de los militantes y dirigentes, quienes antes de subir al siguiente escalón deben dar muestras de total lealtad al partido, y particularmente a su referente, y con un también particular modo de elección del sucesor presidencial, en quien recaía el “dedazo” del gobernante de turno, señalándolo así como el elegido para cumplir la trascendental misión, el PRI se fue estructurando como un partido con vocación hegemónica y claramente antidemocrática: en todo caso, y todavía hasta hoy, los procesos eleccionarios sólo han servido para ratificar un acuerdo al que los dirigentes llegan siempre, aunque siempre tras bastidores.

Sería la represión estudiantil en Tlatelolco, ocurrida el 2 de octubre de 1968, y que provocó un número hasta hoy indeterminado de muertos y heridos, el hecho que simbolizaría un parteaguas en la historia del Partido como único instrumento válido para la transmisión y la canalización de las demandas populares.³ La deslegitimación en la que fue cayendo el régimen priista fue cada vez más profunda, ya que a sus prácticas corruptas se unió, desde principios de los '70, una política cada vez más represiva ante la protesta de los sectores obreros, campesinos y estudiantiles, y la aparición de una importante cantidad de focos guerrilleros distribuidos en distintas regiones del país. El boom petrolero disfrutado por México a mediados de los años '70 pudo, momentáneamente, aquietar toda esta creciente inestabilidad que, sin embargo, volvería a instalarse todavía con más fuerza a fines de esa década, momento en el que debió realizarse una reforma electoral para permitir la llegada de partidos opositores al Parlamento, y en la que el gobierno se vio en la necesidad de nacionalizar la banca privada para conseguir recursos, constituyéndose en el punto crítico de esta secuencia la cesación de pagos de la deuda externa llevada a cabo en 1982.

Los últimos veinticinco años de la vida del PRI han sido los de su conversión al neoliberalismo, la pérdida de su ala más progresista y, finalmente, la pérdida del

3 Cockcroft, James D., *América Latina y Estados Unidos. Historia y política país por país*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004, pág. 130.

gobierno del país por primera vez en setenta y un años de régimen ininterrumpido. Efectivamente, fue con el gobierno de Miguel de la Madrid, entre 1982 y 1988, que tuvieron lugar los dos primeros procesos; particularmente, la salida de la “Corriente Democrática”, para la constitución de lo que más tarde sería el actual Partido de la Revolución Democrática, generaría un alto impacto social y político. La controversial llegada al poder de Carlos Salinas de Gortari significó la ratificación del modelo neoliberal impuesto desde el sexenio anterior, y, al mismo tiempo, la necesidad de ampliar la participación de la oposición en el Estado a fin de restaurar la legitimidad que el PRI estaba perdiendo a pasos agigantados. Así, y por primera vez en 1988, el priísmo debió resignar la gobernación de algunos estados a la oposición de derecha del PAN, y varios municipios y bancas parlamentarias a la izquierda democrática. Sin embargo, nuevas denuncias de fraude, con un amplio respaldo popular, tuvieron lugar en las elecciones parlamentarias de 1991, y en la contienda para gobernador en el estado de Michoacán celebrada al siguiente año, motivando la renuncia del funcionario electo poco tiempo después de asumir su cargo. La elección de Luis Donaldo Colosio, primero como secretario del partido y, en noviembre de 1993, como candidato presidencial, intentó ser un gesto de apertura con la oposición y de democratización interna, en un momento en que el PRI era severamente cuestionado por su autoritarismo y por sus prácticas corruptas, todo ello en medio de un contexto de crecimiento de la pobreza y de una profundización de la crisis social. Sin embargo, el asesinato de Colosio en marzo de 1994, y la falta de esclarecimiento del crimen cometido, truncaron de hecho cualquier posibilidad de cambio en el partido, al menos en el corto y mediano plazo: su relevo, Ernesto Zedillo, pudo ganar las elecciones presidenciales de ese año, aunque en medio de un creciente clima de impopularidad.

La aparición de la guerrilla zapatista en el sureño estado de Chiapas, el mismo día en que entraba en vigencia el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá, el 1° de enero de 1994, también fue un factor que contribuyó a desequilibrar al gobierno priísta, mientras que su política represiva contra el movimiento armado generaba una amplia ola de rechazos, no sólo desde la propia izquierda mexicana, sino también desde la latinoamericana y la europea. Asimismo, la crisis económica de 1994 (con sus correlatos internacionales en el recordado “Efecto Tequila”) se constituyó en una importante muestra de la endeblez del programa económico del gobierno. En este crítico contexto, la pérdida de la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados en las elecciones parlamentarias de 1997 fue, apenas, una prefiguración de lo que iría a ocurrir tres años más tarde, cuando, por primera vez en toda su historia, el Partido Revolucionario Institucional fuera derrotado en una contienda presidencial: Francisco Labastida, ex gobernador del estado de Sinaloa y ex Secretario de Gobernación del gobierno de Zedillo, sería quien ostentaría el dudoso privilegio de convertirse en el primer candidato del PRI venci-

do en una elección presidencial, en esta ocasión, a manos del referente del PAN, Vicente Fox Quesada. Una nueva historia se comenzaría a escribir para el PRI a partir de ese momento: antes y durante 71 años como partido de Estado, y desde el año 2000, como partido de oposición.

El Partido de la Revolución Democrática (PRD)

El Partido de la Revolución Democrática se propuso, desde su fundación, recuperar el ideario de la justicia social, que inicialmente había cobrado fuerza durante los tormentosos años de la Revolución Mexicana, y que luego sería recuperado durante los tiempos del gobierno de Cárdenas, en los años '30 del pasado siglo. Hace exactamente veinte años tuvo lugar el surgimiento de una línea interna disconforme con la falta de mecanismos democráticos en la organización interna del PRI, y contraria al proceso de neoliberalización que, cada vez con más fuerza, se iba convirtiendo en la ideología esencial del tradicional partido. Sería finalmente la elección de Salinas de Gortari como candidato presidencial el hecho que derivó en la escisión de la así llamada “Corriente Democrática”, a cuyo frente se encontraba el ex gobernador del estado de Michoacán, Cuauhtémoc Cárdenas, prestigioso dirigente priista, hijo del presidente Cárdenas. La salida de dicha línea interna constituiría, sin lugar a dudas, la ruptura más importante en la historia del Partido Revolucionario Institucional, el que de ese modo se vería privado de su ala más progresista y, por ende, de una importante porción de su propio electorado.⁴

Una vez fuera del PRI, la “Corriente Democrática” se asoció a un conjunto de pequeños partidos de izquierda, como el Popular Socialista, el Socialista de los Trabajadores, el Auténtico de la Revolución Mexicana y, fundamentalmente, el Partido Mexicano Socialista (este último, una fusión del Partido Mexicano de los Trabajadores y del Partido Socialista Unificado, heredero directo del viejo Partido Comunista Mexicano), para conformar el Frente Democrático Nacional (FDN), en asociación con distintas organizaciones campesinas, cívicas y estudiantiles. Con Cárdenas como candidato, el FDN participó en las elecciones presidenciales de 1988, obteniendo un 30% de los votos, aunque la “caída del sistema”, en el momento en que se estaba realizando el escrutinio, reafirmó las sospechas de que era el Frente el que en realidad había triunfado en dicha contienda. Con todo, el gobierno priista reconoció el triunfo del FDN en la Ciudad de México y en otros municipios,

4 Cockcroft, James D., *América Latina y Estados Unidos*, pág. 141, y Modonesi, Massimo, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, México, Juan Pablos-Universidad de la Ciudad de México, 2003.

obteniendo además dos senadores nacionales y un grupo importante de diputados federales.

Fue en marzo de 1989 que los partidos y agrupamientos que habían contribuido a la formación del Frente decidieron fundirse en un nuevo tipo de organización, dando nacimiento así al Partido de la Revolución Democrática, siempre presidido por Cuauhtémoc Cárdenas. En tanto que, al siguiente año, el “Éxodo por la Democracia”, una campaña que contribuiría a la caída del gobernador del Estado de Tabasco, se ocupó de proyectar a nivel nacional la figura del actual candidato a presidente por el PRD, Andrés Manuel López Obrador. Por los resultados obtenidos en las elecciones de 1991 y 1992, pareció que el nuevo partido de izquierda había perdido parte de su empuje inicial, en comparación con la importante cantidad de votos conseguidos en su primera elección contra el PRI en 1988: en este sentido, en la contienda presidencial de 1994, en la que finalmente triunfó el priista Ernesto Zedillo, Cárdenas, otra vez como candidato del PRD, obtuvo poco más de 16%. Mientras tanto, en aquel mismo año, el actual candidato del PRI, Roberto Madrazo, triunfaba con fraude sobre López Obrador en la competencia por el gobierno del Estado de Tabasco. Dos años más tarde, el hoy candidato presidencial del PRD era elegido como nuevo presidente del Partido, una suerte de resarcimiento para quien se estaba convirtiendo en uno de los dirigentes más destacados y con mayor futuro político de la izquierda mexicana.

El PRD recibió un nuevo espaldarazo a su prédica social y democratizante cuando, en 1997, Cárdenas se convirtió en alcalde del Distrito Federal, con más del 40% de los votos, triunfo que sería ratificado en los comicios de los siguientes dos años para la gobernación de Zacatecas, Tlaxcala y Baja California Sur. Aunque fuertemente anclado en la Ciudad de México, el partido de la izquierda mexicana conseguía, de este modo, irradiarse por distintos estados en su intención de convertirse en una auténtica fuerza de inserción nacional. Sin embargo, las buenas expectativas que en un principio se tenían con relación a las elecciones presidenciales del año 2000 se vieron frustradas ante el triunfo final del llamado “voto útil”, que permitió la llegada al gobierno del PAN, relegando al PRD a un tercer puesto, con el apoyo de tan sólo el 16% del total del electorado mexicano. En este contexto, únicamente el triunfo de López Obrador como alcalde de la Ciudad de México impidió que de los militantes del PRD se apoderara un sentimiento generalizado de derrota. Los últimos años de vida del partido estuvieron caracterizados por un firme crecimiento hacia todas las regiones del país, y por triunfos electorales para la gobernación de Michoacán, Zacatecas, Baja California Sur y Guerrero (este último, un tradicional bastión priista), aunque a ello se le sumó la pérdida de Tlaxcala en 2004.

El Partido Acción Nacional (PAN)

El último de los protagonistas de esta elección no es otro que el partido que, desde el año 2000 y hasta la actualidad ocupa la presidencia de la nación. Y si bien en un principio el Partido Acción Nacional se presentó como la contracara del PRI y de los logros sociales alcanzados por la Revolución Mexicana, sobre todo en los años '90, esta organización vivió un giro hacia el populismo, en la convicción de que, para poder llegar al poder, antes había que saber llegar a las masas. El partido que históricamente fungió como la oposición de derecha del PRI (sobre todo cuando éste ocupaba con comodidad el espacio comprendido entre el centro político y una izquierda de raigambre populista) tuvo sus orígenes en 1939, como un desprendimiento de la Unión Nacional Sinarquista, organización fundada dos años antes que agrupaba a sectores reaccionarios bajo consignas fascistas y contrarrevolucionarias, y que fue particularmente fuerte entre los arrendatarios, a quienes proponía la propiedad de sus tierras. Bajo una fuerte prédica anticomunista, liberal en lo económico, católica y nacionalista, el Partido Acción Nacional nació gracias a la acción de Manuel Gómez Morín, uno de los llamados “Siete Sabios” y ex rector de la Universidad de Monterrey, quien recibió una fuerte ayuda financiera para su proyecto político por parte del grupo de industriales de esa ciudad, así como también un decisivo apoyo de la curia mexicana. Fue finalmente la consolidación del modelo cardenista de nación y de partido lo que de hecho impulsó la formación de este partido, pensado primero como una valla de contención ante lo que se avizoraba como una nueva expansión del proyecto revolucionario mexicano.⁵

Siendo el partido de oposición más importante en las últimas seis décadas (exceptuando, claro está, la elección presidencial de 1988, en la que se le arrebató el triunfo al PRD por medio del fraude), a fines de los años '80 el PAN comenzó a vivir un proceso de modernización que lo fue acercando a los sectores más neoliberales de la economía mexicana, a medida que reafirmaba su tendencia populista y neoconservadora en lo político. A partir de 1992, este partido se alzó con varias gobernaciones (empezando por la de Baja California, que implicó el primer reconocimiento de una derrota electoral por parte del PRI), y con un creciente número de representantes parlamentarios. Para las elecciones presidenciales de 1994, el PAN presentó como candidato a Diego Fernández de Cevallos, hasta hace un tiempo titular del Senado mexicano y todavía “líder moral” del partido, mientras que en la compulsada de 1997 logró el triunfo en varios estados de la República, obteniendo también un

5 Nudelman, Ricardo, *Diccionario de política latinoamericana del siglo XX*, México, Editorial Océano, 2001, pág 324-5.

amplio conjunto de 123 diputados federales. Así las cosas, la situación pronto estuvo dada como para que en la siguiente elección presidencial el PAN se hiciera con el gobierno federal. Gracias a una estrategia centrada en el valor del “voto útil” como herramienta válida para desplazar al PRI del poder, lo que le permitió que hasta cierta franja del electorado del PRD decidiera inclinar su voto a la derecha, Vicente Fox pudo convertirse en el nuevo presidente de los mexicanos en julio del año 2000.

Para diferenciarse de toda la anterior experiencia del régimen priísta, el sexenio de Fox fue bautizado originalmente como “el Gobierno del Cambio” o el de la “Transición a la Democracia”: a poco de andar, se demostraría que éstas eran simples fórmulas huecas y que el PAN operaba como un eficiente continuador de la receta neoliberal aplicada en el país desde mediados de los años '80. La presidencia de Fox cuenta, además, con participación de los sectores más reaccionarios del PAN, como los “Legionarios de Cristo”, institución religiosa todavía más poderosa y conservadora que el Opus Dei (en la que incluso militan varios miembros del entorno presidencial, como su influyente esposa Marta Sahagún), y “El Yunque”, verdadera logia de ultraderecha, heredera del sinarquismo, enquistada en distintos ámbitos del poder y, por medio de la activa participación de algunos funcionarios, dentro mismo del gobierno.⁶ Por su parte, y a diferencia de los anteriores presidentes de signo priísta, Vicente Fox, ex gerente de la sucursal mexicana de la Coca Cola, y gobernador, por un breve lapso, del estado de Guanajuato, fungió más como un títere al servicio de intereses empresariales, tanto locales como extranjeros, que como un gobernante con verdadera capacidad de mando. Asimismo, y en cuanto al frente externo, particularmente en su relación con los Estados Unidos, Fox se ha caracterizado por el constante desinterés por la suerte de sus millones de compatriotas, que desempeñan, en el vecino país del norte, los trabajos más rudos y peor pagados. En conclusión, y a manera de síntesis, podemos afirmar que, en extensas franjas de la población mexicana, son los sentimientos de frustración y de desesperanza ante el incumplimiento de las promesas de cambio, formuladas en la campaña para desalojar al PRI del poder, los claros resultados luego de casi seis años de gobierno panista.

6 Delgado, Álvaro, *El Yunque: la ultraderecha en el poder*, México, Grijalbo, 2004.

El momento de las campañas

La “campaña oficial”

Como afirmábamos en la introducción de este trabajo, hoy México se haya en una situación verdaderamente inesperada: por primera vez, y luego de haber encabezado las encuestas de intención de voto durante más de dos años, López Obrador se encuentra en un empate técnico con su homólogo del oficialismo, Felipe Calderón. Mientras tanto, el representante del otrora todopoderoso Partido Revolucionario Institucional, Roberto Madrazo, cuestionado por otros dirigentes de su propia organización, apunta su estrategia hacia el interior de las filas priistas, a fin de evitar la fuga de apoyos hacia las más prometedoras fuerzas panistas o perredistas. De este modo, y si a principios de abril la encuesta publicada por el diario Milenio situaba al PRD con un 34%, y a tres puntos de ventaja sobre los otros dos partidos, a principios de mayo, el PAN obtiene un 36%, aventajando a la centroizquierda por tres puntos y al PRI por ocho. En tanto que en una nueva encuesta del mismo diario, conocida el 29 de mayo, el PRD, con el 33,6%, aventaja por cinco décimas al PAN, mientras que el PRI figura en el tercer lugar con el 30% de las preferencias. La relativa cercanía en la intención de voto de cada partido nos refiere la dificultad para encontrar verdaderas diferencias de fondo en sus propuestas electorales, siendo el papel que le correspondería al Estado en una economía de mercado (es decir, del grado de intervención en ella) el principal punto de ruptura entre ellos. Así, mientras que el PAN pregona abiertamente las ventajas del neoliberalismo y, por lo tanto, de la prescindencia de la actuación estatal en el marco de la economía, sus contrincantes apuestan, por el contrario, a un mayor intervencionismo, a partir de la puesta en ejecución de planes sociales, aunque sin por ello reeditar el viejo esquema del Estado Benefactor.

Los mencionados no constituyen los únicos actores de esta elección, aunque sí los más relevantes. Además del PRD, el PAN y el PRI existen otras dos fuerzas más que, si bien no buscan la presidencia, al menos intentan mantenerse dentro del registro partidario del Instituto Federal Electoral, o bien restarle votos al PRI. Así, mientras que el Partido Alianza Socialdemócrata y Campesina (PASC) intenta construir un perfil propio como una izquierda más moderna y no tan populista (como sería el caso del PRD), el Partido Nueva Alianza (PANAL), surgido de una escisión del PRI, busca arrebatarse votos a Madrazo, para debilitarlo aún más frente a sus oponentes, externos e internos. Aunque entre los dos no suman mucho (según la mayoría de las encuestas, el PASC tendría un 3% mientras que el PANAL, tan sólo un 1%), en un contexto de empate técnico entre las dos primeras fuerzas, como el

que actualmente se vive, la negociación con estos pequeños partidos se convierte en un elemento fundamental para asegurarse el triunfo.

Como no podía ser de otra manera, la campaña se ha tornado muy violenta, con graves acusaciones de corrupción formuladas entre todos los candidatos de los partidos principales. De hecho, los reclamos efectuados por López Obrador y por Calderón frente al Instituto Federal Electoral han posibilitado que algunos spots, de contenido particularmente agresivo, dejasen de ser emitidos por la televisión. Asimismo, existen graves acusaciones, tanto de parte del candidato perredista como del priísta, de que el presidente Fox se encuentra apoyando la campaña de su delfín Calderón, y propiciando así una “elección de Estado”, no sólo con publicidad oficial sino también con recursos públicos: esta acusación, formulada por López Obrador y por Madrazo, incluso ha dado pie a la posibilidad de que este último termine apoyando a su rival de la izquierda, eventualidad que viene siendo alentada por diversos dirigentes del PRI. Las poderosas compañías televisivas, como Televisa y Azteca, también han decidido apostar al triunfo del candidato oficialista, desvirtuando en sus noticieros los discursos del líder perredista e ignorando por completo la campaña llevada adelante por el Subcomandante Marcos. En un sentido similar, también la Iglesia, con su enorme capacidad de influencia dentro de la sociedad mexicana, y los grandes empresarios, han expresado su voluntad por la continuidad del PAN en el poder, aunque estos últimos no de manera homogénea, ya que el propietario de Telmex, y una de las mayores fortunas del planeta, Carlos Slim, en un principio había optado públicamente por el modelo propiciado por el PRD, de aumento de la demanda interna, para luego formalizar un amplio encuentro con otros hombres de negocios y figuras públicas (artistas, intelectuales, científicos, etc.) como nuevo grupo de presión política.

Finalmente, dos sucesos, en principio totalmente independientes el uno del otro, han contribuido en estas últimas semanas a enrarecer el clima político y a sumar una importante cuota de incertidumbre frente a los desafíos que necesariamente deberá enfrentar el próximo presidente: en relación con el frente interno, la bestial acción policial contra el pueblo de San Salvador Atenco (a poco más de una hora de distancia del Distrito Federal), ocurrida entre el 3 y el 4 de mayo como respuesta a una protesta popular por el derecho al trabajo, nos habla a las claras de estallidos sociales cada vez más violentos, y del salvajismo creciente de las fuerzas represivas, cuyos efectivos, en esta oportunidad, no dudaron en avasallar los más elementales derechos humanos de los pobladores de esa localidad, provocando la muerte de un adolescente, más de doscientas detenciones totalmente arbitrarias, treinta casos de abuso sexual, etc. Ante esta grave situación, ninguno de los candidatos (lamentablemente tampoco el del PRD) se manifestó a favor de los pobladores de Atenco, lamentando, a lo sumo, “algunos excesos” cometidos por las fuerzas de seguridad durante la realización del operativo. Por otra parte, la actitud negadora

de los candidatos contrastó con la de los zapatistas, los estudiantes secundarios y universitarios, los grupos de defensa de los derechos humanos, etc., quienes se manifestaron comprometidos con la suerte de los atenuenses desde un primer momento.⁷

Y en el frente externo, la cada vez más conflictiva relación con los Estados Unidos, cuyo gobierno, ante la falta de una respuesta efectiva al problema de los millones de indocumentados de origen latino, no ha dudado en extender el muro existente en la frontera con México y, recientemente, también en desplazar a seis mil efectivos de la Guardia Nacional a esta por demás caliente zona limítrofe. La favorable acogida del Vicente Fox a las injustas iniciativas de reforma migratoria, elaboradas por el Parlamento norteamericano, que, en realidad, más que facilitar complican todavía más la vida de aquellos mexicanos con menos tiempo de permanencia al norte del Río Bravo, ha generado una amplia ola de críticas, en la que se ha destacado la figura de López Obrador por sobre la de sus competidores. Los mexicanos ilegales en Estados Unidos, por su parte, han hecho público su reconocimiento al líder perredista como uno de los máximos defensores de sus derechos ciudadanos y laborales. Y, en general, aunque con matices, todos los candidatos han formulado su defensa de los valores mexicanos frente a los abusos del poder estadounidense, como uno de los pocos puntos coincidentes a lo largo de sus campañas electorales.⁸

La “otra campaña”

Pero no sólo de los partidos se nutre esta agitada campaña electoral: gracias a un apreciable sentido de la oportunidad, también la izquierda social y movimientista, representada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), logró insertarse en la actual agenda política mexicana.

A partir del Sexta Declaración de la Selva Lacandona, dada a conocer en junio del 2005, y todavía más del armado de la “Otra Campaña”, iniciado a principios del presente año, el EZLN volvió a tener una presencia en el país como desde hacía mucho tiempo no gozaba, concentrado más en sus tareas autogestivas en el sureño estado de Chiapas que en recuperar una efectiva dimensión nacional. Con el Subcomandante Marcos al frente, y con los distintos grupos indígenas como

7 Diario *La Jornada*, México, 4 y 5 de mayo de 2006.

8 Diario *La Jornada*, México, 27 de mayo de 2006.

interlocutores privilegiados, la “Otra Campaña” se propuso desde sus inicios como un espacio articulador de las demandas e intereses de todos aquellos sectores agredidos por el capitalismo salvaje de las últimas décadas, y, al mismo tiempo, como una tribuna de ataque contra las promesas de los candidatos presidenciales, incluyendo también al de la “izquierda institucional”. Sin embargo, forzoso es reconocer que, hasta el momento, los alcances de esta última iniciativa de los zapatistas no resultó todo lo favorable que sus seguidores y adherentes esperaban, puesto que “la Otra Campaña, desgraciadamente, se queda en eso, en otra campaña electoral opuesta a la oficial”.⁹ Así las cosas, la gran mayoría de la opinión pública ha decidido permanecer al margen de los llamados de Marcos, más interesado en la campaña tradicional que en esta otra de características alternativas.

Por otra parte, la mecánica de la “Otra Campaña” podría tener consecuencias impensadas para la propia izquierda, y, particularmente, para el propio movimiento zapatista. Y esto es porque las extensas giras por los pueblos y las comunidades en las que se analizan los diversos problemas que sufren sus habitantes, generalmente derivan hacia un discurso antiestatista y antielectoralista más que anticapitalista. En este sentido, suele suceder que la escenificación montada por los zapatistas dirija la furia de los lugareños más hacia las promesas incumplidas de los políticos en campaña que hacia determinados aspectos del sistema económico que los oprime. En el discurso del EZLN, todos los políticos son iguales y no existen las diferencias entre los partidos, que se comportan, a lo sumo, como máquinas electorales encargadas de ilusionar para luego estafar a los votantes, por la voluntad y la ambición desmedida de los políticos que las ponen en funcionamiento. Ante este discurso fuertemente despolitizante, sería la izquierda perredista la que más sufriría las consecuencias de una generalización de la apatía del voto y, por el contrario, serían los aparatos políticos del PRI y del PAN (con todo, los que más extendidos se encuentran por el suelo del país) quienes más se verían beneficiados por esta conducta. Consciente de la situación que directa o indirectamente Marcos ha contribuido a crear, y a partir de las últimas encuestas que marcan una paridad en el voto entre la derecha y la izquierda, es que el líder zapatista ha comenzado, en las últimas semanas, a morigerar sus críticas contra López Obrador, en la creencia de que un nuevo gobierno panista le daría muchísimo menos margen de acción que uno encabezado por el PRD.

Una última cuestión en relación con la “Otra Campaña” tiene que ver con su propuesta política, dada a conocer, en realidad, a partir del anuncio de la Sexta

9 Almeyra, Guillermo “Lo positivo y lo contradictorio en la *otra campaña*”, en *Memoria. Revista mensual de política y cultura*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), México, 2006, N° 205, pág. 11.

Declaración. Y aquí es donde la convocatoria a una asamblea nacional, encargada de reformar la Constitución para contemplar los derechos de todos aquellos postergados y marginados del sistema, se nos vuelve a presentar como una propuesta abstracta y en extremo contradictoria. En ningún momento queda claro cómo se podría llegar a esta instancia si se opta por una vía que es, al mismo tiempo, no revolucionaria pero sí antielectoral. El repudio a la política, que por momentos expresa el zapatista (por lo menos en cuanto a las formas “tradicionales” de llevarla a la práctica), encuentra un claro límite en una propuesta que es claramente política. Y no es que existan críticas al objetivo final, pues existen coincidencias en que hoy por hoy una reforma constitucional, en México, además de ser necesaria es urgente, sino que, más bien, se apunta a la ambigüedad de un discurso político y antipolítico a la vez, en el que la movilización popular de la “Otra Campaña” estaría únicamente apuntando a presionar a los dirigentes de los partidos políticos: la gran pregunta sería para qué, si total todos ellos son “igualmente traidores” de las causas que dicen defender. Como la “izquierda institucional” del PRD, también la “izquierda social” del zapatismo parecería ser que ha venido perdiendo el rumbo: el avance de la derecha panista, en México, es en gran medida resultado de esta falta de unidad entre dos expresiones que deberían marchar un poco más unidas, manteniendo su distancia crítica, pero apoyándose la una en la otra.

Los dilemas del PRD

En esta última sección nos dedicaremos a analizar cuál ha sido el rumbo seguido por la que, hasta hace un par de meses, era la principal fuerza política del país. Contradiendo la tendencia de gran parte de América Latina, en la que las alianzas o directamente los partidos de izquierda o de centroizquierda, con mayor o menor contenido populista, han logrado llegar al gobierno, hoy México parece caminar en sentido contrario, bajo los influjos del panismo, que pretende retener su bastión presidencial en los próximos comicios. De seguir esta tendencia, y por lo tanto, de fracasar el PRD, único partido hoy con posibilidades ciertas de encarar una verdadera política regional, México continuaría olvidando el rol clave que tiene (y que históricamente ha tenido) con relación a América Latina, optando en cambio por la comodidad (que en realidad tan pocos beneficios concretos le ha brindado) que le significa permanecer a la sombra del poder de Washington: en este sentido, el triste papel cumplido por el presidente Fox en la cumbre celebrada el pasado año en Mar del Plata resulta una prueba elocuente de esta decisión.

Al parecer, han sido varios los factores que han llevado a la acelerada caída de López Obrador del tope de las preferencias electorales, un lugar conquistado a mediados del año pasado luego de la puesta en marcha, por parte del presidente

Fox, y con la abierta colaboración del PRI, de un legal aunque ilegítimo proceso de desafuero que buscó, infructuosamente, llevar al líder perredista a la cárcel. La inmensa movilización de amplios sectores de la sociedad no sólo consiguió anular esta iniciativa, cuyas derivaciones amenazaban con ser cada vez más violentas, sino que, al mismo tiempo, pareció convertir a López Obrador en el seguro ganador de la elección presidencial del próximo 2 de julio. Nunca como hasta ese momento la popularidad del líder perredista había estado tan en alza. Su perfecto manejo del papel del “hombre de pueblo” acosado por el poder logró una plena identificación del candidato con las masas, que no dudaron en darle su respaldo, ya sea con su incorporación directa a las filas perredistas, o bien con su participación en las Redes Ciudadanas, coordinadas por importantes figuras del progresismo y la intelectualidad mexicana. La solución del conflicto, a partir de un acuerdo privado entre López Obrador y Fox, y la posterior marcha atrás del Presidente en sus intentos de dejarlo fuera de la competencia marcaron, ciertamente, un primer jalón en la campaña electoral del PRD.

Los asesores de campaña y el propio candidato decidieron, así, continuar con una estrategia que, más allá de mostrar los logros alcanzados durante su gestión al frente del Distrito Federal, prefirió explotar su carismática figura y su indudable arraigo en las masas “como uno más” del pueblo. Pero, al cabo de unos meses, esta forma de campaña mostraría un techo en su crecimiento y, al mismo tiempo, algunos signos de retroceso ante ciertas actitudes asumidas por el partido, como así también por el propio candidato. El contacto cara a cara con el ciudadano del México “profundo”, que lo llevó a recorrer alejadas localidades a costa de ceder sus apariciones en los medios televisivos (justamente él, que por su espontaneidad es el candidato que mejor da ante las cámaras), contribuyó a marginar a López Obrador de la escena pública, actitud reforzada por su arrogante decisión de no querer participar en el primero de los dos debates televisivos entre los candidatos, celebrado hace poco más de un mes. Por otro lado, la agresiva campaña encarada por el PAN para hacer aparecer al perredista como un candidato “peligroso” y “populista”, identificado con el presidente venezolano Hugo Chávez, ha contribuido a amedrentar a gran parte de las clases medias y acomodadas mexicanas y, en consecuencia, a aumentar las mediciones del oficialista Calderón, sin ningún arraigo popular, pero súbitamente convertido en el garante de la estabilidad y la predicibilidad. Por último, también ayudó a roer la imagen de López Obrador la utilización del aparato del PRD y, particularmente, de sus candidaturas para gobernadores y parlamentarios, como un espacio para el reciclamiento de viejos y cuestionados dirigentes priístas, provenientes, en algunos casos, incluso del núcleo íntimo del ex presidente Salinas de Gortari, tan criticado por el propio candidato presidencial.

El PRD todavía es un partido nuevo (como vimos, con apenas dos décadas de existencia), y su profunda baja en las encuestas nos habla entonces del agotamiento

de cierta estrategia que, hasta hace un tiempo, y en otro contexto, podía aún resultar exitosa. Una vez llegado a la cima de su popularidad, López Obrador decidió no arriesgar, no opinar sobre cualquier tema que pudiese ser sensible para el electorado mexicano (como la despenalización del aborto), imaginando que con ello se convertiría en un candidato intocable para sus opositores, y en un ganador seguro de la contienda presidencial. Al mismo tiempo, sus intentos por agradar a las clases medias, históricamente reactivas ante un político considerado como un “hombre de abajo”, lo convirtieron en un dirigente cada vez más moderado a la hora de opinar, deseoso por zafarse de su anterior retórica populista. Y, sin duda alguna, el masivo desembarque priísta dentro de la estructura partidaria perredista no fue un hecho ajeno en este proceso de progresivo entibiamiento político. Si apostar al centro se constituyó en la clave para llegar al gobierno (tal como hizo el PT de Lula en Brasil, en las elecciones en las que finalmente salió triunfante), esta estrategia no parece estar dándole buenos resultados a López Obrador.

Y es que hoy el PRD, y principalmente su candidato presidencial, se encuentran en un dilema: cómo llegar a una clase media conservadora, temerosa del cambio político y del eventual autoritarismo del nuevo gobernante, sin perder por ello su masa tradicional de votantes (y, en este sentido, el hecho de que el Partido Alianza Socialdemócrata, de Patricia Mercado, haya llegado a los tres puntos en las encuestas, refleja una dispersión del voto perredista crítico y de izquierda). Si desea llegar al gobierno, López Obrador necesita encontrar de manera urgente una estrategia superadora que de contención, por izquierda, al tradicional electorado perredista, mientras que, por el centro, a algunas franjas de la clase media, todavía temerosas de apoyar a este candidato “inestabilizante” y que, por el contrario, y aun con grandes reparos, se podría llegar a encolumnar detrás de la seguridad institucional que, aparentemente, le garantizaría el PAN. Y todo esto, claro, desde una fórmula de izquierda amplia, crítica y plural que le garantice una relación, si no de acuerdos, al menos no conflictiva, con el zapatismo y con su “Otra Campaña”. A un mes de las elecciones, éste se presenta como un desafío difícil, aunque, no por ello, imposible de ser llevado a la práctica.

POST-SCRIPTUM

“Voto por voto, casilla por casilla”

Los resultados del certamen electoral celebrado el domingo 2 de julio terminaron por confirmar las peores predicciones formuladas por muchos analistas: la verificación de un empate de fuerzas que no expresa otra cosa que la grave fragmentación social en la que se ha sumergido México luego de más de dos décadas de constante ajuste neoliberal. En efecto, el virtual empate en el que han caído las principales fuerzas que participaron de la contienda prefigura, para el futuro, un escenario de alta conflictividad social y de severa crisis de legitimidad, más allá del candidato que finalmente resulte electo como nuevo presidente de los mexicanos. Los números oficiales de la elección, certificados por un organismo estatal descentralizado, presuntamente “neutral”, el Instituto Federal Electoral (IFE), hablan por sí mismos: mientras que el PAN obtuvo el 35,89% de los votos, la coalición encabezada por el PRD quedó en segundo lugar, con un 35,31%, es decir, apenas a 0,58 centésimas del triunfador (existiendo entonces una diferencia entre ambos de poco más de 236 mil votos sobre un total de 42 millones de sufragantes). Mientras tanto, el otrora todopoderoso PRI fue reducido a su mínima expresión política, obteniendo en esta oportunidad poco más del 21%. Como se podrá apreciar, las novedades que trajo aparejada esta elección presidencial fueron muchas y seguramente darán que hablar por bastante tiempo más todavía.

El primer elemento que surge a la vista es, justamente, el de la paridad alcanzada por los principales contendientes: ante este escenario, las denuncias de corrupción expuestas por López Obrador y por sus principales operadores de campaña, y que tuvieron como blancos privilegiados al virtual ganador de la elección, Felipe Calderón, y al partido oficialista en general, no se hicieron esperar. Aduciendo que nuevamente se había incurrido en una “elección de Estado”, como las que había llevado a cabo el PRI en toda su historia, en las que el triunfo del candidato oficial era ayudado por todas las herramientas legales y extralegales al alcance del gobierno, el PRD no dudó en acusar a sus rivales de incurrir en el fraude para ganar la contienda. Para ello se presentaron, aunque en forma muy desordenada, distintos elementos que supuestamente probarían que en varias casillas electorales algunos votos, destinados al PRD, en las actas terminaron siendo volcados al PAN y, en menor medida (y como para ayudar a dispersar las evidencias del fraude), también al PRI, en lo que seguramente fue un “nivel estándar” de corrupción, prácticamente inevitable y aceptado en todo proceso electoral de estas características pero que, en el presente caso, y ante el cerrado empate entre los principales candidatos, terminó

por convertirse en el factor decisivo para el triunfo de uno de ellos. Por otra parte, la demora de más tres días en la que incurrió el IFE para presentar los resultados finales de la elección, luego de que un primer ensayo fracasara el mismo domingo por la noche (supuestamente, debido a la extrema paridad alcanzada entre ambas fuerzas), no hizo sino alentar las sospechas de corrupción, sólo que ahora también operadas desde el mismo sistema informático, de manera similar a como había ocurrido durante el escrutinio de las presidenciales de 1988, en las que la sorpresiva “caída del sistema” impidió el triunfo del PRD. El pedido de impugnación, por parte de López Obrador al Tribunal Federal Electoral (TRIFE), se convirtió entonces en la lógica consecuencia de todo este proceso viciado y en el que, evidentemente, no estuvieron ausentes las inconsistencias y las irregularidades.

Sin embargo, no se pueden desconocer las propias fallas y debilidades exhibidas por el PRD durante todo el tiempo en que se extendió la campaña (a las que se hizo referencia a lo largo de buena parte de este trabajo) y, en lo particular, durante la misma jornada electoral, cuando finalmente saltaron a la luz las múltiples dificultades políticas y organizativas, siempre presentes en la vida cotidiana de la centroizquierda mexicana. En este caso, la debilidad del PRD durante el 2 de julio estuvo marcada por la hostilidad presente entre los encargados de la fiscalización de los votos en cada mesa electoral, ya que, extremadamente desconfiado de la estructura interna de su propio partido, López Obrador prefirió encargar esta tarea a los militantes de las Redes Ciudadanas, constituidas durante la lucha desarrollada en el 2005 en contra de su desafuero. Pese a todas las previsiones, y de acuerdo a los números expuestos por el propio PRD, tan sólo acudió a las urnas el 77% de los seguidores encolumnados en dichas Redes, de los cuales el 25% fue sobornado para que no pudiese cumplir correctamente con su labor fiscalizadora (La Revista de El Universal, N° 125: 17 al 23 de julio de 2006). Lamentablemente, y más allá de la corrupción generada por la derecha en el poder, la izquierda también tuvo su cuota de responsabilidad en su propia derrota el pasado 2 de julio, y el inevitable pase de facturas entre sus distintas “tribus” amenaza con llevar al partido a una guerra interna de graves consecuencias para su futuro desenvolvimiento.

La arrogante negativa del PAN y de Felipe Calderón a querer revisar los números de la elección mediante un recuento de votos, es contestada por el PRD con toda una serie de manifestaciones públicas, destinadas a crear conciencia ciudadana y a protestar ante el TRIFE frente a un resultado que se sospecha injusto. Movilizaciones por las principales avenidas del Distrito Federal, multitudinarias concentraciones y “asambleas informativas” en el Zócalo capitalino, diversas demostraciones y tomas simbólicas encaradas por reconocidas figuras de la cultura y el arte, y la portación de distintivos, son sólo algunas de las múltiples formas adquiridas por la “resistencia civil” mientras corea el inconfundible “voto por voto, casilla por casilla”. Sin ninguna intención de proceder al recuento de los votos, y ante

una situación que se presenta cada vez más desbordante, Calderón y la cúpula dirigencial del PAN únicamente apuestan al “reconocimiento de la voluntad popular” expresada en los pasados comicios o, a lo sumo, a la anulación y la posterior convocatoria a una nueva elección, dando por descontando su triunfo en ella ante el inevitable desgaste y las crecientes luchas internas desatadas en el PRD. Mientras tanto, se tejen todo tipo de especulaciones: la más extrema señala que, en caso de llegarse al 1 de diciembre sin que todavía se haya ungido formalmente un nuevo gobernante para el nuevo sexenio (una posibilidad ciertamente negada por un sistema presidencial como el mexicano, que ni siquiera contempla la figura institucional del vicepresidente para casos extremos como éste), el oficialismo alentaría la transición por medio de un interinato ejercido, de acuerdo con la ley, por el partido que más votos hubiera obtenido en la anterior elección federal, es decir, por el PAN...

Pero sin lugar a dudas, el gran derrotado del 2 de julio fue el PRI: aunque casi todas las encuestas prefiguraban una nueva derrota, ninguna pudo vaticinar semejante desplome de último momento de su candidato presidencial, relegado a un lejano tercer lugar sin mayor incidencia en la actual disputa entre el PAN y el PRD; por lo mismo, tampoco se pudo prever el deslucido papel jugado por el partido en general, que por primera vez en su historia no pudo obtener ninguna gobernatura de las que entonces estaban en juego. Su apuesta por posicionarse en el centro político terminó licuando al PRI en medio de la reñida puja electoral de los otros partidos mayores, y, en estos momentos, su único consuelo radica en fungir como aliado estratégico, ya sea del PAN, ya sea del PRD, en la próxima asamblea legislativa. De todos modos, la lucha interna no se hizo esperar, convirtiéndose en su primera “víctima” la poderosa dirigente de los maestros Elba E. Gordillo, titular del Partido Nueva Alianza (PANAL), que obtuvo la nada desdeñable suma de 25 diputados, restándole votos a su archienemigo, el candidato priista Roberto Madrazo.

Así, la versión mexicana de la llamada “transición a la democracia” evidenció sus propias limitaciones de manera incuestionable. El sistema político, construido a lo largo de décadas en torno a la omnipresente figura del PRI como partido aglutinante y, al mismo tiempo, como único eje del movimiento de masas, no pudo dar cuenta de las múltiples transformaciones que tuvieron lugar en el seno de la sociedad mexicana en los últimos tiempos, presentándose como un elemento de central gravitación ante la aguda crisis institucional desatada a partir del 2 de julio por la noche. Ante un escenario político fuertemente polarizado, y frente a una sociedad civil totalmente fragmentada, México se encuentra, además, asolado por la corrupción, o peor aún, por la sospecha de la misma, sin que el oficialismo acepte un recuento de los votos que sirva, más que para proclamar a un nuevo ganador, para conferir legitimidad frente a un futuro que se presenta cada vez más complejo y conflictivo. Si bien en caso de realizarse un nuevo escrutinio, un eventual gobierno del PRD no se diferenciaría demasiado del que hasta ahora llevaría adelante el PAN

(ya que, habiendo una diferencia tan mínima entre ambas fuerzas, y debido a la falta de una mayoría propia de votos, uno u otro se verían en la necesidad de llegar a acuerdos de gobernabilidad con sus opositores), lo cierto es que el recuento total de los votos es el único medio que hoy por hoy podrá despejar hacia el futuro cualquier sombra de fraude o corrupción, gobierne el partido que gobierne. Y, paradójicamente, será una vez más la izquierda la encargada de dar la lucha por la conquista de un valor tan “cívico” y “republicano” como éste.

Bibliografía

Almeyra, Guillermo, “Lo positivo y lo contradictorio en la otra campaña”, en *Memoria. Revista mensual de política y cultura*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), México, 2006, N° 205.

Cockcroft, James D., *América Latina y Estados Unidos. Historia y política país por país*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004.

Delgado, Álvaro, *El Yunque: la ultraderecha en el poder*, México, Grijalbo, 2004.

Delgado Selley, Orlando, “2006: una campaña, otra campaña y esta campaña”, en *Memoria. Revista mensual de política y cultura*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), México, 2006, N° 205.

Modonesi, Massimo, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, México, Juan Pablos-Universidad de la Ciudad de México, 2003.

Nudelman, Ricardo, *Diccionario de política latinoamericana del siglo XX*, México, Editorial Océano, 2001.

Ruiz Harrell, Rafael, *Balance general de la delincuencia*, México, Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad, 2005.

Diario *La Jornada*, México, 4, 5 y 27 de mayo de 2006.

Diario *Milenio*, México, 29 de mayo de 2006.

NEOLIBERALISMO Y LOS “SUJETOS” POTENCIALES DE LA REVOLUCIÓN: NOTAS PARA UN DEBATE¹

*Eliel Machado**

Introducción

La debacle del llamado “socialismo real”, consumada simbólicamente con la caída del Muro de Berlín al final de los años ’80, fue acompañada, por un lado, por el avance de la ideología neoliberal en los cuatro puntos del planeta y, por el otro, por el reflujo de los movimientos y partidos revolucionarios. El imperialismo norteamericano sintió mayor capacidad de acción para exigir el cumplimiento de sus intereses políticos y económicos a los países dependientes, sin encontrar, prácticamente, resistencias serias.

En ese contexto, algunos movimientos sociopolíticos pasaron a ocupar el escenario político latinoamericano al resistir la implantación del proyecto neoliberal por parte de los gobiernos electos entre 1980 y 1990. En realidad, la crisis del “socialismo real”, al afectar a los partidos de izquierda y al movimiento sindical, dejó un espacio político abierto que pasó a ser ocupado por algunos de los movimientos sociopolíticos más importantes, como el de los Sin Tierra brasileños.

* Profesor de Ciência Política da Universidade Estadual de Londrina (PR), coordinador del Grupo de Estudios de Política da América Latina (GEPAL) y miembro del Núcleo de Estudos de Ideologías y Luchas Sociales (NEILS/PUC-SP).

1 Este artículo es una versión resumida y modificada de uno de los capítulos de nuestra tesis de doctorado, titulada *Mal-estar da democracia no Brasil e na Argentina nos anos 90: lutas sociais na contramão do neoliberalismo* (PUC/SP, 2004).

Ante las experiencias fracasadas de los países del este europeo y de los movimientos guerrilleros de los años '60 y '70, algunos intelectuales sugirieron que los “nuevos” movimientos sociales no debían luchar por la toma del poder, ya que la lucha por el poder estatal los había hecho reproductores de aquello que combatían—el Estado burgués— y, por eso mismo, malograron sus tentativas de transformación social.

A partir de allí, buscamos discutir el papel político—ideológico asumido por los Sin Tierra de Brasil y los piqueteros de Argentina, en la difícil y compleja tentativa de contribuir a la constitución de los trabajadores (empleados, subempleados y desempleados) en clase y, por lo tanto, en “partido político”, en los términos sugeridos por Marx en el *Manifiesto del partido comunista*.²

Mientras procuran constituir a los trabajadores en clase, esos mismos movimientos se encuentran con los límites propios de su base social: no están directamente enfrentados con el capital y, por consiguiente, no constituyen un núcleo de relación entre capital y trabajo. De todos modos, insisten en plantear su acción en términos de lucha de clases y de disputa por la transformación social. Si no se enfrentan directamente con el capital, por lo menos desafían al Estado burgués y, de ese modo, dejan traslucir lo que desde el poder se procura ocultar: su carácter de clase.³

“Islas de resistencia potencialmente anticapitalistas”: los Sin Tierra y los piqueteros.

Las formas de lucha de los Sin Tierra y de los “piqueteros” difieren de otros movimientos y organizaciones políticas, que actuaron en un pasado no muy distante. Aunque partan motivados por reivindicaciones más inmediatas (tierra y trabajo), no se detienen ahí: luchan por transformaciones sociales, políticas, económicas, ideológicas, etc. Es decir, traspasan los límites impuestos por las reivindicaciones

2 Marx, K., Engels, F.: *Manifiesto do partido comunista*. 6ª. ed. São Paulo, Global Editora, 1988.

3 Decimos que están fuera del “núcleo duro” de la relación entre capital y trabajo porque, en el caso del MST, su base social está constituida, básicamente, por trabajadores rurales semiproletarios o semiasalariados (cf. GERMER, C. “O desenvolvimento do capitalismo no campo brasileiro e a reforma agrária.” en Stedile, J. P. (comp.). *A questão agrária hoje*, Porto Alegre, Ed. UFRGS, 2002). En el caso de los piqueteros, su base está constituida por trabajadores urbanos desempleados. En ambos casos, sólo pueden afectar la producción capitalista indirectamente, o sea, en los planos político y jurídico-ideológico, cuando cuestionan las formas burguesas de propiedad.

corporativas a medida que les otorgan nuevos significados (la tierra debe ser colectiva; el trabajo debe ser concreto y compartido). Se posicionan, políticamente, como movimientos anticapitalistas.⁴

Los “ensayos” socialistas, por lo tanto, son delineados en el propio proceso de resistencia al neoliberalismo: se traducen, en líneas generales, en las formas en las que organizan la lucha, en cómo trabajan la tierra, en el modo en que practican la solidaridad de clase, en la actitud con que encaran el trabajo alienado, en las prácticas horizontales de decisión, en el fin de los privilegios de los dirigentes, en la prioridad de la formación política de todos los militantes, en los controles de las direcciones, en la construcción de medios de vida autogestionados, en la división igualitaria de las tareas domésticas entre hombres y mujeres, etc. Los Sin Tierra y los “piqueteros” ejemplifican en la práctica los compromisos con la democracia. A ese conjunto de prácticas políticas, sociales y económicas (tierra colectiva en los asentamientos, trabajo cooperativo y no alienado en los emprendimientos de trabajadores desempleados) de los Sin Tierra y de los “piqueteros”, lo consideramos como una “construcción anticipada del socialismo”. Es evidente que tal “construcción” debe ser comprendida dentro de los límites y contradicciones típicas de las luchas que traban con el sistema capitalista como un todo y, por lo tanto, no es inmune a las embestidas políticas, ideológicas y económicas impuestas por el Estado burgués brasileño y argentino. La “construcción anticipada del socialismo” no elimina la necesidad de ruptura revolucionaria del sistema capitalista, pero no por eso deja de ejercer un papel pedagógico importante para los trabajadores.⁵

4 Nos basamos en diversas fuentes, como documentos, materiales educativos, boletines, etc., producidos por esos dos movimientos, así como en trabajos de investigación orientados al carácter político de esas luchas. Pero no sólo tomamos fuentes: acompañamos de cerca la actuación política del MST en el Estado de São Paulo y de los “piqueteros” – especialmente el MTD “La Verón”– durante la elaboración de nuestra tesis de doctorado. Si en un plano político más amplio, definido en sus encuentros nacionales, el MST apunta a la defensa de una reforma agraria de bases colectivistas, evitando así la producción individual, procuramos observar cómo eso se refleja en uno de sus asentamientos (Fazenda Pirituba, en los municipios de Itapeva/Itaberá, en el interior de São Paulo). En el caso del movimiento piquetero, dado su carácter más regional, constatamos su plan político más amplio en la región sur del Gran Buenos Aires, donde ellos tienen fuerte presencia en diversos barrios populares.

5 Enfatizamos, una vez más, que tal “construcción” debe ser pensada en los límites de la hegemonía capitalista; por lo tanto, tiene un sentido más pedagógico para los sujetos involucrados. En este sentido, el combate con el capitalismo es político-ideológico, al cuestionar la propiedad burguesa. Disentimos, en consecuencia, con los autores de la llamada “economía solidaria” que, por las condiciones de lucha que ofrecen, no proponen la ruptura revolucionaria, bastando el desarrollo de formas cooperativas de producción de parte de los trabajadores.

Los Sin Tierra y los “piqueteros” se encuentran con dos problemas políticos: por un lado, los objetivos por los que luchan; por el otro, cómo se organizan para luchar por esos objetivos. Tanto en un movimiento como en el otro, los objetivos desembocan en la “construcción” de una sociedad socialista. Al defender un socialismo democrático, sus prácticas políticas no deben estar dissociadas de ese objetivo. Por lo tanto, deben mantener una coherencia entre los objetivos por los cuales se lucha y las formas en las que se lucha para alcanzarlos.

En suma, partimos de las experiencias históricas de la Comuna de París en 1871, para demostrar la capacidad y el interés de las clases populares en ampliar y profundizar el régimen democrático. Se trata de un rescate importante, pues durante el breve período en el que estuvieron en el poder, los *communards* garantizaron los principios básicos del ejercicio democrático.⁶ Eso sólo fue posible mediante el cambio de tipo de Estado (de burgués pasó a popular), posibilitando, en medio de la guerra y la contrarrevolución burguesa, la implantación y la garantía de vigencia de amplias libertades democráticas. Bien sabemos que el principal objetivo de los *communards* era la destrucción del Estado burgués, y no es menor el hecho de que, para realizar tal hazaña, democratizaran el propio aparato estatal que estaban construyendo.

Cuando observamos los movimientos más combativos de América Latina, en sus procesos de resistencia a la implantación del modelo neoliberal, notamos que varias de sus prácticas políticas remiten a aquellas consagradas históricamente por las luchas populares precedentes: las decisiones tomadas por asamblea, la instauración de la democracia directa, el fin del “profesionalismo” de la política y la jerarquización de las tareas, la igualdad de participación entre hombres, mujeres, niños y ancianos, el “fin” de los privilegios, la institución del mandato imperativo y revocable en cualquier momento, etc.

Dentro del campo de las resistencias populares en América Latina, el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) de Brasil, y el Movimiento de Trabajadores Desocupados “La Verón”,⁷ en Argentina, presentan “invenciones democrá-

6 Lissagaray, H. P. O., *História da Comuna de 1871*, São Paulo, 2ª Ed. Ensaio, 1995, p. 157-158.

7 Los movimientos piqueteros surgen en la Argentina a partir de 1995, como consecuencia directa de las altas tasas de desempleo provocadas con la implantación de las políticas neoliberales. Ellos tienen como principal táctica de lucha el bloqueo de rutas, puentes, avenidas y calles. “La Verón” es uno de esos grupos de desempleados. En realidad, los Movimientos de Trabajadores Desocupados son varios, generalmente se identifican por el ámbito territorial al que pertenecen (Lanús, Esteban Echeverría, Florencio Varela, Guernica, San Telmo, Berisso, San Francisco Solano, etc.), y el conjunto de ellos (y otras organizaciones “piqueteras”) ha formado parte de la “Coordinadora Aníbal Verón”, a la que en el lenguaje coloquial se la suele llamar “La Verón”. (N. del T.)

ticas”⁸ capaces de desafiar las democracias burguesas más avanzadas: la participación efectiva de sus acampados y/o asentados, en el caso del MST, la toma de decisiones del movimiento, movilizándolo desde los más simples militantes hasta aquellos que asumen cargos de dirección nacional (ejercidos sin privilegios). Lo mismo se puede afirmar con relación a los “piqueteros” que, organizados por áreas de residencia, sólo admiten que las decisiones tomadas en el ámbito del movimiento sean resultado de las asambleas de barrio. Incluso tienden a abolir la práctica de la “representación” política y a instituir en su lugar un mandato por “delegado”, revocable en cualquier momento por las asambleas, en caso de que contradiga las decisiones colectivas.

El MST y “La Verón” desarrollan luchas contra la propiedad privada de los medios de producción, y defienden una sociedad más igualitaria. Además, se definen, política e ideológicamente, como movimientos sociales independientes del Estado y autónomos de los partidos y sindicatos. Cabe señalar que esta “independencia” no debe ser interpretada de forma absoluta, aunque se diferencian de los movimientos sociales de los años ’50 y ’60, cuando funcionaban como “correas de transmisión” de partidos, sindicatos y políticos populistas.

Actualmente, diversos movimientos sociales latinoamericanos defienden la igualdad social, prácticas colectivas de producción, y ven en el Estado un enemigo de sus proyectos socialistas. Respetando las diferencias políticas, sociales, económicas, etc., de los países en los que actúan, sus banderas de lucha son las mismas. La verdad, según Badiou & Balmès, se trata de un “programa comunista universal”, presente en todas las luchas de los oprimidos contra los opresores. O sea, una especie de *comunismo colectivista*.⁹ Las luchas de los oprimidos se despliegan, ideológicamente, en demandas igualitarias, contra la propiedad y antiestatales. Además, no poseen un carácter de clase definido, pero sintetizan la aspiración universal de los explotados en cuanto a superar todo principio de explotación y de opresión. Nacen sobre el terreno de la contradicción entre las masas y el Estado.

A partir de las experiencias revolucionarias de los *communards*, y observando la actuación de los Sin Tierra y de los “piqueteros” en la actualidad, es factible afirmar la posibilidad (y la necesidad) de hacer política asociando el objetivo por el cual se lucha a la forma de organizarse para luchar por dicho objetivo. Eso comprueba que el comunismo colectivista se constituye en la base de todas las luchas sociales.

8 Tomamos la expresión prestada de Lefort, pero, claramente, con un sentido diverso (cf. Lefort, C. *A invenção democrática: os limites da dominação totalitária*. São Paulo, Ed. Brasiliense, 1983).

9 Badiou, A., Balmès, F., *De l'ideologie*. Paris, Ed. François Maspero, 1976, p. 66.

Poder político y movimientos sociales

Las discusiones sobre la “construcción anticipada del socialismo” se encuentran con limitaciones teóricas, políticas e ideológicas. Si de un lado se presentan indefiniciones en los marcos de la hegemonía neoliberal, en función de la dinámica misma de la lucha de clases, del otro nos encontramos con movimientos sociales potencialmente revolucionarios, pero que no consiguen infligir derrotas definitivas a las clases dominantes. No son desdeñables, entretanto, las victorias parciales, importantes, de algunos de esos movimientos.

Asimismo, el carácter de los debates toma aires de definiciones teóricas categóricas, por lo menos para un grupo de intelectuales de izquierda, principalmente en América Latina: “Los movimientos sociales no luchan para conquistar el poder del Estado”; “la lucha por el poder político es un anacronismo”; “el poder político está en las grandes corporaciones internacionales”, etc. Se afirma que el avance del capitalismo cambió las relaciones de poder y, contrariamente a lo que pretendían los movimientos guerrilleros de los años '60 y '70, los “nuevos” movimientos sociales deben fomentar, en sus bases de resistencia, la constitución de contrapoderes, y no empeñarse en “tomar el cielo por asalto”.¹⁰

Muchas opiniones en ese sentido basaban sus ponderaciones en las novedades introducidas por el movimiento zapatista en los años '90, tanto como en las declaraciones del *subcomandante* Marcos, cuando afirma que el centro del poder no está en los Estados nacionales.¹¹

Podríamos interpretar que la conquista del poder estatal está descartada por los zapatistas, porque es casi una pérdida de tiempo luchar por él, ya que se encuentra en los organismos financieros internacionales. No consideramos que esa sea la mejor interpretación.

Para evitar conclusiones precipitadas en torno al tema, tomamos en cuenta la posibilidad de que tales observaciones revelen en realidad dificultades estratégicas de los zapatistas. Dicho de otro modo: “Consiste en decir que no se quiere [el

10 Entre los varios autores que debaten esta temática, sugerimos: Holloway, J., “Doce tesis sobre el anti-poder”, en Fontana, E., *et al.* (comp.). *Contrapoder: una introducción*. Buenos Aires, Ed. De mano en mano, 2001; Holloway, J. *Cambiar el mundo sin tomar el poder: el significado de la revolución hoy*, Buenos Aires: Ed. Herramienta, 2002. Negri T. “Contrapoder” en Fontana, E., *et al.* (comp.). *Contrapoder....*; Badiou, A. *Movimiento social y representación política*, Buenos Aires, Ed. Instituto de Estudios y Formación, 2000.

11 Entrevista a Ignacio Ramonet del diario español *El País*, tomada del sitio web del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (www.ezln.org/entrevistas/20010225a.es.htm) el 16 de junio de 2004.

poder] porque no se puede. Por el momento, teniendo en cuenta la relación de fuerzas nacionales e internacionales, sin embargo, como el poder existe y no se lo puede ignorar, es necesario ganar tiempo, modificar las relaciones de fuerza, articular alianzas; en una palabra, entrar, de un modo o de otro, a la arena política institucional”.¹² Según el autor, eso consiste también en subrayar que no se trata únicamente de la conquista del poder, sino de “transformar totalmente las relaciones de poder y la relación del poder con la sociedad”. El énfasis puesto repetidamente sobre el “mandar-obedeciendo” (en lugar de mando-obediencia) expresaría tal objetivo.¹³

Desde una perspectiva teórica diferente a las de Holloway, Negri y Badiou, el Estado es tematizado a partir del papel que desempeña en la organización del poder político burgués, o sea, en “la medida en que se organiza la dominación capitalista de clase, se encuentra con múltiples formas de resistencia”.¹⁴ Un poco más adelante, el autor reconoce que “hay momentos en que las luchas de resistencia de los dominados se transforman en movimientos ofensivos con vistas a tomar el poder del Estado y, en este sentido, se chocan frontalmente con las instituciones políticas que aseguran la reproducción política de las antiguas relaciones de dominación. En general, tales procesos contribuyen a evidenciar el carácter de clase del Estado”.¹⁵

Reconocemos que muchos estados dependientes están “debilitados”, pero, por otro lado, no podemos negar la extraordinaria performance de los Estados Unidos en el escenario internacional.¹⁶ En ese contexto, por lo tanto, es primordial tener en cuenta para el análisis de la realidad concreta dos situaciones desiguales: por un lado, Estados nacionales avanzados repartiéndose las cartas en el sistema internacional y, por el otro, Estados nacionales dependientes en situación de crisis aguda.

12 Bensaïd, D., “Marcos e o espelho partido da mundialização”, en Löwy, M., Bensaïd, D., Leite, J. C. (comp.). *Marxismo, modernidade e utopia*. Ed. Xamã, São Paulo: 2000, p. 207.

13 Bensaïd, D. “Marcos e o espelho...”, p. 208.

14 Almeida, L. F. R. de, “Entre o local e o global: poder e política na atual fase de transnacionalização do capitalismo”. En: Dowbor, L., Ianni, O., Resende, P-E. A. (comp.). *Desafios da globalização*. Ed. Petrópolis: Vozes, 1998, p. 178.

15 Almeida, L. R. F. de, “Entre o local...”, p. 179.

16 Almeida, L. F. R. de. “Apontamentos sobre imperialismo, soberania e antiimperialismo na alvorada do século XXI”. *Revista Lutas Sociais*, nº 9/10, São Paulo, p. 67, 1º sem. 2003.

La “clase como partido” y el “sujeto” de la revolución: límites y potencialidades

Hay otros autores que interpretan que la práctica política de los partidos y movimientos revolucionarios del siglo XX fue equivocada, y que no tiene ya sentido mantener hoy las mismas formas de lucha. Badiou, por ejemplo, sugiere que la crisis del siglo XX fue una crisis de partido, “es decir, con la idea de partido comunista centralizado, o bajo el modelo del partido–Estado”. De ese modo, dice, “no podemos concebir actualmente a la política de emancipación bajo la forma política de partido”.¹⁷ Con la crisis de los partidos, la política debe ser pensada sin ellos, o, mejor, a partir de los movimientos sociales. Lo que no presupone hacer política (emancipatoria) sin organización. En esos términos, la política deja de tener como objetivo al Estado.¹⁸ Los autores que generalmente relacionan el poder del Estado con el ejercicio autoritario del poder político se olvidan, por ejemplo, de las experiencias de los *communards* en la Comuna de París.

Marx, en el *Manifiesto del partido comunista*, sugiere que “los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a otros partidos obreros”.¹⁹ Según Claudin, “para Marx no existía el partido del proletariado, sino el proletariado como partido” (comillas del autor).²⁰ Quiere decir, “esta noción de clase–partido o partido–clase es una de las nociones operativas fundamentales de Marx en sus grandes análisis de la revolución de 1848, generalmente bajo las expresiones de ‘partido del proletariado’, ‘partido de la burguesía’, ‘partido de la pequeña burguesía’, etcétera”. Eso significa que, para Marx, “la clase, el conjunto de sus organizaciones, partidos, individuos, actúa como ‘partido’ frente a la otras clases”.²¹

Volviendo al *Manifiesto*, Marx afirma que toda lucha de clases es una lucha política, por lo que el carácter político de la lucha de clases lleva al proletariado a organizarse como clase y como partido. Cuando concluye que “el movimiento del proletariado es el movimiento independiente de la inmensa mayoría, en provecho de la inmensa mayoría”,²² presenta una concepción partidaria amplia. Fuera de eso, no se basa en una teoría previa, sino en la constituida durante el proceso de construcción de la organización de la clase.²³

17 Badiou, A, Balmes, F., *De L'ideologie*, p. 19.

18 Badiou, A; Balmes, F. *De L'ideologie*, p. 22.

19 Marx, K, Engels, F. *Manifiesto do Partido...*, p. 88.

20 Claudin, F. *Marx, Engels y la revolución de 1848*. Ed. Siglo XXI de España, Madrid: 1975, p. 323.

21 Claudin, F. *Marx, Engels y la...*, p. 323.

22 Marx, K, Engels, F. *Manifiesto do Partido...*, p. 86.

23 Claudin, F. *Marx, Engels y la...*, p. 325.

Resumiendo bastante, podemos identificar dos posturas políticas de Lenin en relación con la organización del partido revolucionario. Ambas, asimismo, ligadas a las circunstancias históricas en las cuales se veían obligados a organizar la toma del poder.

Su trabajo más conocido sobre el partido revolucionario, *¿Qué hacer?*, editado en 1902, esboza un tipo de partido de cuadros y jerárquicamente organizado. En ese período, la militancia político-partidaria de los comunistas rusos era realizada bajo la ilegalidad impuesta por el zarismo, en condiciones de extrema represión política. Con las revoluciones de 1905 y 1917 en Rusia, las condiciones políticas cambiaron y los partidos y sindicatos pasaron a tener una vida “semilegal” o “legal”. Antes de que se presentaran las nuevas condiciones, Lenin se manifestó, en varias ocasiones, favorable a la ampliación del partido y a la incorporación de las masas obreras, demostrando una postura flexible y no dogmática de organización partidaria, típicas de las deformaciones estalinistas. Propone un partido de masas basado en “el centralismo democrático”.²⁴ Si bien en esta etapa enfatizó el elemento “democrático” del partido, los procesos revolucionarios sucesivos –después de la revolución socialista de 1917– priorizaran el “centralismo” en detrimento de la democracia interna: los partidos se burocratizarán y se transformarán en una especie de “partido-Estado”.

Hechas estas breves consideraciones sobre el “partido del proletariado” en Marx y Lenin, retomamos la discusión del MST y “La Verón”.

El MST es una organización compleja que aglutina elementos partidarios, sindicales y de movimientos sociales. Por eso mismo, es criticado por algunos sectores de la izquierda brasileña por traspasar los límites de la lucha “social”. Según Mauro,

En el pasado, la izquierda operó con una visión dicotómica: el ser social era visto como expresión de los movimientos populares, en cuanto la actividad política era propia del partido. Lo que procuramos hacer con el MST es intentar juntar esas dos facetas, porque no existe una barrera entre el ser social y el ser político; por el contrario, ambos son indisociables, porque en la actualidad no es posible y no existen espacios para movimientos corporativos,

24 La tesis del “centralismo democrático” apareció en su obra *Un paso adelante, dos pasos atrás* (1904). Entre el *¿Qué Hacer?* (1902) y *Un paso adelante...* (1904) hubo un cambio de su posición política: en *¿Qué Hacer?* defendía un partido “profesional” y cerrado; pero, en *Un paso adelante...* propone un partido de masas y el “centralismo democrático”. Lenin, V. I. *Obras Escogidas*. Moscú, Ediciones Progreso, Ediciones “Adelante!”, 1984.

que tienden a agotarse en sí mismos, como es el caso de varios movimientos de vivienda, que desarrollan luchas constantes (en ciertos casos hasta más radicales que las nuestras para conseguir tierra), pero que, a veces, no tienen rumbos definidos y luchan solamente por objetivos inmediatos, sin observar que todo eso es parte de un proceso de acumulación de fuerzas en una perspectiva mayor, estratégica y con objetivos políticos más amplios. Entendemos de esa forma también la cuestión de la reforma agraria. O sea, una lucha inmediata sin perder de vista una transformación política y social más profunda.²⁵

Complementariamente a estas ideas, Stedile y Fernández, además de caracterizar al Estado brasileño como “burgués”, sustentan que los enemigos de los Sin Tierra son los latifundios y el propio Estado, imbuido de intereses de clase.²⁶

Estas formulaciones sobre el papel político del MST se aproximan a la concepción marxiana de “partido del proletariado”, en la medida en que organiza a los trabajadores como “clase”, con objetivos políticos definidos y, yendo más allá, traspasa los límites de la lucha inmediata y corporativa. El MST también demuestra la clara naturaleza busguesa del Estado brasileiro.

Se trata, por lo tanto, de “aproximación” y no de “identidad” entre uno y otro, porque sabemos que en la composición de clase del MST está el “semiproletariado” o “semi asalariado”.²⁷ A pesar de esta contradicción, cabe destacar el papel político asumido por el movimiento, que se ha colocado frente a los “asalariados puros” en el combate contra la gran burguesía agraria. Asimismo, el propio MST “esboza” aquella aproximación al afirmar que “los luchadores precisan no sólo estar abiertos sino también preparados y organizados como pueblo para dar nacimiento al *poder popular; la revolución popular*, la sociedad socialista, liberadora y emancipadora de la humanidad”.²⁸

“La Verón”, por su parte, se encuentra inmersa en un escenario político-partidario extremadamente fragmentado, pero no sólo eso: nos referimos, nuevamente, a su base social, compuesta por trabajadores desempleados y subempleados y sin perspectivas de reingreso a la producción. Por lo tanto, como dijimos antes, se trata

25 Mauro, G. “MST: lutas e perspectivas”, en Barsotti, P., Pericás, L. B. (comp.). *América Latina: história, crise e movimento*. São Paul.: Ed. Xamã, 1999, p. 89.

26 Stedile, J. P., Fernandes, B. M., *Brava gente: a trajetória do MST e a luta pela terra no Brasil*. São Paulo, Fundação Perseu Abramo, 1999, p. 35-36.

27 Germer, *O desenvolvimento...*

28 MST. *Textos da Reforma Agrária*. Disponible en: www.mst.org.br/biblioteca. Acesso el 12 de junio de 2003.

de una organización de trabajadores fuera del núcleo duro de las relaciones de producción capitalistas. Además, hay otro factor que complica las cosas: “La Verón” adopta una postura política más cerrada, que incluye un discurso de repudio a los partidos políticos y a los sindicatos, de forma generalizada. En cierto modo, es una postura política más dogmática, pero con respaldo popular; o sea, no se trata de una de esas organizaciones pequeñoburguesas de izquierda, sin inserción de masas y con discursos políticos radicalizados.

Breves consideraciones finales

Procuramos rescatar en Marx la idea de que “los comunistas no forman un partido aparte de los partidos obreros” y, en Lenin, la postura antidogmática de organización partidaria, adaptada a las circunstancias históricas del momento. Queremos, con eso, demostrar, a través de la actuación limitada de los Sin Tierra y de los “piqueteros”, que no todas las formas de “partido” están agotadas o en crisis. Evidentemente que no desdeñamos, en nuestros análisis, la posibilidad de que las clases dominantes impriman derrotas profundas a las clases populares. Como tampoco dejamos de considerar la imposición de condiciones draconianas de sobrevivencia como forma de mantener la dominación.

Las tentativas de organización del proletariado en clase han sido una constante en el MST y en “La Verón”. Pero notamos que hay posturas diferentes entre los dos movimientos en relación con esa cuestión.

El MST, a pesar de todas las dificultades encontradas, mantiene diálogos con amplios sectores de la izquierda brasileña –con intelectuales, partidos políticos, centrales sindicales, iglesias, etc. Ha buscado de forma sistemática hacer de la bandera de la reforma agraria una lucha de todos los trabajadores brasileiros. Y apoya, estimula y mantiene vínculos orgánicos con los movimientos sociales urbanos, como es el caso del Movimiento de los Trabajadores Sin Techo (MTST).

“La Verón” todavía encuentra muchas dificultades para ampliar su actuación y lograr que otros sectores del campo popular se identifiquen con el movimiento. Sin embargo, es preciso considerar que se trata de un movimiento que no completó una década de existencia y de un país que se “radicalizó” en la implantación del proyecto neoliberal. “La Verón” se esfuerza para organizar los sectores populares en torno a objetivos comunes que van más allá de la lucha inmediata, pero se encuentra lejos de la posibilidad de la construcción de la “clase como partido”, sobre todo después de los acontecimientos de junio de 2002, que han abierto importantes brechas.

Por fin, es preciso decir que los “sujetos potenciales de la revolución” presentan límites políticos e ideológicos propios de sus bases sociales, pues ambos reivin-

dican, en el plano inmediato, la posesión de los medios de producción (tierra, por ejemplo). Nos parece que estamos delante de un *impasse*: ¿se presentan como movimientos anticapitalistas y, al mismo tiempo, reivindican los medios de producción para sí mismos? El tema está abierto al debate.

Bibliografía

Almeida, L. F. R. de., “Apontamentos sobre imperialismo, soberania e antiimperialismo na alvorada do século XXI”. *Revista Lutas Sociais*, nº 9/10, São Paulo, 1º sem. 2003, p. 67.

-“Entre o local e o global: poder e política na atual fase de transnacionalização do capitalismo”. En: Dowbor, L., Ianni, O., Resende, P-E. A. (comp.). *Desafios da globalização*. Ed. Petrópolis: Vozes, 1998.

Badiou, A. *Movimiento social y representación política*, Buenos Aires, Ed. Instituto de Estudios y Formación, 2000.

Badiou, A., Balmés, F., *De l’ideologie*, Paris, Ed. François Maspero, 1976.

Bensaïd, D. “Marcos e o espelho partido da mundialização”, en Löwy, M, Bensaïd, D., Leite, J. C. (comp.). *Marxismo, modernidade e utopia*, São Paulo, Ed. Xamã, 2000.

Claudin, F., *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Madrid, Ed. Siglo XXI de España, 1975.

Germer, C., “O desenvolvimento do capitalismo no campo brasileiro e a reforma agrária”, en Stedile, J. P. (comp.). *A questão agrária hoje*, Porto Alegre, Ed. UFRGS, 2002.

Holloway, J., “Doce tesis sobre el anti-poder”, en Fontana, E., *et al.* (comp.). *Contrapoder: una introducción*, Buenos Aires, Ed. De mano en mano, 2001.

-*Cambiar el mundo sin tomar el poder: el significado de la revolución hoy*, Buenos Aires, Ed. Herramienta, 2002.

Lefort, C., *A invenção democrática: os limites da dominação totalitária*, São Paulo, Ed. Brasiliense, 1983.

Lenin, V. I., *Obras Escogidas*, Moscú, Ediciones Progreso, Ediciones “¡Adelante!” , 1984.

Lissagaray, H. P. O., *História da Comuna de 1871*, São Paulo, Ensaio, 2ª Ed., 1995.

Marx, K., Engels, F. *Manifesto do partido comunista*, 6ª Ed., São Paulo, Global Editora, 1988.

Mauro, G., “MST: lutas e perspectivas”, en Barsotti, P., Pericás, L. B. (comp.). *América Latina: história, crise e movimento*, São Paulo, Ed. Xamã, 1999.

Nefri, T., “Contrapoder”, en Fontana, E., *et al* (comp.). *Contrapoder: una introducción*, Buenos Aires, Ed. De mano en mano, 2001.

Stedile, J. P., Fernandes, B. M., *Brava gente: a trajetória do MST e a luta pela terra no Brasil*, São Paulo, Ed. Fundação Perseu Abramo, 1999.

www.mst.org.br/biblioteca.

www.ezln.org/entrevistas/20010225a.es.htm

PARAGUAY, UN TERRITORIO EN DISPUTA. EL AVANCE DE LA SOJA TRANSGÉNICA Y LA RESISTENCIA CAMPESINA AL MODELO QUE IMPLICA

*Mariana C. Fassi**

1. La nueva configuración territorial mundial

El profundo cambio tecnológico que se ha producido en las últimas décadas ha hecho que, actualmente, el capital y el trabajo se muevan al compás de la lógica impulsada por las empresas transnacionales. Este cambio repercutió tanto en las relaciones laborales como en las entabladas con la naturaleza, pues territorios que antes eran marginales hoy son espacios valorizados y demandados por el capital internacional. En la nueva ofensiva del mercado ya no quedan periferias o zonas de refugio.¹ Nos hallamos ante una nueva configuración territorial mundial, en la que las economías nacionales se derrumban paulatinamente y las empresas transnacionales comandan el proceso de globalización neoliberal, enmarcadas en una nueva legalidad internacional, adoptada por los estados-nación mediante nuevas normas jurídicas.²

Para la concepción productivista que impulsa este proceso, la naturaleza es concebida como recursos naturales, lo que implica que es objetivada y apreciada en función de su utilidad, entendida como materia prima e incorporada a los procesos

* Becaria CONICET-UBA. Integrante del equipo del Observatorio Social de América Latina (OSAL) CLACSO.

- 1 Ceceña, Ana E.: “Neoliberalismo e insubordinación”, *Chiapas*, N°4, publicado en web en <http://www.ezln.org/revistachiapas>
- 2 Giarraca, Norma: “Territorios en disputa: los bienes naturales en el centro de la escena”, *Realidad Económica*, N°217, 1º de enero/15 de febrero de 2006, p. 52.

de producción y reproducción del sistema. En este sentido, América Latina significa un reservorio de primera línea de recursos estratégicos como agua, petróleo, gas, recursos mineros y biodiversidad en general. Sin embargo, no es tan fácil generar consensos para la apropiación de los bienes naturales, puesto que las poblaciones locales no aceptan que las despojen de sus formas de vida y territorios, lo que lleva a que se multipliquen los conflictos sociales.³

El concepto de territorio debe ser entendido como un lugar construido por las relaciones sociales, que a su vez son construidas por intencionalidades, definidas como ideologías. Los movimientos sociales, los campesinos, los indígenas, los estados y los capitales tienen sus ideologías y son las ideologías las que, por lo tanto, producen los territorios. Cuando se extiende la agricultura empresarial o cuando los movimientos campesinos se enfrentan al modelo agroindustrial, se lleva a cabo la lucha ideológica por un territorio, intentando transformarlo, desterritorializarlo y territorializarlo con una relación social diferente.⁴ Todo Paraguay es hoy un territorio en disputa.

2. Paraguay. País agropecuario

a) La concentración de la tierra

Paraguay es un país eminentemente agropecuario, tanto en lo económico como en lo social. El sector agropecuario genera el 27% del Producto Bruto Interno (PBI), ocupa el 36% de la población económicamente activa y aporta el 90% de las divisas.⁵ A pesar de ser uno de los países de Latinoamérica donde nunca se realizó una reforma agraria, casi la mitad de su población de 5,5 millones de habitantes vive en áreas rurales, en pequeñas explotaciones campesinas, y depende de la producción primaria.

Durante los años que Alfredo Stroessner encabezó el gobierno (1954-1989), entregó como prebendas cuantiosas extensiones de tierra fiscal a civiles y militares de su entorno, y facilitó la expansión de medianos y grandes productores brasileños, fundamentalmente en la frontera este, a costa de la marginación del campesi-

3 Ibidem, p. 56

4 Mançano Fernández, Bernardo: "Territorio y Cambio Social. Teoría del conflicto", publicado en web en <http://www.lavaca.org>.

5 Mora, Carlos: "Participación y organizaciones campesinas en Paraguay", *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*, Bs.As., CLACSO, 2006, p. 345.

nado.⁶ Por otra parte, el régimen represivo se caracterizó por considerar toda organización fuera de su control como un atentado a la seguridad nacional, por lo que la experiencia más importante anterior al período democrático, protagonizada por los campesinos, la de las Ligas Agrarias, que se extendió por todo el territorio nacional desde 1960, fue duramente sofocada en 1976.⁷ A diferencia de otros países del cono sur de América Latina, en Paraguay la mayoría de las víctimas de la dictadura perteneció a los sectores campesinos.

Así, el sistema stronista condujo a que la latifundización no dejara de aumentar, y sentó las bases para que hoy la concentración de la tierra pueda ser la más alta de la región. Según datos oficiales de 1996, el 80,6% de las fincas eran unidades de producción menores a 20 has, y ocupaban el 6,2% de la superficie; en tanto que el 1,5% de las fincas eran mayores a 500 has, y ocupaban el 79% de las tierras.⁸ Si sumamos a estas cifras el segmento de la población rural que carece de tierras,⁹ la problemática se vuelve aún más compleja. En Paraguay, poco más de la mitad de la población es rural, y la mitad de la misma es pobre. Más de la mitad de estos pobres, entre 600 mil y 700 mil personas, vive en la pobreza absoluta.¹⁰

Los pobres rurales se concentran en explotaciones menores a 20 has, mayormente no regularizadas por el estado, son guaraní hablantes, trabajadores independientes y analfabetos, o analfabetos funcionales. Y sus niveles de pobreza se incrementan, producto de la inacción política en materia de distribución de tierras, acceso al crédito y asistencia técnica, al cierre de la frontera agrícola y a la caída de

6 Fogel, Ramón: “Movimientos campesinos y su orientación democrática en el Paraguay”, *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*, Bs.As., CLACSO, 2006, p. 96.

7 Entre abril y mayo de 1976, período conocido como la Pascua Dolorosa, fueron atacadas importantes organizaciones cristianas que activaban en la línea de la Teología de la Liberación. Más de mil campesinos fueron encarcelados, centenares fueron perseguidos y torturados, y sus principales dirigentes ejecutados. Luego de este hecho, las Ligas Agrarias Campesinas prácticamente quedaron desarticuladas hasta el fin del régimen dictatorial.

8 FAO/IBR: “Legislación agraria y titulación de tierras”, *Programa de Cooperación Técnica: Apoyo a la Reestructuración del Instituto de Bienestar Rural*, Borrador Tercera Misión, Asunción, 1996. Citado por Palau, Tomás: “Políticas Agrarias en el Paraguay. Instrumentos de la discriminación”, *NovaPolis, Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, N°2, Febrero 2003, publicado en web en <http://novapolis.pyblobal.com>, p. 5.

9 Se estima que más de 200 mil familias carecen de tierras y luchan por acceder a una parcela. *Ibidem*, p. 6.

10 Morley, Samuel y Vos, Rob: “Pobreza y crecimiento dual en Paraguay”, *Revista Paraguaya de Sociología*, Año 37, N° 107, Asunción, 2000. Citados en Piñeiro, Diego: *En busca de la identidad. La acción colectiva en los conflictos agrarios de América Latina*, Bs.As., CLACSO, 2004, p. 119.

la producción del algodón, principal rubro de renta de gran parte de los productores campesinos. Esta caída, a su vez, es producto de los bajos precios del algodón en el mercado internacional, del ataque de la plaga del gorgojo y de las consecutivas sequías de los últimos años, sumadas a la disminución en la fertilidad de los suelos, causada por la erosión.¹¹

b) La nueva institucionalidad democrática no da respuestas al problema de la tierra

En 1989, tras 35 años de dictadura, un golpe de estado del propio régimen desplazó a Alfredo Stroessner e inició una controlada transición democrática, en la que la Asociación Nacional Republicana-Partido Colorado (ANR-PC) continuó al frente del Ejecutivo, aunque dividido en diversas facciones. Esta transición se basó en el mantenimiento de la pequeña elite económica, la renuncia a enjuiciar los crímenes cometidos bajo el régimen dictatorial, la neutralización de las organizaciones de izquierda y el intento de implantar un modelo capitalista democrático convencional, en el marco de la apertura y liberalización de la pequeña economía nacional.¹²

Los sectores dominantes celebraron el advenimiento de la democracia, con las libertades públicas y el sistema de elecciones libres, mientras los campesinos expresaron su esperanza en que la participación democrática permitiría la atención a los violentos conflictos agrarios de larga data.¹³ Empero, en la nueva Constitución de 1992, la Asamblea Nacional Constituyente adoptó el texto propuesto por la Asociación Rural del Paraguay –representante de los intereses de los terratenientes– que prácticamente imposibilita las expropiaciones a través de vías formales. Ante la inexistencia de canales en las esferas del Estado, para los campesinos sólo quedó la vía de las movilizaciones y ocupaciones de tierras, justificadas esencialmente en que las necesidades básicas de todos deben ser satisfechas. Esta idea de derechos básicos como el eje central de la ciudadanía, asociada a la concepción de democracia, se mantuvo con el tiempo, e incluso se enriqueció.¹⁴

11 *Ibidem*, p. 119.

12 Polo, Higinio, “Paraguay: la sombra de Stroessner”, *La Fogata Digital*, 2 de marzo de 2002, publicado en web en <http://www.lafogata.org>.

13 Fogel, Ramón: *ob.cit.*, p. 97.

14 Fogel, Ramón: “Movimientos campesinos y su orientación democrática”, *NovaPolis. Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, Nº7, mayo de 2004, publicado en web en <http://novapolis.pyblobal.com>, p. 102.

La respuesta a las demandas campesinas fue la defensa del latifundio, mediante una creciente represión oficial o de matones contratados por los hacendados, ampliamente justificada por los medios de comunicación, que presentan a los latifundistas como los pilares básicos de la economía (al generar divisas con las exportaciones y presuntos miles de puestos de trabajo), y señalan a los ocupantes de tierras como delincuentes.¹⁵

3. La soja, principal impulsora de la integración económica paraguaya a la globalización neoliberal

a) El control de la tierra cambia de sentido

El sentido asociado al control de la tierra por parte de los hacendados cambió con la introducción del cultivo de soja transgénica, que implicó el verdadero desarrollo del capitalismo en el campo paraguayo. Desde el ciclo agrícola 1999-2000, el modelo de la soja no hizo sino extenderse: los mejores suelos pasaron a sembrarse con soja RR, producida por empresarios extranjeros —en su mayoría brasileños— en unidades no menores a las 50 has.¹⁶ Para los grupos dominantes, el monopolio de la tierra pasó de ser una fuente de prestigio y poder a ser un medio de producción para la obtención de renta y acumulación, a través de su explotación directa o mediante arriendo.¹⁷

Para el año 2004 más de la mitad de la superficie nacional cultivada había sido sembrada con soja, llegando a 1,5 millones de has. En la zafra 2005-2006, la superficie cultivada se amplió a 2,1 millones de has.¹⁸ Con un aumento del área bajo cultivo superior al 8,5% anual, Paraguay es en la actualidad el tercer exportador y cuarto productor internacional de soja, constituyendo alrededor del 2% del cultivo mundial.¹⁹

15 Ibidem, p. 103.

16 Fogel, Ramón: “La estructura y la coyuntura en las luchas del movimiento campesino paraguayo”, en Giarraca, Norma. (comp.) *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, Bs.As., CLACSO, 2001, p. 221.

17 Fogel, Ramón: “Movimientos campesinos y su orientación democrática”, *NovaPolis. Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, N°7, mayo de 2004, publicado en web en <http://novapolis.pyblobal.com>, p. 104.

18 “Estiman que sequía producirá merma de casi 1.900.000 toneladas de soja”, diario ABC Color Digital, 14 de febrero de 2006, publicado en web en <http://www.abc.com.py>.

19 Fogel, Ramón: ob.cit., p. 104.

Este modelo de crecimiento, para ser rentable, se basa en el desarrollo del cultivo a gran escala, lo que implica, por un lado, la expulsión del campesinado de sus tierras y, por el otro, la depredación de montes y bosques, hasta hoy sostenedores de la biodiversidad y del equilibrio ecológico. En Paraguay se talan anualmente 5.888 km², lo que equivale al 1.44% del territorio nacional. Estas cifras ubican al país como el máximo deforestador mundial en términos proporcionales, por lo que, con este ritmo de destrucción, el bosque podría desaparecer en menos de 20 años.²⁰

Pero el desarrollo agroindustrial ha alterado, además, la organización territorial, especialmente en la región oriental del país, donde la soja es producida en un 80% por productores brasileños, en el marco de una economía de enclave. Así, los departamentos fronterizos, que son los de mayor expansión sojera, en la actualidad se articulan más con el Brasil que con el Paraguay.²¹ Con todo, la sequía que afecta desde hace tres años a la agricultura paraguaya está mermando la producción agrícola y arrastrando a una posible quiebra a numerosos sojeros,²² que para salvar su situación reclaman al Estado paraguayo la renegociación de sus compromisos económicos. De llegar a la quiebra, sus tierras pasarían a manos de sus acreedores –principalmente actores financieros, compañías proveedoras de insumos y otras corporaciones–, que podrían desplazar hacia empresas o pools de siembra la actividad que hasta el presente está en manos de colonos y latifundistas.²³

b) La tecnología transgénica como particularidad de la soja

Este modelo no sólo avanza sobre los territorios, también lo hace sobre las semillas, a través de la manipulación genética y el patentamiento.

En Paraguay más del 90% de la soja cultivada es RR, Round Up Ready, genéticamente modificada para hacerla resistente al agroquímico Round Up, marca del herbicida glifosato producido por la empresa de capitales estadounidenses

20 Palau, Tomás: “*Políticas Agrarias en el Paraguay. Instrumentos de la discriminación*”, *NovaPolis, Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, Nº2, Febrero 2003, publicado en web en <http://novapolis.pyblobal.com>, p. 8.

21 Fogel, Ramón, “La guerra de la soja contra los campesinos en Tekojoja”, *NovaPolis. Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, Nº10, Agosto/Diciembre 2005, publicado en web en <http://novapolis.pyblobal.com>.

22 De los 5,5 millones de toneladas de producción sojera proyectados para la cosecha 2006, se habrían perdido, producto del impacto de la sequía en la presente campaña, 1,5 millones de toneladas. Publicado en web, 22 de marzo de 2006, en <http://www.baseis.org.py>.

23 “Apuntes para una interpretación de la coyuntura agraria”, publicado en web, 7 de abril de 2006, en <http://www.redrural.org.py>.

Monsanto. Los transgénicos u organismos genéticamente modificados (OGM) son organismos creados en laboratorios, cuyas propiedades se han alterado mediante la inserción de genes de otras especies, lo cual les aporta nuevas características heredables. Cuando los OGM polinizan los cultivos convencionales, los contaminan genéticamente, y sus semillas devienen híbridas transgénicas. Por eso es que transgénicos y no transgénicos no pueden coexistir, porque es imposible evitar la contaminación genética.²⁴

En los territorios donde se cultivan OGM se pierde la soberanía genética sobre las semillas; todas se uniformizan como semillas transgénicas, y los agricultores resultan prisioneros de las multinacionales que venden las semillas patentadas. Porque otra de las trampas de este modelo es que la agricultura queda presa de las grandes empresas de agronegocios, que cobran regalías por los derechos de propiedad intelectual y prohíben a los agricultores reproducir, intercambiar o almacenar las semillas de su propia cosecha.

El caso de la soja transgénica es el ejemplo más claro de cómo las empresas transnacionales manejan el negocio de la agricultura. Monsanto tiene la patente europea N° 301.749, otorgada originalmente en marzo de 1994 a la compañía Agracetus. Esta patente de especie otorga a su propietario el monopolio exclusivo sobre todas las variedades y semillas de soja modificadas genéticamente, sin tomar en cuenta los genes utilizados o la técnica empleada. En 1996 Monsanto compró Agracetus, con patente incluida, y actualmente, tras la compra de otras empresas, controla el 90% de la venta de semillas transgénicas en el mundo.²⁵

En Paraguay, donde Monsanto nunca patentó la soja RR, la multinacional permitió y estimuló la introducción ilegal de semillas GM para que, una vez difundidas y establecidas sus semillas en el territorio, la empresa empezara a cobrar regalías en base a las exportaciones. Así, entre marzo y abril de 2005 –5 años después de que la soja RR hubiera sido introducida en el país–, las distintas cámaras agrícolas del Paraguay llegaron a un acuerdo con Monsanto sobre el pago y uso de royalties por la tecnología RR. Los productores convinieron abonar a Monsanto U\$S 3 por cada tonelada métrica durante los primeros cinco años, y luego incrementar la tasa a U\$S 6 la tonelada.²⁶

Por otra parte, para que la soja RR funcione, debe adoptarse todo el paquete tecnológico que viene con ella, lo que significa, para que el negocio sea más renta-

24 BBC MUNDO, “Entrevista a Lorna Haynes: la agricultura transgénica no es sostenible”, *Rebelión*, 3 de junio de 2004, publicado en web en <http://www.rebellion.org>.

25 Datos publicados en web en <http://www.resistalosagronegocios.info>.

26 Bravo, Elizabeth, “Derechos de propiedad intelectual y los OGM”, *GRAIN*, abril de 2005, publicado en web en <http://www.grain.org>.

ble, optar por la implementación de la denominada siembra directa, y quedar preso para el rociado de las siembras de la utilización del Round Up, el herbicida glifosato también propiedad de Monsanto.

Así, los productores pasan a depender crecientemente de los proveedores de semillas, que además son los que les venden y financian los insumos requeridos, les proporcionan el asesoramiento necesario y les adquieren la producción.²⁷

c) Se profundiza la latifundización del campo

Con la introducción de la soja, el problema de la concentración de la tierra empeoró, puesto que su cultivo en la práctica significa: a) producción mecanizada, b) utilización intensiva de agroquímicos, c) siembra de semillas transgénicas y d) uso extensivo de la tierra.²⁸ Al requerirse más tierra para aumentar los niveles de producción, se va estableciendo en el escenario rural un proceso de desarrollo desigual y combinado, dado que, por una parte, se extiende la agricultura empresarial y, por otra parte, se expande un proceso de descomposición y empobrecimiento de las familias campesinas, que se ven desplazadas de sus tierras originales con el crecimiento de la estructura de latifundización.

A partir de datos proporcionados por los Censos de Población y Vivienda de 1992 y 2002, ha podido establecerse geográficamente en qué lugares se produce soja y cómo se relaciona con la población. Como ejemplos, el distrito fronterizo de Saltos del Guairá contaba en 1992 con una población de 11.246 personas, mientras que en 2002 alcanzaba 1.352; el distrito de Gral. Francisco Álvarez, en 1992 tenía 21.644 pobladores, y en 2002 619. Al contrario, en el sector oeste de Canindeyú – zona de producción del modelo campesino–, en 1992 la población era de 7.079 habitantes y en 2002, de 15 mil; Curuguaty pasó de tener 26 mil habitantes a contar con 48 mil. Como vemos, la siembra de soja, aparte de expulsar a los grupos campesinos, tampoco produce empleos que retengan a los pobladores en las zonas de cultivo.²⁹

Asimismo, este modelo necesita masivas fumigaciones con potentes agroquímicos, que se realizan de modo mecanizado o desde avionetas, que afectan

27 Pizarro, José B., “Cambios, derivaciones y perspectivas del avance sojero”, *Documentos del CIEA*, Nº 2, Bs.As., diciembre de 2004, p. 27.

28 Morínigo, José Nicolás, “La matriz histórica del problema de la tierra en la sociedad paraguaya”, *NovaPolis. Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, Nº10, Agosto/Diciembre de 2005, publicado en web en <http://novapolis.pyblobal.com>.

29 *Ibíd.*

los territorios campesinos. Entre otros perjuicios, envenenan arroyos y pozos de agua; intoxican comunidades enteras (cuyos integrantes padecen enfermedades crónicas) y matan animales. Precisamente, la contaminación ambiental es una de las principales amenazas para los grupos locales, que llegan a verse impedidos de producir para el autoconsumo.³⁰

En consecuencia, numerosos campesinos venden sus tierras, que paulatinamente van des poblándose y convirtiéndose en sojales. Emigran a pueblos y ciudades, donde rápidamente se transforman en consumidores empobrecidos de los mismos alimentos que antes producían.³¹ Otros, en cambio, aumentan la disputa por la tierra y empiezan a organizarse. El campesinado va desarrollando una nueva identidad, fundada no únicamente en sus tradiciones culturales sino también como respuesta a la actual explotación económica y a la dominación política.³² Surgen nuevos dirigentes, a la vez que se dinamiza el conocimiento crítico y se desarrolla un fuerte sentido de identidad, estimulado por la existencia de un enemigo visible, el llamado colonizador, quien no se integra a la comunidad e impone por la fuerza sus intereses, con ayuda de las autoridades, que, además de poner a su disposición los recursos represivos, benefician a los hacendados con préstamos estatales y la

30 El caso testigo de contaminación por agroquímicos –o agrotóxicos, como los llaman los campesinos– es el de Silvino Talavera, quien falleció a los 11 años, el 7 de enero de 2003, en Pirapey, departamento de Itapúa, a causa de una intoxicación por plaguicidas aplicados en campos de soja cercanos a la casa de su familia. El niño fue rociado cuando transitaba con su bicicleta por un camino lindante con las plantaciones de soja. A pesar de las amenazas recibidas por la familia Talavera, Petrona Villasboa, madre del niño e integrante de la Coordinadora Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (CONAMURI) –parte de la MCNOC–, emprendió una lucha por la que, en un primer juicio durante 2004, logró que dos empresarios brasileños fueran condenados a dos años de cárcel y a pagar una multa millonaria; luego de la apelación presentada por los acusados, consiguió que el 30 de junio de 2005 una nueva sentencia ratificara la condena. Los productores fueron sentenciados, no por fumigar con agroquímicos, sino por conducta imprudente. A fines de abril de 2006, Serapio Villasboa, hermano de la madre de Silvino Talavera y miembro del Movimiento Campesino Paraguayo (MCP) –parte de la MCNOC– desapareció en las cercanías de su casa en el barrio El Paraíso, departamento de Itapúa. Fue asesinado, presuntamente, por ser hermano de Petrona Villasboa. “Cronología”, revistas *OSAL* N° 17, mayo-agosto de 2005, y *OSAL* N°19, enero-abril de 2006, CLACSO, Bs.As.

31 Algunos autores, como Tomás Palau, señalan un propósito deliberado en el hecho de aumentar la dependencia alimentaria, “el arma más eficaz de control político de la población”. Palau, Tomás: ob.cit., p. 12.

32 Morínigo, José N.: “De la protesta social al movimiento campesino”, *NovaPolis. Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, N°2, Febrero de 2003, publicado en web en <http://novapolis.pyblobal.com>, p. 27.

renegociación de sus deudas. Los campesinos, en cambio, no son atendidos y son abandonados. La combinación de todos estos elementos conduce a que la conflictividad social en el campo sea cada vez más grave.³³

4. Los campesinos, principales actores de la resistencia al modelo neoliberal

a) Ser campesino

Campesinos son aquellos que trabajan la tierra que poseen, no necesariamente en propiedad, con la sola ayuda del trabajo familiar y con el objetivo de atender sus necesidades de consumo alimentario. Si hay excedentes los venden, o también pueden producir cultivos de renta para atender su carencia de dinero, pero sus vínculos con el mercado son débiles. La tierra es su medio de vida, el lugar donde producen y reproducen el grupo familiar y, en determinados contextos, el origen de su linaje. Sin tierra, los campesinos dejan de ser tales.³⁴

El patrón tradicional del sistema productivo campesino se basa en la diversificación productiva, lo que significa que la prosperidad no se asocia con la producción a gran escala de un cultivo de renta, sino que apunta a que la variedad agropecuaria permita desarrollar un modelo de seguridad alimentaria y de estabilidad ante las contingencias climáticas y del mercado agrícola.³⁵

Por otra parte, la concepción campesina del territorio es mucho más amplia que la concepción productivista, que ve a la naturaleza sólo como recursos explotables. Aparece entre ambas nociones una disputa de sentidos, dado que para los campesinos el territorio incluye el suelo y el subsuelo, la tierra y las riquezas naturales que la rodean o que están en sus entrañas; es a través del territorio que satisfacen sus necesidades básicas y reproducen su estilo de vida e identidad, asociado al derecho de todos de cubrir su subsistencia, que tiene prioridad sobre la acumulación.³⁶ Esto da por resultado no sólo que la nueva forma de apropiación y explota-

33 Palau, Marielle y Krestchmer, Regina: “La ‘guerra de la soja’ y el avance del neoliberalismo”, *OSAL*, Nº13, enero-abril de 2004, Bs. As, CLACSO, p. 109-111.

34 Piñero, Diego: ob.cit., p 146.

35 Palau, Tomás: ob.cit., p. 12.

36 Giarraca, Norma: ob.cit., p. 60 y 64 y Fogel, Ramón: “Movimientos campesinos y su orientación democrática”, *NovaPolis. Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, Nº7, mayo de 2004, publicado en web en <http://novapolis.pyblobal.com>, p. 105.

ción de la naturaleza no sea aceptada por las poblaciones locales, sino que se produzcan procesos de resistencia que, como en el caso del Paraguay, pueden adquirir tintes violentos, en tanto la organización del campesinado es asumida por los grupos dominantes como expresión de ingobernabilidad o incluso de delincuencia.

b) Las organizaciones campesinas

Participar y organizarse implica para los campesinos disminuir la incertidumbre y exclusión que el modelo latifundista les genera, y reconstruir sus lazos comunitarios; a su vez, les da los recursos para luchar por su derecho a obtener o permanecer en sus tierras.³⁷

En Paraguay, dos son las principales referencias campesinas: la Federación Nacional Campesina (FNC) y la Mesa Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesinas (MCNOC). Hasta 1998 actuaron de manera conjunta, pero en ese año la FNC abandonó la MCNOC, debido principalmente a discrepancias ideológicas y de orientaciones valorativas que empezaron a manifestarse entre las organizaciones, sostenidas particularmente por sus líderes y dirigentes. La FNC tiene capítulos regionales y responde a un partido político, el Paraguay Pyahu Ra (PPR), de inspiración marxista leninista. La MCNOC –que articula a los partidos políticos de izquierda Convergencia Popular Socialista (CPS) y Partido de los Trabajadores (PT), y a más de 30 organizaciones campesinas con relativa autonomía– se define como una unidad de acción, tiene un carácter más pluralista y una estructura bastante laxa.³⁸

Más allá de las diferencias de estructura organizativa y estrategia política, ambos movimientos representan a campesinos pobres con pluriactividad, coinciden en la necesidad de una reforma agraria integral y utilizan los mismos métodos de lucha: movilizaciones, cortes de rutas e invasiones de tierras.³⁹ Sin embargo, con el ingreso del monocultivo de soja transgénica, la lucha hoy no es sólo por la distri-

37 Barbetta, Pablo y Lapegna, Pablo: “No hay hombres sin tierra ni tierra sin hombres: luchas campesinas, ciudadanía y globalización en Argentina y Paraguay”, en Giarraca, Norma y Levy, Bettina (comps.) *Ruralidades Latinoamericanas. Identidades y luchas sociales*, Bs. As, CLACSO, 2004.

38 Palau, Tomás, “El movimiento campesino en el Paraguay: conflictos, planteamientos y desafíos”, *Revista OSAL, N°16, enero-abril 2005*, Bs. As., CLACSO, p. 37.

39 Palau, Tomás: “El movimiento campesino en el Paraguay: conflictos, planteamientos y desafíos”, en *OSAL, N°16, enero-abril 2005*, CLACSO, Bs.As., p. 37-39 y Piñeiro, Diego: ob.cit., p. 133.

bución de la tierra, sino en contra del proceso de desarraigo, fomentado por el modelo agroindustrial, y por el derecho a producir con sus propias y diversas semillas, desarrollando técnicas agrícolas de acuerdo con la economía campesina y el equilibrio del medio ambiente.

e) La lucha se orienta contra el modelo sojero y se extiende al modelo neoliberal

La ofensiva agroindustrial implica para el país una triple pérdida de soberanía. Por una parte, no existe la soberanía económica: el monocultivo genera cada vez mayor dependencia de las exportaciones de un solo producto, la soja (cuyas semillas son proveídas por una sola empresa, Monsanto), y su reverso es la necesidad cada vez mayor de todo tipo de importaciones. Por otro lado, hay pérdida de la soberanía territorial, ya que inmensas extensiones de tierra son adquiridas por propietarios extranjeros, privados o corporativos. Por último, disminuye paulatinamente la soberanía alimentaria,⁴⁰ ya que la soja desplaza la diversificación y con ello a los cultivos de subsistencia.⁴¹ En respuesta, desde 2004 las organizaciones campesinas van orientando sus críticas al modelo agroexportador en general, específicamente al sojero, planteando la necesidad de discutir un modelo nacional verdaderamente sostenible.⁴²

La búsqueda de una vida digna se asocia entonces a la recuperación de la soberanía nacional, en un contexto en el cual la dinámica integradora del MERCOSUR colabora para que los campesinos vean pauperizadas sus condiciones de vida, mientras los grandes productores, fundamentalmente brasileños, se escudan en los argumentos de la integración regional para expandirse sobre el terri-

40 El concepto de soberanía alimentaria fue desarrollado por Vía Campesina y llevado al debate público en 1996, en ocasión de la Cumbre Mundial de la Alimentación. Desde entonces, ha sido discutido incluso en las Naciones Unidas. La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos, de sus países o uniones de estados a definir su política agraria y alimentaria, sin dumping frente a países terceros; es el derecho de los campesinos a producir alimentos y el derecho de los consumidores a poder decidir lo que quieren consumir y cómo y quién lo produce. Publicado en web en <http://www.ecoport.net>.

41 Zibechi, Raúl: "La guerra de la soja en Paraguay", 26 de mayo de 2005, publicado en web en <http://www.prensamercosur.com.ar>.

42 El concepto de sostenibilidad proviene de la biología y la ecología; significa la capacidad de un ecosistema de incluir a todos, de mantener un equilibrio dinámico que permita la subsistencia de la mayor biodiversidad posible. Sostenibilidad y crecimiento capitalista (el cual es profundamente desigual, pues crea acumulación sólo para unos pocos) se excluyen mutuamente. Boff, Leonardo: "Ecología y capitalismo se niegan frontalmente", *Rebelión*, 5 de abril de 2005, publicado en web en <http://www.rebellion.org>.

torio. Ante la pasividad y convivencia del estado frente a los colonos brasileños, que reclaman seguridad jurídica para acrecentar sus negocios, transgrediendo leyes agrarias y ambientales, los campesinos denuncian que el MERCOSUR agudiza la pobreza y la desintegración social, y señalan la necesidad de plantear otro tipo de integración regional, enfocada especialmente en la cooperación solidaria.⁴³

A diferencia de otros países, donde las ideas muchas veces surgen de estrategias urbanos, en Paraguay la propuesta de pasar a una visión de desarrollo nacional nace en el seno del propio movimiento campesino. Cada vez más, el campesinado organizado se constituye en el principal actor de resistencia al modelo neoliberal. A partir de 1999, las organizaciones campesinas reclaman al estado programas de desarrollo nacional y no sólo la reactivación económica del sector rural. Entre otros puntos, demandan educación pública, gratuita y de calidad; seguro para los desempleados de todo el país; seguro social con cobertura universal; la no privatización de las empresas públicas y los recursos naturales; la defensa de la diversidad biológica; una banca pública para el desarrollo; tarifa social para el consumo familiar; el freno a la flexibilización laboral; el fin de la criminalización de las luchas sociales. En los últimos años, junto con organizaciones sindicales, estudiantiles y diversos grupos ciudadanos, los movimientos campesinos juegan un rol importante en la paralización del proceso de privatizaciones y reforma de la banca pública, con cortes de rutas y movilizaciones hacia Asunción;⁴⁴ también en la promoción en contra del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), o en la campaña de oposición a la inmunidad, brindada por el Legislativo, a las tropas norteamericanas, para la realización de ejercicios militares en territorio paraguayo durante parte de 2005 y 2006.⁴⁵

43 Fogel, Ramón: “Movimientos campesinos y su orientación democrática”, *NovaPolis. Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, N°7, mayo de 2004, publicado en web en <http://novapolis.pyblobal.com>, p. 106.

44 Entre mediados de mayo y principios de junio de 2002, a través de la conformación y movilización en todo el país del Congreso Democrático del Pueblo –integrado por los movimientos campesinos, grupos estudiantiles, la mayoría de las organizaciones sindicales nacionales, los grupos políticos de izquierda y algunos grupos políticos antiprivatistas pertenecientes al Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA)– se consiguió frenar las privatizaciones de la Compañía Paraguaya de Comunicaciones (COPACO) y de la Empresa de Servicios Sanitarios del Paraguay (ESSAP). “Cronología”, *OSAL*, N° 8, mayo-agosto de 2002, Bs. As, CLACSO..

45 El 5 de mayo de 2005, el Congreso Nacional aprueba el intercambio militar bilateral con los EE.UU., por el cual autoriza la realización, en el país, desde julio de 2005 hasta diciembre de 2006, de trece misiones militares, brindando a los integrantes de las tropas estadounidenses el estatus de funcionarios administrativos de la embajada norteamericana, lo que equivale a concederles inmunidad diplomática. “Cronología”, *revista OSAL* N° 17, mayo-agosto de 2005, Bs. As, CLACSO.

En cuanto a la ideología, el eje aglutinante suele girar en torno al resurgimiento del sentimiento nacionalista, inspirado en la resistencia a la apertura irrestricta al libre mercado y a las recetas económicas impuestas por el FMI y el Banco Mundial.⁴⁶

d) La confrontación es directa

Como hasta hace muy pocos años el Paraguay había sido un territorio marginal para el capitalismo, el problema de la tierra sólo atenía a hacendados y campesinos, por lo que el estado desempeñaba un papel medular para los sectores dominantes, pero dejaba de lado el intento de integrar la economía nacional al gran capital. Esto hizo que, hasta la actualidad, Paraguay sea un pequeño país casi olvidado de América del Sur.

Sin embargo, la situación ha cambiado con la expansión de la producción de soja y las inversiones de capital extranjero, lo que implica que el Estado también ha ido reconfigurando su rol a través de nuevas normas jurídicas, aceptando las creadas en los espacios transnacionales, entregando los recursos naturales y judicializando las resistencias y los conflictos sociales.⁴⁷ De este modo, los sojeros amplían sus negocios mediante un nuevo marco institucional y, por el contrario, los históricos ocupantes de la tierra van siendo cada vez más acorralados.

Desde 1989, de hecho, la democracia procedimental funciona en territorio paraguayo; no obstante, para las poblaciones campesinas ha sido imposible frenar mediante mecanismos formales la latifundización de la tierra y la expansión acelerada del modelo agroindustrial. Ante la falta de canales institucionales, la modalidad dominante ha sido la negociación luego de masivas movilizaciones u ocupaciones de tierras. Los campesinos bloquean carreteras, invaden haciendas, queman sojales y obstruyen el ingreso de maquinarias y personal para la fumigación. Esto ha generado que los gobiernos vean en la resistencia campesina una traba para la gobernabilidad, e impongan la militarización para hacer posible la “libertad de mercado”.⁴⁸

46 Galeano, Luis, “Movimiento Campesino hoy. Conquistas y derrotas en un contexto contradictorio de crisis social y política”, *NovaPolis. Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, Nº2, Febrero de 2003, publicado en web en <http://novapolis.pybglobal.com> p. 35.

47 Giarraca, Norma, *ob.cit.*, p. 52.

48 Como ejemplo de la forma contestataria del campesinado y de la modalidad represiva estatal, podemos señalar la confrontación que se dio en el departamento de Caaguazú entre campesinos y fuerzas del orden a comienzos de 2004. El hecho comenzó el 20 de

5. El papel del Estado

Los campesinos organizados son efectivamente la principal oposición al modelo. Es hacia ellos entonces que se dirige la atención de los organismos encargados de la “seguridad” interna y nacional.

Nicanor Duarte Frutos, al frente del Ejecutivo desde agosto de 2003, ha significado para los campesinos más de las viejas promesas y ninguna solución efectiva. No sólo no se han distribuido tierras a través del Instituto Nacional de Desarrollo Rural y de la Tierra (INDERT), sino que la violencia estatal se ha profundizado, a través de la criminalización de las protestas y de la persecución a los movimientos campesinos. Frente a las demandas sociales, las autoridades combaten las dificultades del campo con represión, desalojos violentos, destrucción de cultivos, incendios de chozas, apresamientos masivos, torturas y asesinatos. Actúan para esto por medio de las fuerzas de “seguridad” –policías, militares y justicia–, que reprimen en forma conjunta todo tipo de acciones campesinas,⁴⁹ ocupan los locales de las organizaciones y detienen a los activistas.⁵⁰ Pero también lo hacen mediante las

-
- enero, cuando campesinos de Ypecuá, distrito de Repatriación, Caaguazú, se enfrentaron con efectivos de la Agrupación de Policías Ecológica y Rural (APER), para impedir la fumigación de unas 70 hectáreas de soja linderas con su asentamiento. El objetivo era hacer cumplir una promesa del Ejecutivo, que el 9 de enero había acordado con el movimiento campesino obligar a los sojeros a aplicar una franja de seguridad de 100 m. entre los terrenos fumigados y las tierras campesinas. La policía detuvo a una dirigente e hirió de bala a cuatro labriegos. Pero el conflicto se profundizó un día más tarde, cuando unos cincuenta campesinos de la localidad de Tres de Noviembre, que se trasladaban hacia Ypecuá en solidaridad con sus compañeros, fueron atacados con fusiles M16 por cuerpos represivos de la APER. Dos personas resultaron muertas, diez heridas y el resto detenida. “Cronología”, *OSAL*, N° 13, enero-abril de 2004, Bs. As, CLACSO.
- 49 Vale como ejemplo el desalojo de setenta y cuatro familias campesinas, llevado a cabo el 24 de junio de 2005 por parte de militares y policías de la Fuerza de Operaciones Especiales (FOPE) sin orden judicial, pero a pedido de la Fiscalía General, en el Asentamiento Tekojoja, distrito de Vaquería, departamento de Caaguazú. Las viviendas fueron quemadas, los cultivos arrasados, dos personas asesinadas, cinco heridas de gravedad y alrededor de cincuenta detenidas. Los labriegos formaban parte de la Organización Agraria y Popular –integrante de la MCNOC–, y estaban asentados legalmente de acuerdo con el Código Agrario y en condición de sujetos de la reforma agraria. Los disparos fueron hechos por seis colonos brasileños cultivadores de soja que participaron del procedimiento, y afirmaban haber comprado la propiedad, y por sus empleados paraguayos. “Cronología”, *OSAL*, N° 17, mayo-agosto de 2005, Bs. As, CLACSO.
- 50 En 2005, alrededor de 2 mil campesinos estaban imputados judicialmente. Palau, Tomás: “Hipótesis plausibles acerca de estrategias geopolíticas poco perceptibles”, *NovaPolis. Revista de Estudios Políticos Contemporáneos*, N°9, Noviembre 2004/Febrero 2005, publicado en web en <http://novapolis.pyblobal.com> , p. 55.

Comisiones de Seguridad y Defensa Ciudadana (CSDC), grupos de civiles armados creados por el Ministerio del Interior que, con la excusa de dar apoyo logístico a la policía para enfrentar la creciente violencia y criminalidad que afecta al Paraguay, crean zozobra y amedrentan a la población.⁵¹ Frente a la pobreza generalizada y a la movilización social, el gobierno recurre a una creciente estrategia de paramilitarización de grupos civiles, controlados por los poderes políticos locales y ligados directamente a latifundistas y sojeros.⁵²

Desde el último cuatrimestre de 2004 –al tiempo que el movimiento campesino se declaraba en estado de movilización nacional y era duramente reprimido–,⁵³ comienza a imponerse cada vez con más fuerza una campaña de ilación directa entre el Partido Patria Libre (PPL), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), grupos guerrilleros en el interior del país, narcotraficantes, secuestradores, delincuentes, campesinos. Tras el secuestro y asesinato de Cecilia Cubas,⁵⁴ inmediatamente fueron implicados en el caso numerosos miembros del PPL, quienes, se sostiene desde el gobierno, tendrían contactos directos con las FARC y el movimiento campesino. En febrero de 2006, integrantes de la Organización Campesina del Norte (OCN) –parte de la MCNOC– fueron detenidos en el departamento de Concepción, acusados de transportar armas de fuego, municiones y víveres para un grupo armado que se hallaría en la zona del Parque Nacional Paso Bravo. Se imputa al mismo grupo campesino haber asesinado a un policía que participó de este operativo de detención. En abril de 2006, los medios informaron que presuntos

51 Como ejemplo del accionar de estas bandas armadas, podemos mencionar el asesinato de un estudiante de 17 años, el 2 de abril de 2006, en la ciudad de Presidente Franco, departamento de Alto Paraná. A pesar de que estos grupos de civiles no pueden portar armas, el joven fue acribillado a balazos por un integrante de la CSDC, que escapó con ayuda de sus compañeros. “Cronología”, *OSAL* Nº19, enero-abril 2006, Bs. As, CLACSO.

52 “Paraguay: otra víctima de la prepotencia del modelo sojero”, publicado en web en <http://www.prensadefrente.org>.

53 En octubre de 2004 se quiebra el diálogo entre los movimientos campesinos y el gobierno, cuando las autoridades, en vez de dar respuesta a la grave crisis del campo, expresan que harán cumplir la Constitución y las leyes en defensa de la propiedad privada, y responden a las permanentes ocupaciones y cierres de rutas con desalojos, represión, la muerte de campesinos y cientos de procesamientos y detenciones. Desde esa fecha, y hasta la actualidad, los índices de conflicto en la zona rural paraguaya han mermado significativamente, y los asesinatos de campesinos se han vuelto selectivos, fuera del contexto de movilizaciones colectivas. Para más datos, consultar en “Cronologías”, revistas del *OSAL* desde el Nº 15 en adelante.

54 Cecilia Cubas Gusinsky, hija del ex presidente de la Nación Raúl Cubas Grau (1998-1999), fue secuestrada en septiembre de 2004. Su cuerpo apareció cinco meses más tarde, en febrero de 2005, enterrado en una casa de un barrio popular de Asunción.

miembros de un grupo guerrillero de izquierda habían atacado la comisaría de una colonia, ubicada a más de 90 km al noroeste de la ciudad de Concepción. Integran-tes de la OCN fueron detenidos, pero debieron ser liberados por falta de pruebas.

En este marco, desde marzo de 2005 el gobierno de Duarte Frutos establece, con el gobierno de Colombia, encabezado por el derechista Álvaro Uribe, mecanis-mos de cooperación y asistencia recíproca para el combate conjunto y coordinado contra el terrorismo (guerrillas, secuestros, narcotráfico). En septiembre de 2005, oficiales de la Policía Nacional y de las FF.AA. paraguayas comienzan a recibir instrucción de expertos colombianos.

De esta manera, los partidos de izquierda pasan a ser grupos armados, los campesinos y sus organizaciones son también guerrilleros, y todos ellos son delin-cuentes. Como los guerrilleros y los delincuentes son una amenaza para la demo-cracia, deben ser perseguidos y eliminados. Para ello se solicita ayuda a Colombia, se militarizan los conflictos y se estigmatiza ideológicamente al campesinado y a sus organizaciones.⁵⁵

A partir del caso Cecilia Cubas, el gobierno estadounidense explicita su espe-cial interés en el Paraguay, dada la presencia de grupos guerrilleros y las evidencias sobre la penetración de las FARC en el país.

6. EE.UU. y la disponibilidad de recursos estratégicos

Paraguay es un reservorio de primera línea de un recurso vital como el agua,⁵⁶ y, por su ubicación y sus características geográficas, es un territorio clave como punto de conexión natural de los países de América del Sur. En este sentido, los Estados Unidos están interesados en posicionarse en esta zona que, además de contar con riquezas naturales, es vista como estratégica para desactivar cualquier pro-yecto entre Argentina y Brasil que prescinda de su mediación o se oponga a sus políticas continentales como, por ejemplo, el proyecto del ALCA.⁵⁷

Así, desde los años '80 funcionan pistas de aterrizaje en Mariscal Estigarribia, Coronel Oviedo, Salto del Guairá y Pedro Juan Caballero, y desde por lo menos 1986 Paraguay es sede de ejercicios y entrenamientos militares por parte de EE.UU., de misiones de "carácter humanitario" y de las llamadas operaciones

55 Palau, Tomás: ob.cit., p. 55.

56 El caudal del río Paraná alimenta los mantos subterráneos que conforman el Sistema Acuífero Guaraní, y, superficialmente, sustenta las represas de Itaipú y Yaciretá.

57 Ceceña, Ana E. y Motto, Carlos: "Paraguay, eje de la dominación del cono sur", *OSAL*, N° 17, mayo-agosto de 2005, Bs.As. CLACSO, p. 275-279.

Medrete (operativos de prestación de servicios médicos a la población civil). Mediante estas incursiones, las fuerzas militares norteamericanas desarrollan un reconocimiento del terreno físico y sociopolítico de la región, y construyen las condiciones de posibilidad de insularidad estratégica para su país, y de la constitución efectiva de una fuerza de seguridad hemisférica. Llevan adelante simulacros de acciones de contrainsurgencia, como sofocamientos de insurrecciones populares, control de vías de comunicación, control de pasos fronterizos; cumplen trabajos de logística, de operación directa, de inteligencia. Es decir, realizan entrenamientos para la guerra interna, que brindan los elementos necesarios para poder sofocar cualquier tipo de rebelión social. Se agregan a los operativos militares los cursos que los Estados Unidos imparten a los oficiales de diversas naciones de América Latina.⁵⁸

Si bien la Unión Europea también interviene en lo que se refiere al modelo de país del que es víctima Paraguay,⁵⁹ con los datos hasta aquí mencionados podemos trazar un esbozo de cómo los EE.UU. impulsan una política geoestratégica de acción, cuyo objetivo es lograr ser el único país, en esta zona del Cono Sur, con capacidad material para disponer de los recursos naturales e influir en la geopolítica regional.

7. El modelo agroindustrial como una nueva forma de control social

El nuevo modelo productivo aplicado al campo paraguayo representa una agricultura sin agricultores. Por cada 10 has de siembra de soja que se incorporan al territorio nacional, se pierden al menos cuatro campesinos, lo que significa que, si para los próximos 10 años se proyecta una expansión del cultivo de 2 millones de has, prácticamente la mitad de las fincas menores a 20 has podrían desaparecer.⁶⁰ Esto trae aparejado un aumento de la inseguridad alimentaria nacional, una notable extensión de la pobreza, mayor deforestación y contaminación de cursos y fuentes de agua.

Comprendemos, entonces, cómo el avance sin frenos de la siembra de soja conlleva la paulatina desaparición de los únicos actores que libran una real batalla

58 *Ibidem*, p. 281-287.

59 La Unión Europea es impulsora y cómplice de este modelo forrajero, dado que a través de sus estados integra la soja al mercado global, comprando periódicamente la soja RR para alimentar los animales de sus industrias intensivas de carnes.

60 “Apuntes para una interpretación de la coyuntura agraria”, 7 de abril de 2006, publicado en web en <http://www.redrural.org.py>.

contra el modelo. En este sentido, no es aventurado afirmar que la soja transgénica es una nueva forma en la que se expresa el control social impulsado por el capital. A su manera, los integrantes de las organizaciones campesinas son conscientes de este hecho, pues saben que la defensa de su territorio y la pelea por el acceso a la tierra son el puntal desde donde frenar la aplicación de un modelo que, en su profundización, implica la muerte completa del campesinado como grupo social.

Las modalidades de participación interna de las distintas organizaciones campesinas varían de caso en caso, pero como rasgo común podemos señalar que el activismo va asociado a relaciones de solidaridad, reciprocidad y cooperación. Esas prácticas aparecen como inseparables, tanto de la construcción de la democracia como de la resistencia. Así, la democracia que los campesinos van construyendo con sus luchas cuestiona la concepción de la política restringida a la esfera institucionalizada del estado, y objeta por limitado el juego formal de las elecciones periódicas. La ciudadanía, en esta visión que emerge de los sectores campesinos movilizadados, remite a derechos colectivos que no tienen ninguna afinidad con el pensamiento neoliberal.⁶¹

Podemos sostener, consecuentemente, que los campesinos rechazan la naturalización del neoliberalismo, intentando, asimismo, redefinir el papel del Estado a contracorriente de los dogmas del “Estado mínimo” y su modalidad militarizada. Para contrarrestar el accionar de las grandes corporaciones y del mercado global, y promover un tipo específico de integración nacional, las organizaciones campesinas reclaman un estado que regule el mercado y promueva el desarrollo nacional; un estado que participe en la formulación de políticas y no solo en su ejecución, y que además recupere el diálogo como mecanismo democrático. En este sentido, el retorno a la democracia implica la recuperación de la independencia para formular políticas y la discusión política de la economía.⁶²

Sin embargo, con la transformación de la agricultura rural en industrial y de la producción de alimentos en toneladas de soja, que son mercancías altamente valoradas por el capitalismo neoliberal, las políticas públicas están explícitamente destinadas a desalojar el campo de campesinos y proceder a su ocupación empresarial. Esto conlleva que, en el Paraguay, el capitalismo no se esté preparando para la democracia sino para la guerra, para la competencia y la utilización/negación del otro. Mientras más se desarrolla, más polariza; mientras más exitoso, más excluyente. El plano más destacado del momento que se abre con el neoliberalismo es la universalización de la guerra bajo todas sus formas: económica, política, cultural y

61 Fogel, Ramón: ob.cit., p. 105-108.

62 Fogel, Ramón: ob.cit., p. 107.

militar.⁶³ El aparato estatal, entonces, expresa como tal al poder social dominante: garantiza la relación social y conflictiva que implica el capitalismo, y legitima el marco institucional para que éste se expanda bajo su actual modalidad neoliberal; permite el desarrollo de la agroindustria y controla las luchas sociales que intentan enfrentarlo.

8. A modo de cierre

La nueva visión de la democracia que resulta de las movilizaciones campesinas es inseparable de la redefinición del rol del Estado. Pero si entendemos que las formas en que se materializa la relación de poder en los aparatos del Estado está constantemente atravesada por las luchas sociales,⁶⁴ podemos advertir que el Estado no cambiará a no ser que los actores sociales, tanto rurales como urbanos, participen en la disputa de sentidos que la confrontación con el modelo neoliberal significa. En consecuencia, así como los grupos campesinos intentan romper la división campo-ciudad, y asumen que el cultivo de soja transgénica no sólo abarca el crecimiento de la agricultura empresarial sino la expansión del modelo capitalista, del mismo modo el problema agrario debe ser entendido por el resto de los actores sociales no sólo como una cuestión campesina, sino como un problema de orden político, económico y social, que nos afecta a todos en general, pues es el mundo en su totalidad el que se ha convertido en un territorio en disputa.

La naturaleza resignificada en recursos explotables se ha valorizado y convertido en medio, tanto para el capital transnacional como para la construcción de poder hegemónico dentro de la geopolítica global.⁶⁵ Estamos pasando a una nueva configuración territorial mundial, donde ni el gran capital ni los múltiples actores que lo combaten tienen el poder de asegurarse una victoria absoluta. Sin embargo, sabemos que los espacios se construyen y disputan, y que las diversas acciones que se están desarrollando a nivel internacional son fundamentales para que el proceso que actualmente atravesamos desemboque en una nueva territorialidad, en armonía con la naturaleza y no en una geografía desgarrada donde no quede lugar para la

63 Ceceña, Ana E: “Subjetivando el objeto de estudio, o de la subversión epistemológica como emancipación”, en Ceceña, Ana E. (comp.) *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*, Bs.As., CLACSO, 2006, p. 15.

64 Thwaites Rey, Mabel: *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*, Bs. As., Prometeo Libros, 2004, p. 73.

65 Giarraca, Norma: *ob.cit.*, p. 52 y p. 62.

acción de los movimientos campesinos y sociales; ni siquiera para la vida del planeta.

Los movimientos campesinos son un ejemplo de cómo las poblaciones son capaces de superar la exclusión y de crear nuevos vínculos sociales mediante la autoorganización; son un ejemplo de que confrontar con el capital sigue siendo posible. El desenlace no puede predecirse: dependerá, indudablemente, de las luchas que desplieguen los diversos grupos y actores sociales.

VANGUARDIA Y PODER LA REVOLUCIÓN CUBANA: UNA INTERPRETACIÓN PARA APORTAR EN EL PRESENTE

*Guillermo Martín Caviaasca**

*Si queremos que los hombres nos sigan,
hay que enseñarles un camino y una meta digna de
cualquier sacrificio. Lo que fue sedimentado con
sangre deber ser edificado con ideas.*

Hace ya más de 50 años, Fidel Castro pronunciaba su alegato final en el juicio que se le seguía por el intento de derribar el régimen de Batista; sus palabras terminaban con la profética sentencia “Condenadme, no importa, la historia me absolverá”. Seis años después, las tropas del ejército rebelde entraban en La Habana y el gobierno revolucionario comenzaba a poner en práctica el programa que Fidel había expuesto en aquella declaración.

La frase que encabeza este trabajo no es caprichosa, ya que nos muestra la convicción de Fidel Castro y sus compañeros de la necesidad de tomar la iniciativa, y la resolución de constituirse en dirección de un proceso de lucha. Por otra parte, aparece la necesidad de dotar la voluntad de los militantes y el descontento de las masas de una teoría revolucionaria acorde con las condiciones de la formación económico-social cubana. He aquí el desafío consciente encarado por ese grupo de militantes cubanos: llevar adelante una praxis revolucionaria, un proceso de acción y reflexión que condujera a una acción política efectiva, más allá de la denuncia o el análisis académico correcto. Un desafío que los transformó en revolucionarios.

* Docente U.B.A.

Cuando hablamos de efectividad de la acción política, debemos precisar a qué nos referimos. Efectividad no es mayores niveles de organización, ni mayor presencia del discurso propio en la calle, ni un mayor ajuste a algún tipo ideal de partido marxista-leninista; ni siquiera mayores niveles de consenso popular, en tanto esto no redunde en desgastar la hegemonía del bloque dominante. Para nosotros una política es efectiva cuando está dirigida a minar las bases estructurales de la hegemonía, para ir generando las condiciones y herramientas necesarias de la nueva sociedad. O sea, la efectividad de una política está relacionada directamente con la capacidad de derrotar a las herramientas de la coerción y el consenso que sustenta la reproducción del sistema que se combate.

Pero, ¿qué fue lo que permitió el ascenso de los revolucionarios al gobierno? ¿Cómo conquistaron consenso en las masas? ¿Qué permitió que el alegato de Fidel no cayera en el vacío? Si simplemente el discurso de los revolucionarios, claro y contundente como lo era, hubiera sido emitido desde una radio en medio de una campaña electoral, o de un debate por X situación política en medio de múltiples discursos de otros tantos actores políticos, seguramente sólo hubiera despertado una pequeña cantidad de conciencias y las expectativas generadas hubieran sido muy pocas.

Pero el asalto al cuartel de la Moncada, militarmente frustrado, había oficiado como **un gran hecho de propaganda armada**, colocando a los jóvenes ortodoxos disidentes¹ en la primera línea de la atención del pueblo cubano. De modo que seis meses después, durante el juicio oral y público, Fidel pudo transformar su alegato en un hecho político de envergadura, dando a conocer un programa revolucionario que —si bien tenía similitudes con muchos programas antiimperialistas y populares—, contaba con el respaldo de la sangre de 61 jóvenes caídos en su defensa, lo que lo hacía mucho más creíble para el pueblo. Es en esos meses cuando comienza a perfilarse ante las masas cubanas una nueva fuerza política claramente diferenciada del evolucionismo de los comunistas cubanos² y de la impotencia del populismo ortodoxo: el Movimiento 26 de Julio. Fidel entiende que a partir de allí mucho

1 El Partido Ortodoxo fue una escisión del Partido Auténtico del año 1947. El partido Auténtico surgió con posterioridad a la revolución del año '33; era un partido nacionalista y progresista, pero en el transcurso de los años sus líderes se *aggiornaron* y lograron una convivencia con la oligarquía azucarera, aceptando el status de semicolonias de los EEUU. En el año '47, bajo el liderazgo de Eduardo Chibás, un grupo importante funda el partido Ortodoxo, con el objetivo de rescatar los postulados antiimperialistas y populares de la revolución del '33. A ese partido se sumará Fidel Castro.

2 Influenciado por las tesis del PC norteamericano de “lucha de clases diluida”, el Partido Comunista Cubano había cambiado su nombre por el de Partido Socialista Popular (PSP), con el objeto de enmascarar su identidad.

dependerá de la coherencia y la capacidad de los revolucionarios para ganarse a las masas, y con esa convicción escribe: “Si queremos que los hombres nos sigan hay que enseñarles un camino y una meta dignos de cualquier sacrificio. Lo que fue sedimentado con sangre deber ser edificado con ideas”.³

Pero podríamos caer en reduccionismos y simplificaciones excesivas si creyéramos que fue solamente la voluntad de los revolucionarios, o el hecho de haberse demostrado patriotas y valientes en el asalto al Moncada las condiciones que hicieron posible la revolución en Cuba. Hubo una serie de factores sociales y políticos que, combinados, permitieron ese victorioso desenlace: 1) Un acierto en la caracterización de la formación social sobre la cual se actuaba, alejada de las visiones de manual. 2) Una situación de crisis orgánica originada por la crisis político-económica del capitalismo dependiente cubano. 3) Una decisión política de actuar, desestabilizando al régimen mediante la guerra (ayudando a generar las condiciones para la revolución) y cerrando las puertas a la conciliación que los partidos del sistema impulsaban con tanta vehemencia cuando las contradicciones se agudizaban. 4) Una organización política cuya relación con las masas no es de elite-conductora base-conducida, sino **dialéctica y en formación permanente**. Por otra parte (pero no menos importante que lo anterior) es fundamental descartar el mito del grupo guerrillero que de la nada se hizo conductor de las masas por su solo accionar militar. El M26 tenía una importante red urbana construida desde su misma separación del Partido Ortodoxo, lo suficientemente fuerte como para concebir una estrategia insurreccional que tuviera a las ciudades como su centro.

Años después, el Che Guevara sintetizaría la doctrina bajo la cual se batirían decenas de guerrillas en América Latina: “En el continente existen condiciones objetivas que empujan a las masas a acciones violentas contra los gobiernos burgueses y terratenientes (...) En los países donde todas las condiciones estén dadas sería hasta criminal no actuar para tomar el poder. En aquellos otros en que esto no ocurre, (...el deber de la) vanguardia es estar al frente de la clase obrera en la lucha por la toma del poder, saber guiarla a su captura, conducirla por atajos (...)”. Estas palabras del Che muestran la visión que los revolucionarios cubanos tenían de su misión en la lucha política. La acción política sólo se vuelve revolucionaria cuando sus efectos a largo plazo ayudan a la acumulación de fuerzas del campo del pueblo, y cuando esta acumulación de fuerzas permite la transformación de la estructura económico-social. Es interesante destacar que puede haber organizaciones populares que acumulen reforzando la hegemonía de la clase dominante, reforzando la

3 Fragmento de una carta dirigida por Fidel a la heroína del Moncada Melba Hernández, el 12 de mayo de 1954, refiriéndose a la difusión de *La Historia me absolverá*.

credibilidad en las instituciones o debilitando la capacidad del pueblo de crear las herramientas de su propia hegemonía.

En este sentido, el PC/PSP, por ejemplo, no pudo resolver por sí mismo su inserción revolucionaria en la lucha, y por lo tanto actuó como un par antagónico de la dictadura de Batista, atado a las concepciones economicistas⁴ de la ortodoxia marxista de la época. La crisis de la formación social cubana podría haberse prolongado por mucho tiempo sin la intervención de un actor político que rompiera la lógica de los pares antagónicos y del evolucionismo reformista. Esos actores fueron el M26 y el Ejército Rebelde, y tras de sí arrastraron a las demás fuerzas revolucionarias, como el PSP y el Directorio.⁵

Es importante destacar, retomando al Che, que la concepción de vanguardia sólo existe articulada dialécticamente con el pueblo: “La guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es una lucha de masas. Pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población es preludio del desastre inevitable. La guerrilla es la vanguardia combativa del pueblo, situada en un lugar determinado de algún territorio dado, dispuesta a desarrollar un conjunto de acciones bélicas tendientes al único fin estratégico posible: la toma del poder”.⁶ Es una tarea contraria a las modas, pero necesaria, rescatar hoy en día la idea de vanguardia, tan bastardeada por el enemigo

4 El PC cubano llegó a tener gran inserción en la clase obrera. En efecto, fue su conducción hasta que la represión en los ‘50 lo desplazó a la militancia de base, quedando el movimiento obrero en manos de una burocracia ligada a las prebendas del estado. El PC profundizó las concepciones economicistas y reformistas, influenciado por el PC norteamericano. En ese camino cambió su nombre por PSP, y se aferró a una concepción clásica de proletariado urbano, el cual debía ser el sujeto de la revolución en una sociedad donde la contradicción principal fuera burguesía / proletariado. Sin embargo, en la formación social cubana capitalista dependiente, la contradicción estaba desplazada hacia el campo, donde existía un fuerte proletariado o subproletariado azucarero, y masas campesinas y desocupadas frente al imperialismo norteamericano que ejercía el rol de clase dominante, haciendo de la isla una semicolonía. El PC no se transformaba de esa manera en el representante de la mayoría de los explotados, lo que sí haría el M26. Por otro lado, el hecho de asentarse en el proletariado urbano y atarse a las reivindicaciones inmediatas de éste llevaba al PSP a quedar paralizado ante concesiones coyunturales. En este sentido, y durante 10 años, los gobiernos Auténticos realizaron una serie de concesiones a la clase obrera urbana que transformó al PC/PSP en un actor complaciente del sistema político. La dictadura de Batista dejaría al PSP sin política, hasta su adscripción tardía a la estrategia de la sierra.

5 El Directorio Revolucionario tenía una estrategia *putchista* insurreccionalista urbana, contenada a acciones heroicas pero de poca viabilidad estratégica, por no entrar en contacto con el grueso de las masas explotadas.

6 Guevara, Ernesto, “Guerra de guerrillas, un método”, en Guevara, Ernesto, *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Macla, 1997, pág. 378.

y por los que, desde el campo popular, asumen la derrota como irreversible, propagandizando la visión fatalista de que lo único posible es la resistencia. Pero es necesario, también, criticar el voluntarismo vanguardista que concibe a las masas sólo como objeto pasible de ser despertado por una elite poseedora del saber. Desde nuestra óptica, la vanguardia se construye y reafirma permanentemente como tal en una relación dialéctica con las masas organizadas, de las cuales emerge y ante las cuales se legitima.

Es así como **Fidel y el Ejército Rebelde se van construyendo como vanguardia: no nacen como tal.**⁷ Tampoco después del Moncada existía una vanguardia, aunque estaba presente en los revolucionarios cubanos la decisión de marcar el camino al resto del pueblo desde el principio de sus acciones. No hay una teoría revolucionaria acabada que exista previamente y por afuera de la realidad social, siempre en permanente cambio y evolución. Fidel y sus compañeros construyeron su accionar sobre la base de la contradicción principal, luchando por la liberación nacional y la liberación social y, a partir de allí, construyen un camino revolucionario dialécticamente con el movimiento de masas. Si bien ejercen una función dirigente, lo hacen aprendiendo y corrigiendo en el mismo proceso de enseñar.

Entonces, los revolucionarios son vanguardia desde el momento en que son vistos por las masas populares como alternativa de poder viable. Todos los sectores que Fidel define como Pueblo en *La historia me absolverá* eran el sujeto que debía legitimar a esta naciente vanguardia para que ella tuviera perspectiva de poder. Este proceso de generación de condiciones para la aceptación de la vanguardia se construye en un período que comienza en el Moncada, sigue con la fundación del M26 como un movimiento de masas, y se materializa en forma efectiva con la subsistencia del Ejército Rebelde ante las ofensivas militares de la dictadura. Decimos que este periodo es de **generación de condiciones para la formación de la vanguardia**, porque, desde nuestro punto de vista, no bastaban las condiciones objetivas de una formación social en crisis y la existencia de una organización político-militar eficiente y un discurso claro, sino que había un tercer factor, que era la presencia del discurso, la organización política y redes de lucha urbana previas al accionar militar de la guerrilla. O sea, la presencia de la guerrilla no implicó un salto abismal para los militantes combativos cubanos, y el grupo de Fidel fue actor activo en la generación de ese clima.

7 Es necesario matizar esta afirmación, ya que Fidel y los suyos tienen plena conciencia de presentarse ante el pueblo como guías, con un sentido que va más allá de simples emergentes de la masa que acompañan la evolución de su nivel de conciencia, sino que se presentan como “despertadores” de una conciencia dormida de raíz histórica.

Es a partir de la estabilización del frente guerrillero en la sierra que la victoria revolucionaria se vuelve incontestable, y todos los revolucionarios dispersos o encuadrados en otras fuerzas se encolumnan tras la estrategia que baja de la sierra. Pero también la acción era recíproca, no hay solamente un accionar de Fidel y sus compañeros que las masas aprueban o ignoran pasivamente; por el contrario, la influencia de las masas en el proceso de formación de la vanguardia se ve a lo largo de todo el proceso. Tanto la formación de la guerrilla como sus reivindicaciones y tareas inmediatas eran elaboradas en relación con la base campesina; la estrategia va orientándose a medida que los sectores populares van mostrando el camino para la construcción del poder alternativo y, ya en el poder, la radicalización de la revolución se fue dando de acuerdo con como se dieron los conflictos de clase, y resolviéndose a favor de los intereses populares. No hay programa, en el sentido clásico, desde el cual se llama al pueblo: hay objetivos políticos y convicciones teóricas que guían la acción de la vanguardia, y un “sentido” que guía la lucha de las masas.

La categoría de pueblo en *La historia me absolverá*

El nacionalismo revolucionario, expresado por Fidel en su alegato, tuvo un matiz diferencial sustantivo respecto de otras propuestas antiimperialistas y populistas de izquierda: define el típicamente ambiguo concepto de pueblo con una precisión mayor. Por lo general, la categoría de “pueblo” es difusa, siempre son los trabajadores y los pobres del campo y la ciudad; el capital imperialista y monopólico, como así también los terratenientes, constituyen la clase dominante, el “otro” al que se enfrenta. Pero entre estos dos grandes sectores hay una enorme e indefinida variedad de clases y sectores de clase que el nacionalismo típico, en general, deja en el limbo: las “clases medias”, los intelectuales y profesionales, los pequeños propietarios del campo y la ciudad, los pequeños comerciantes y la burguesía nacional (mediana y grande).

Extractamos aquí la precisa definición de pueblo expuesta en *La historia me absolverá*: “Entendemos como pueblo (...) la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor, más digna y más justa (...) los 700 mil que están sin trabajo, (...) los 500 mil obreros del campo, (...) los 400 mil obreros industriales y braceros, (...) los 100 mil agricultores pequeños, (...) los 30 mil maestros y profesionales, (...) los 20 mil pequeños comerciantes, (...) los 10 mil profesionales jóvenes”.⁸ Es claro que todos los excluidos de

8 Castro, Fidel, *La historia me absolverá*, La Habana, Editorial de las Ciencias Sociales, 1981, pág. 37.

esta definición no son pueblo para Fidel: los banqueros, los propietarios medianos y grandes del campo y la ciudad, los rentistas, los grandes comerciantes y todos los asociados al capital extranjero; es decir, todas las clases capitalistas significativas de la sociedad.

Fidel le da a la categorización de pueblo una definición de clase mucho más ajustada, lo que nos permitirá comprender el devenir posterior de la revolución cubana que, ante la agudización de las contradicciones, avanzará hacia la construcción del socialismo. La mayoría de los movimientos de liberación nacional (quizás podamos excluir de este camino típico a Irak y Libia),⁹ en cambio, terminaron o bien disciplinándose a la burguesía (y como consecuencia de esto claudicando ante el imperialismo), o bien fracasando, aprisionados entre los intereses de los trabajadores y los intereses de la burguesía, lo mismo que los populismos.¹⁰ Son los casos de El Salvador, Nicaragua, Argentina, los movimientos independentistas del Africa sub-sahariana y varias repúblicas árabes y del sudeste asiático.

En el mismo sentido, las tareas que Fidel planteaba partían de una precisa caracterización de la formación social cubana. “Si Cuba es un país eminentemente agrícola, si su población es en gran parte campesina, si la ciudad depende del campo...”¹¹ entonces, una de las tareas principales de la revolución será resolver el problema agrario. Pero esta resolución está condicionada, a su vez, por dos factores: uno, la dependencia del capital imperialista, que para su enriquecimiento gene-

9 Citamos los casos de Irak y Libia porque son casos de movimientos de liberación nacional cuya conducción no está en manos de partidos marxistas revolucionarios, como sería el caso de Vietnam.

10 Los Movimientos de Liberación Nacional del tercer mundo expresaron, en los ‘60/’70/’80, la voluntad de las clases oprimidas de los países dependientes o coloniales de independizarse y construir un camino de desarrollo propio. Para ello, constituyeron alianzas de clase entre las burguesías locales y los trabajadores, campesinos, etc., constituyendo frentes nacionales que unían a toda la nación contra el imperio dominante. Entonces, los MLN (en general conducidos por la burguesía nacional) avanzaron hacia la independencia política y encararon modelos de desarrollo independiente. Una vez en el poder, en el mismo seno de esta alianza se produjeron contradicciones y reposicionamientos, encontrándose los sectores burgueses en la disyuntiva de continuar reformas o acordar con el imperialismo un nuevo pacto colonial. Esto provocó la crisis y el fracaso de muchos MLN, al resolverse esta alternativa en favor del nuevo *statu quo*. El tema clave era el de quién tenía la hegemonía en el interior del frente nacional. Si, como sabemos, la burguesía tiene una gran facilidad para generar personal de dirección propio, mientras que el proletariado y el campesinado suelen ser débiles o desorganizados, sólo una fuerza política fuerte, que asuma el interés del pueblo trabajador, podría disputarle la hegemonía a la burguesía.

11 Fidel Castro Ruz, *La historia me absolverá*, <http://www.granma.cubaweb.cu/martimoncada/jm01.html>, pag. 2.

ra atraso en el campesinado y en toda la nación (“Cuba sigue siendo una factoría productora de materia prima”);¹² dos, que la alianza revolucionaria deberá contar con una base campesina (o, para ser más precisos, rural) como condición *sine qua non* para su triunfo.¹³ El programa agrario de la revolución debía respetar los intereses del campesinado parcelario (no hubo colectivización forzosa, sólo se socializaron, al comienzo, las grandes haciendas, y más tarde las medianas propiedades, mientras que arrendatarios y campesinos siguieron en sus tierras apoyados por el Estado). En este sentido, es importante aclarar las características específicas del campo cubano. Existía una categoría muy variada de formas de tenencia de la tierra (propiedad, aparcería, tenencias precarias, etc.); no había comunidades agrícolas de subsistencia, y la mayor parte de la población rural se encontraba vinculada al mercado (produciendo azúcar para los ingenios). Un porcentaje alto del proletariado era rural o estaba vinculado a los centrales,¹⁴ y muchos se encontraban en una situación intermedia entre campesinado y proletariado. Como la gran propiedad y los centrales (en gran parte la tierra estaba en manos de extranjeros) poseían la mayor parte de las mejores tierras, el trabajo de los revolucionarios se vio favorecido a partir de la toma del poder,¹⁵ ya que Fidel pudo organizar la gran propiedad estatal en la mayoría de las tierras sin enfrentarse con el campesinado, que, a su vez, vio en la revolución la defensora de sus intereses.

Es notorio que el Ejército Rebelde haya logrado avanzar desde el campo a la ciudad, y que la clase obrera no fuera protagonista central del proceso hasta que los revolucionarios estuvieron en las puertas de La Habana. La huelga general convo-

12 *Ibidem*, pag. 24.

13 “...el campo hizo la independencia, si la grandeza de nuestra nación depende de un campesinado saludable y vigoroso...”, dice Fidel en *Ibidem*, pag. 24.

14 Los centrales son modernos complejos industriales donde se procesa el azúcar; la clase dominante cubana es dueña de estas verdaderas fábricas de azúcar donde funcionan, bajo propiedad de la empresa, los ferrocarriles, el comercio, etc. (algo así como “la Forestal” en nuestro país).

15 Es necesario aclarar dos cosas. Una, que en Oriente, donde se asienta el ejército rebelde, existe una capa de campesinos muy pobres y una clase de productores de café, marginados del sistema azucarero cubano, que se identificarán con Fidel. Otra, que, una vez en el poder, los revolucionarios dictarán dos leyes sucesivas de reforma agraria: la del ‘59 y la del ‘63. La primera dicta un tope de unas 500 has.; o sea, permite crear una capa de campesinos medios (da la propiedad a todos los arrendatarios, aparceros, etc.), y el resto de la tierra (el 47%) queda en manos del estado para armar cooperativas. La segunda disminuye a unas 67 has las tierras permitidas en propiedad, y el resto (el 70%) son colectivizadas con gerenciamiento estatal. Esta evolución es permitida por las características anteriores de las relaciones de producción en el campo.

cada por los revolucionarios fracasó¹⁶ en el '58; recién a fin de año, con las columnas rebeldes avanzando por toda la isla y el régimen de Batista en descomposición, la huelga general dio el empujón final al régimen. En este sentido, la estrategia de Fidel también varía dialécticamente con la realidad social. Si en un principio la revolución es concebida como una insurrección urbana, desatada a partir de un hecho político-militar de envergadura y con apoyo militar rebelde (esa es la idea del Moncada que se mantiene hasta bien avanzado el proceso revolucionario, por lo menos hasta el fracaso de la huelga general del '58), la materialización de la toma del poder terminó siendo a la inversa: la insurrección se desató en apoyo del Ejército Revolucionario victorioso. Es también por ello que el campo y el campesinado cobran una dimensión aún mayor, por ser la columna vertebral de la revolución.

En este sentido, los revolucionarios cubanos también fueron creativamente marxistas (que es la única forma de ser marxista). Mientras que el PSP permaneció aferrado al trabajo en las filas de la clase obrera urbana, arrastrado tras los vaivenes de la lucha económica durante los cuarenta, y atado a concepciones browderianas, Fidel, y luego el M26, fueron modelando su práctica de acuerdo con las condiciones cubanas, en donde el *eslabón más débil* era el campo. Es importante resaltar que una gran parte de la clase obrera cubana se encuentra vinculada directamente al campo, como peones rurales o trabajadores de los centrales. Pero también el campo fue el *eslabón fundamental* de una economía básicamente capitalista agraria; por eso la revolución se resolvió desde el campo con apoyo de la ciudad, y el acierto en captar esto y desarrollar al máximo sus potencialidades fue lo que dio a Fidel la conducción de la revolución cubana (la burocracia sindical cubana mantuvo el control de las estructuras sindicales hasta el final del proceso de guerra).¹⁷

Cabe destacar que no aparece en el proceso cubano una dirección de un partido marxista-leninista clásico que oriente el conjunto del proceso, elabore programas tácticos y estratégicos, y asuma desde su constitución el rol de vanguardia y la representación de los intereses de la clase obrera. Por el contrario, aquí Fidel llama a la construcción de un movimiento de masas bajo los principios de su alegato, y desde allí –en el largo plazo y con posterioridad a la radicalización de la lucha de clases y la redefinición del campo de alianzas políticas– surgirá la organización que

16 El Che explicará este fracaso por falta de trabajo orgánico efectivo en el seno del movimiento obrero, lo que llevó a la mala preparación de la huelga. Esto muestra que, si bien el M26 era visto con simpatía por las masas populares, no había conseguido transformarse en una fuerza dirigente de la clase obrera.

17 Si bien en *La historia me absolverá* esta estrategia no está plenamente formada, la caracterización de las tareas a realizar prefigura la posibilidad de esta evolución.

conducirá la revolución y, ya en el poder, se construirá el partido de la revolución (que, ahora sí, planteará el Socialismo y será la vanguardia de la clase obrera y el campesinado). O sea, se construyó un frente de hecho, cuya amplitud fue variando de acuerdo con las coyunturas, pero cuya hegemonía (si bien siempre en disputa) estuvo desde el principio en manos del ejército rebelde.

Esto no inhabilita a que Fidel y sus compañeros fueran actores políticos dialécticamente independientes, concientes de su rol, y que elaboraran una estrategia política mas allá de las condiciones locales e inmediatas. Pero la revolución cubana fue una crítica clara a la concepción clásica de partido leninista, como también a la táctica de acumulación evolucionista de fuerzas. Lo segundo fue claramente visto por los revolucionarios de los '60 y '70; pero lo primero, **la concepción dialéctica de organización**, no. En general, los revolucionarios se siguieron aferrando a esquemas organizativos rígidos. En este sentido, Fidel fue también mucho mas leninista que los partidos leninistas de manual, ya que Lenin adaptó su partido a las necesidades de la lucha revolucionaria; por eso, en 1903, y con la clandestinidad como necesidad, escribió el *Qué hacer*, pero, en 1917, en medio de un auge de masas, planteó como consigna el paso de todo el poder a los soviets.

Es necesario recordar, para comprender sus planteos, quién era Fidel en el 52. Fidel había militado en el Partido Ortodoxo, y había sido candidato a diputado por ese partido para las elecciones de 1952, elecciones que el golpe de Batista del 10 de marzo impidió realizar. El partido Ortodoxo era una escisión del Partido Auténtico, y reivindicaba los principios del líder nacionalista popular Eduardo Chibás,¹⁸ que el Partido Auténtico traicionó al aceptar el mantenimiento del *statu quo* semicolonial vigente respecto de los EEUU, y al aliarse con la oligarquía azucarera. Si bien Fidel pertenecía a la juventud de este partido, y lo podemos ver como miembro de su ala radical,¹⁹ todavía no se puede decir que fuera un comunista. En verdad provenía del

18 Chibás había militado en el Directorio Estudiantil y participado en la revolución que derrocó la dictadura de Machado en 1933. En 1947 rompe con el PRC (Partido Revolucionario Cubano, mas conocido como Partido Auténtico) por traición a los principios del '33, y funda el Partido Ortodoxo, en el cual se destacará Fidel Castro. En 1951 Chibás se suicidará delante de los micrófonos radiales, agobiado por la situación de corrupción de su país, al terminar un llamado a las masas cubanas y a su partido para cambiar el orden de las cosas: "Comaradas de la ortodoxia ¡adelante! ¡Por la libertad económica, la libertad política y la justicia social! ¡Echemos a los ladrones del gobierno!", exclama. Cualquier semejanza con el discurso peronista *no* es pura coincidencia.

19 "Esos terratenientes, millonarios y explotadores de campesinos y obreros, ¿qué hacían dentro de un partido (la ortodoxia) cuyo deber primero es la justicia social?...", analiza Fidel el 12 de junio del '54. Se ve que Fidel ya se encuentra a la izquierda del partido, con avanzadas posiciones de clase, pero que aún no es un comunista. Citado en Mencía, Mario, *La prisi3n fecunda*, Editora Política, La Habana, 1980, pág. 155.

populismo de izquierda, y fue al calor de la lucha que forjó las concepciones que, más tarde, lo llevaron a romper con el Partido Ortodoxo para formar un movimiento revolucionario, nacionalista y popular: el M26. El proceso de profundización de las posiciones socialistas y revolucionarias de Fidel continuó acompañando la radicalización del proceso de lucha de clases, y la agudización de las contradicciones con el imperialismo para, finalmente, crear el Partido Comunista de Cuba y declarar a la isla como país socialista. Deberíamos recordar que el proceso de independencia de Cuba fue tardío e incompleto. Los patriotas cubanos de fines del siglo XIX luchaban en plena época del imperialismo, cosa que los distancia de San Martín o Bolívar. Fidel era ciertamente el continuador y culminador de la gesta independentista escamoteada por los EEUU, pero en la época de las revoluciones socialistas.

Por otra parte, es importante destacar que no fue sólo la fuerza de las contradicciones que se presentaron ante él lo que llevó a Fidel a profundizar el camino al socialismo. En muchos otros casos, las mismas contradicciones del proceso antiimperialista condujeron primero a la conciliación, y, de ella, inevitablemente, a la traición o a la debacle. Por el contrario, el grupo de Fidel, el Che y los demás revolucionarios logró una unidad ideológica tras las definiciones del Moncada, la que garantizó que en cada encrucijada la resolución se diera en un sentido de mayor radicalización. Una clave para que esto fuera así es la absoluta independencia respecto de instituciones e ideología burguesas, y un país con una burguesía nacional débil.

O sea, el grupo de Fidel expresó una nueva forma de surgimiento y formación de una corriente marxista revolucionaria. Una forma que se basó en las condiciones propias de un país del tercer mundo. En ese sentido, la clara concepción de Fidel de la burguesía como un otro, con el cual se puede acordar coyunturalmente o confrontar, fue la base sobre la cual se asentó toda la evolución posterior del movimiento. Además, fue la diferencia más destacada con otros movimientos de liberación nacional y fuerzas progresistas latinoamericanas. Esta posición respecto de la clase burguesa estuvo claramente expresada por Fidel en *La historia me absolverá*, desde los orígenes mismos del movimiento. Hubo acuerdos y negociaciones de cara a allanar el camino hacia la toma del poder y a aislar al grupo gobernante, pero nunca integración, ni mucho menos subordinación.

Por otra parte, esta experiencia mostró la importancia de la creación de una organización cuya única fuente de poder fueran las mismas masas organizadas por fuera del Estado. La creación de las instituciones del nuevo Estado requiere de una organización política que emerja desde las masas, que exprese una nueva hegemonía en el plano político-institucional. Sin esta organización, el poder estatal quedaría en manos de las fracciones revolucionarias, cuya adscripción a transformaciones radicales de la sociedad se deba más al oportunismo, y que están dispuestas a reencauzar el proceso hacia la conciliación. No olvidemos que todo proceso revo-

lucionario (y el cubano es un claro ejemplo de esto) es protagonizado por un amplio frente de clases, que se hace cada vez mas amplio a medida que la crisis final del régimen anterior se aproxima.

Por lo tanto, en este abanico de clases que se proclaman revolucionarias conviven diferentes intereses, y la hegemonía de los revolucionarios dentro del frente no es natural ni esta estructuralmente garantizada. En Cuba, Fidel tuvo que luchar contra diferentes oposiciones desde el primero de enero del '59, las que expresaban los intereses de las diferentes clases que subsistieron a la revolución hasta que fueron eliminadas como tales. Por eso actualmente el líder cubano puede afirmar que en la isla sólo puede haber un partido: el de la revolución (porque existe una sola clase), y el otro partido (el de la antirrevolución) sólo puede ser implantado desde afuera. Pero eso no fue así entre el '59 y el '63.

Fidel encontró respuestas concretas a cada situación que se le planteaba, sin atarse a esquemas preconcebidos. Esta ductilidad expresaba, para nosotros, una línea claramente marxista de interpretación de los procesos históricos, compenetrándose dialécticamente con la lucha de masas y rompiendo con el mecanicismo del marxismo vulgar y con el eclecticismo y oportunismo de la socialdemocracia. Fidel (y con él, el conjunto del movimiento revolucionario cubano), no como individuo sino como jefe del proceso revolucionario, seguirá siendo la expresión, durante un largo tiempo, de un nacionalismo revolucionario con posiciones de clase,²⁰ sólo para avanzar hacia el comunismo más tarde y al calor de la lucha de clases a nivel nacional y mundial.

Pensamos, como dijimos más arriba, que su independencia de la burguesía (institucional e ideológicamente) y sus definiciones de clase iniciales son las que le permitieron transitar aquel camino y enfrentar la presión de la burguesía local y del imperialismo; por demás, el único camino posible para mantener la soberanía de Cuba. Aquella decisión le permitió al pueblo cubano construir la Cuba revolucionaria que nos sigue iluminando hoy, y no el inverso de la claudicación o la parálisis, como les sucedió a muchos otros movimientos de la época: desde posiciones iniciales diferentes, este camino lo recorrieron el peronismo, el sandinismo, el Partido de los Trabajadores de Brasil, para nombrar sólo los más conocidos.

En este sentido, observamos que en Cuba se fue construyendo el poder del pueblo por fuera de las instituciones tradicionales. La sierra y el ejército rebelde fueron el origen de un doble poder efectivo que irradió por toda la isla su influencia alternativa. Esta construcción de poder, paralela y dialécticamente independiente

20 Quizá sería mejor invertir el orden de los términos para sopesar correctamente el valor de cada concepto en la nominación que planteamos para la identidad del movimiento de Fidel: revolucionario, con contenido de clase y nacionalista. Aún hoy el nacionalismo es una apelación ideológica permanente desde el gobierno.

de las viejas instituciones, fue una de las claves de la resolución de las contradicciones a favor de los trabajadores y no de la conciliación. O sea, independencia en el sentido de ir creando las herramientas de la nueva administración estatal por fuera del sistema; dialéctica en el sentido de que las nuevas instituciones eran la negación de las existentes, y sólo existían en la perspectiva de destruir y reemplazar a las anteriores. Por eso la vanguardia revolucionaria cubana existía como tal en tanto desarrollara estas nuevas instituciones, y, por lo tanto, no podía defezionar sin perder en ese camino su peso en la política de la isla. El doble poder se desarrolló en Cuba desde el desembarco del Granma hasta la segunda declaración de La Habana, cuando se eliminaron los últimos vestigios significativos de burguesía. O sea, que la etapa de doble poder se dio en dos partes: una en la sierra con el avance del ejército rebelde, y otra con los revolucionarios en el gobierno, combatiendo los intentos burgueses por reencauzar el proceso.

Frente a las concepciones posmodernas

La teoría de la revolución cubana no podía existir previamente al desarrollo de la revolución cubana misma: para construir su revolución, los cubanos sólo se podían servir de la historia previa de lucha de su pueblo, y de la experiencia revolucionaria existente a nivel mundial con sus propias teorizaciones. Como cada revolución crea su propia teoría revolucionaria al calor de su desarrollo, la lucha cubana sólo podía avanzar hacia la revolución a través de la acción, inyectándole al proceso de lucha de clases una energía que lo sacara de una dinámica economicista: a partir de avanzar en este proceso de lucha, de la existencia de una praxis revolucionaria, es que surgió la teoría revolucionaria que dio cuenta de las contradicciones de la formación social y orientó a los revolucionarios en su resolución.

Esto no es menor. Marx planteaba que “hablando en términos generales, las ideas no pueden ejecutar nada. Para la ejecución de las ideas hacen falta hombres que dispongan de cierta fuerza práctica”. Y Lenin, por su parte, afirmaba que “sin práctica revolucionaria no hay teoría revolucionaria, y sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria”, de modo que en las fuentes mismas de los clásicos marxistas estaba planteada la idea de que la inserción revolucionaria en la lucha de clases era la que permitía resolver la contradicción entre teoría y práctica. Fidel y su grupo pensaban la revolución en el seno del movimiento popular cubano: fueron puliendo sus herramientas teóricas y militantes a lo largo de la lucha, insertos en ella.

Es por eso que los revolucionarios no esperaron que la conciencia de los campesinos o los obreros cubanos avanzara evolutivamente, insertándose junto a los explotados y esperando que mediante un trabajo de hormiga creciera la conciencia de las masas, para guiar luego a los revolucionarios hacia la toma del poder. En

verdad, actuaron exactamente a la inversa, con la convicción de que la conciencia crece dialécticamente, de a saltos. Es decir, se insertaron en la lucha de clases en forma revolucionaria, por afuera de las estructuras que reproducen la hegemonía y el “Estado” (en un sentido gramsciano: el conjunto de instituciones estatales propiamente dichas y de la sociedad civil que garantiza el estado de cosas). Y, sin tener en claro cómo se iba a desarrollar el conjunto del proceso,²¹ fueron aprendiendo dialécticamente con la práctica (única forma de elaborar verdadero conocimiento), avanzando como la respuesta del pueblo iba indicando.

Aprendieron en la práctica que la columna vertebral de la toma del poder serían los campesinos y no los obreros y las masas populares urbanas (que se incorporarían al proceso posteriormente), y este aprendizaje lo hicieron con “audacia, audacia y más audacia”, como dirá posteriormente el Che. Creando la conciencia con su lucha y con su ejemplo, yendo un paso más adelante de lo que la conciencia inmediata entonces indicaba, y de lo que la teoría previa podía determinar. Fueron aprehendiendo de las nuevas condiciones concretas que la acción revolucionaria generaba la forma de dar los siguientes pasos “hacia el único objetivo estratégico posible: el poder”.²² Pero, cuidado, los cubanos no tomaron el poder tal cual estaba. Primero, desarmaron el ejército burgués y, paralelamente, fueron construyendo el nuevo Estado, que ya se mostraba como alternativo en la sierra misma. Fueron destruyendo palmo a palmo el resto del poder que conservaba la burguesía, y, a su vez, garantizando la consolidación de la hegemonía de los trabajadores, en un proceso que comienza con el desembarco del Granma y culmina con la segunda declaración de La Habana.

Si para los revolucionarios cubanos –y con ellos, todos los que hicieron la historia de la lucha del siglo XX– el objetivo estratégico era (es) la toma del poder (lo cual no implica “cambiar de manos” sino construir otro poder distinto, el poder popular, un Estado de nuevo tipo), para las nuevas concepciones posmodernas – surgidas al calor del neoliberalismo y, podríamos decir, casi como una contestación lineal a éste–, la estrategia es el “no poder” o el “contrapoder”, el abandono del Estado a las clases enemigas. Esta estrategia se basa en la idea de diferencia, de “multiplicidad” de actores, y no en la de desigualdad de clases. El sujeto no está en

21 Esto se verifica desde las proclamas del Moncada hasta la toma del poder. En un principio, los revolucionarios piensan en desatar una insurrección a partir del hecho político de “propaganda armada” que significa el Moncada o la guerrilla en la sierra, pensando que la revolución sería una insurrección con apoyo militar rebelde, una insurrección armada. Pero finalmente el proceso se dio a la inversa: se formó el Ejército Rebelde y a partir de él, como eje, se desató la insurrección en su apoyo.

22 Lenin dirá que “la práctica es superior al conocimiento (teórico) porque no sólo posee la dignidad de la universalidad, sino también de la realidad inmediata”.

la clase social sino en la “multitud”, y la desigualdad desaparece enmascarada por la diferencia. Multitud, categoría abstracta, tan amplia y gelatinosa que impide saber qué intereses puede tener mas allá que la espontaneidad de alguna convocatoria “anti” algo coyuntural. En estas concepciones el Estado se desdibuja, pierde su naturaleza de clase y se transforma en una entidad metafísica fuente de poder, corruptora y opresora, que degenera en nuevos opresores a los que se traga.

Con sus matices, estas concepciones, “al negarse a identificar a las grandes entidades de poder, volverá(n) a enlazar con la concepción metafísica de éste, un poder ubicuo, por lo tanto intangible y anónimo”, escribe el belga Armand Mattelart y puntualiza, en referencia a Michel Foucault,²³ “su tendencia a percibir la producción de poder tan sólo como una generación espontánea”.²⁴ Esta idea es plenamente antagónica con el proceso revolucionario cubano (y con cualquier otro proceso de lucha históricamente existente). Desde el principio mismo, con el asalto al Moncada y con los planteos de *La historia me absolverá*, se percibe claramente la vía elegida por los revolucionarios cubanos para sentar las bases iniciales de su construcción revolucionaria. De esta forma, no es necesaria una lectura muy profunda del alegato para darse cuenta de la distancia que hay entre Fidel y los basistas, los autonomistas y los situacionistas:²⁵ la misma distancia que va de lo macro a lo micro y de la totalidad a la singularidad.

Es importante rescatar que, en algunos casos, la concepción de autonomía es fecunda; sobre todo como rescate e impulso de la autoactividad de las clases populares, tema en general abandonado por el marxismo ortodoxo. Sin negar la necesidad de ser ellas mismas algún día Estado, la construcción popular autónoma de las instituciones burguesas permite ir generando las condiciones de construcción de una nueva hegemonía de las clases populares, única base posible para el despliegue de una política revolucionaria. Además, la base de un proceso dialéctico entre organización política y pueblo sólo puede existir en forma fecunda cuando es fomentada la iniciativa popular. Por otra parte, al definir una fractura tan grande entre lo

23 Michel Foucault es el padre del llamado postestructuralismo: concibe que el poder está en todos lados, que cada relación social, desde lo más micro, está cruzada por relaciones de poder (lo cual es cierto), y que el Estado como lugar central de despliegue del poder o el poder concentrado en algunas instituciones clave no existe (lo cual es una trampa teórica, fácilmente refutable en la realidad concreta).

24 Mattelart, Armand, *Pensar sobre los medios*, Madrid, Fundesco, 1987.

25 “...ciertos enfoques de las prácticas populares, entre las que se inscribían las experiencias consideradas como autónomas, han extraído argumentos para declarar la no pertinencia del análisis del campo social en su conjunto. Otros, apoyándose en la idea de que el poder es a su vez poder y contrapoder, negociación y sujeción, han roto esa dicotomía teórica que separa la esfera de acción de la sociedad civil de la del Estado...”. En Mattelart, op. cit., pág. 86.

macro y lo micro, los posmodernos niegan la complementariedad contradictoria que existe entre ambos términos, castrando, en definitiva, las posibilidades de desarrollo de lo local, conduciéndolo hacia el autismo.

En *La historia me absolverá*, Fidel plantea un programa que aún encierra la posibilidad de reformas dentro del Estado (aunque es necesario remarcar que el alegato esta planteado como un momento de ruptura), pero ya en la sierra se irá prefigurando un nuevo Estado, un embrión de doble poder que irá creciendo, una contrahegemonía que se transformará en nueva hegemonía de los trabajadores, ante la crisis definitiva de capitalismo dependiente cubano, con el M26 en el gobierno.

Ahora bien: en general, las concepciones posmodernas se basan en la idea de que el poder, por una lógica inevitable, siempre es vertical y autoritario, o –lo que no es sino una expresión de lo mismo– que “el poder corrompe”. Por lo tanto, todas las fuerzas políticas que llegan a la administración del Estado terminan siendo subsumidas por una lógica metafísica que las transforma en totalitarias. Es así como, para la teórica reaccionaria Hanna Arendt, la Revolución Cubana, la Revolución Rusa, el régimen de Hitler, etc., pueden ser englobados como “totalitarismos”, porque anulan al individuo en función de una comunidad externa a él (el Estado).

Según Toni Negri, el desarrollo de la lucha popular (o de la multitud, pero nunca de clase)²⁶ sólo puede plantearse el antagonismo permanente con el poder. El “contrapoder” no es un poder alternativo destinado a reemplazar al poder burgués en forma revolucionaria (concepción leninista del doble poder), sino un “antagonista permanente”. Desde esa externalidad, negocia o lucha por mejores condiciones de vida y aumenta su autonomía, pero sin aspirar a la construcción de un Estado propio que administre los recursos de toda la nación.

El posmodernismo “contesta a la vieja noción de lucha de clases –dice Mattelart–, con la idea de que es necesario buscar un equilibrio óptimo entre los actores, cada uno de los cuales tiene una estrategia y márgenes de maniobra, y se mueve en un campo de relaciones de poder y contrapoder en el que existen unos intersticios donde pueden expresarse las dinámicas antagónicas”. Es en este sentido que entendemos que las concepciones posmodernas renuncian a la revolución y se relacionan con la idea del fin de la historia. Además, el posmodernismo termina, en definitiva, siendo funcional a los sistemas de gobierno socialdemócratas, para los cuales la negociación y articulación de realidades diversas, pero no en lucha abierta, es necesaria para la reproducción de las complejas y “democráticas” sociedades occidentales.

Por otra parte, estas concepciones de moda pierden contacto con lo nacional (es más: niegan y combaten lo nacional), fundamentalmente por tres motivos: pri-

26 Para estas teorías posmodernas, las contradicciones de clase se disuelven en las de género, raza o religión, ya que la sociedad posmoderna tiende a destruir a la clase obrera como sujeto social a partir de la superación del fordismo.

mero, porque si el poder no está concentrado sino diluido, pierde sentido una estrategia nacional de lucha que vaya más allá de la “situación” concreta y del reclamo sectorial; segundo, porque si la perspectiva de la “toma del poder” sólo puede llevar al autoritarismo, se vuelve negativo plantearse una estrategia que exceda la contestación inmediata a las políticas que se desarrollan desde el Estado;²⁷ tercero, porque si en la etapa actual el dominio ya no se ejerce desde el Estado-nación sino desde el “Imperio” global, la lucha nacional es un contrasentido. Demás esta decir que consideramos, por lo menos, equivocados estos planteos, los cuales echan al tacho de basura toda la experiencia revolucionaria de los pueblos, que es esencialmente nacional en sus orígenes. Es discutiendo con estas ideas que se fueron escribiendo estas líneas, para revalorizar los orígenes de un proceso revolucionario que llevó al triunfo a la guerrilla de la sierra.

Por otra parte, consideramos que estas concepciones son hijas, en realidad, de la derrota del campo popular en el mundo a lo largo de los ‘80. Expresan la resignación ante los fracasos de los proyectos revolucionarios, el repliegue a lo mínimo o a lo parcial. Pero en poco reemplazan a las ideas revolucionarias, ya que no ofrecen un sistema socioeconómico superior donde los seres humanos vivan más libres y con mayores posibilidades de realización, sino un espacio de autonomía donde pequeñas comunidades realicen su libertad espiritual (si esto es posible bajo la hegemonía de la clase dominante y con el Estado burgués presente), resignadas a una pobreza material franciscana.

Táctica y estrategia revolucionaria

El programa planteado en *La historia me absolverá* era objetivamente revolucionario, aunque no fuera socialista. Esto permite pensar que no es el programa lo que define lo revolucionario de un movimiento, sino la composición de clase combinada con las transformaciones estructurales realizadas y realizables, y su progresividad respecto de la formación social concreta. Durante ese período (‘53-‘59), Fidel y los revolucionarios del 26 de Julio darán a conocer, en diferentes

27 Según Mattelart, “la insistencia puesta en el acontecimiento, en lo cotidiano (...) puede caer en el olvido de los grandes dispositivos de poder. La negativa a sobrevalorar la estructura puede tener su contrapartida en la utopía autónoma de la resistencia. El análisis del suceso lo mismo puede desembocar en una revalorización de los sin voz en la historia, como en la puesta a punto de un esquema cibernético que legitime un orden autoritario”. Es decir, las utopías autonomistas pueden reforzar la capacidad de control del Estado desde su renuncia al combate estratégico contra éste, permitiendo que sus aparatos desarrollen “anticuerpos”.

cartas, desde la prisión, manifiestos al pueblo y puntos de coincidencia con otras fuerzas. Un programa que en líneas generales proponía una profunda reforma agraria, la industrialización impulsada por el Estado, la eliminación de la influencia extranjera en la política y la economía y la extensión de la salud y la educación a todos los cubanos. O sea que el programa aglutinador hasta la llegada al poder era básicamente democrático, nacional y popular, y seguía las banderas de la ortodoxia de independencia económica, justicia social y soberanía política. Reafirmando esta idea, Fidel afirmaba en *La historia me absolverá* que, luego de tomar el Moncada, los revolucionarios pensaban ocupar una radio y, como proclama revolucionaria, emitir el discurso de Chibás antes de suicidarse.

Como vemos, todas las propuestas expresadas por Fidel en su alegato estaban pensadas para aglutinar a un amplio espectro popular y antiimperialista. Podría haber sido compartido por fracciones de la burguesía de cualquier país dependiente, ya que no era socialista. La pregunta es: ¿era el M26 un movimiento socialista? La respuesta debe ir más allá del análisis del programa. Cuba recién se proclama socialista en 1962 (mas de 3 años después del acceso al gobierno de los revolucionarios); por lo tanto, lo que define lo revolucionario de una fuerza no son los a priori programáticos, sino la ubicación en el escenario de la lucha de clases. En un sentido maoísta, Fidel no esquiva las contradicciones sino que las resuelve por izquierda. La revolución se radicalizó en su desarrollo, pasando de revolución nacional a revolución socialista en pocos años.

Además, y esto fue la clave estructural que impulsó la radicalización progresiva de su política, en Cuba las clases propietarias eran muy homogéneas y se encontraban fuertemente vinculadas al capital norteamericano. La isla era monoprodutora de azúcar y el negocio de explotación, industrialización y comercio vinculado a este producto modelaba los intereses de la clase dominante; por lo tanto, no existían en Cuba fracciones de la burguesía significativas con diferentes intereses que pudieran entrar en competencia y en contradicción. La economía se encontraba sometida a constantes crisis como consecuencia del deterioro de los términos del intercambio entre los productos primarios y los industriales y manufacturados (de diferente tipo e importados), pero los sucesivos gobiernos lograban recomponerse siempre y en la misma línea anterior, porque no existía una nueva fracción de **clase dominante burguesa alternativa** de recambio, con intereses diferentes a los azucareros y con poder suficiente para contrapesar la creciente hegemonía de los revolucionarios. Ante la ausencia de una clase dominante, es el Estado revolucionario el que se constituye en dirección del proceso. Pero, ¡cuidado!, el M26 y el ejército rebelde creaban organización y constituían a la clase como sujeto a medida que avanzaba la lucha revolucionaria.

Es importante tener en cuenta que, en 1950, se produjo una nueva crisis en el sistema monoprodutor dependiente cubano, que expresaba la inviabilidad del modo

de acumulación vigente hacia ese momento. Los EEUU disminuyeron la cuota de azúcar que compraban a Cuba para proteger a sus productores internos; esta crisis no pudo ser solucionada por Batista a pesar de recurrir al golpe de Estado para disciplinar la mano de obra y ajustar la economía. El fracaso del dictador generó el distanciamiento de los sectores dominantes contra su hombre en el gobierno, y dio comienzo a una crisis orgánica. La sociedad comienza a romper con las estructuras políticas vigentes, los partidos burgueses se transforman en cáscaras vacías y el PSP se quedó sin política frente a la dictadura de Batista. Era el momento propicio para el surgimiento de lo nuevo.

Una fuerza en condiciones de atacar los intereses oligárquicos de la clase dominante cubana podría haber tenido que vérselas con toda la burguesía en bloque. Pero esto no fue así. Justamente, una situación de crisis orgánica permitió que amplios sectores de la burguesía fueran neutralizados (acuerdo de Caracas). Los revolucionarios sabían que el azúcar era el principal recurso de Cuba y que los latifundios debían ser nacionalizados, como así también los centrales, para contar con los recursos necesarios para desarrollar el país, y que esta medida debía ser tomada aunque la isla no se declarara socialista. También sabían que la crisis del sistema estaba en su punto culminante, y que la misma burguesía buscaría canales de negociación, acuerdo o cooptación con las fuerzas revolucionarias para lograr algún tipo de orden.

Al fracasar las diferentes tentativas de conciliación planteadas por los partidos del sistema político tradicional y, por el contrario, comenzar a hacerse notorias las victorias de las fuerzas guerrilleras, los campos en lucha se delimitaron claramente. Así, el Directorio Estudiantil Revolucionario y el PSP se acercaron a los revolucionarios, mientras que el resto de los partidos políticos va quedando paralizado o desprestigiado por la ineficacia de su estrategia. Con una burguesía monoimplantada²⁸ y una “clase política” tradicional desprestigiada, el programa de *La historia me absolverá* emergerá sin contrincantes y se transformará en la piedra de toque para la eliminación de la burguesía como clase, por la alianza de clases populares que se fue construyendo en torno el Ejército Rebelde. Este proceso se desarrolló en varias etapas, antes y después del primero de enero; la revolución avanza desde la sierra hasta el ‘59, y a partir de allí lo hace desde el Estado (el nuevo Estado en conflicto con las supervivencias del viejo Estado y las fracciones

28 Llamamos monoimplantada a una burguesía que basa su riqueza en la explotación de un único recurso. Quizás el caso cubano sea prototípico, ya que la burguesía vinculada al azúcar es el conjunto de la gran burguesía cubana y, a su vez, articula al resto. Es por eso que al atacar estos intereses se ataca a la burguesía en su conjunto. Sería multiimplantada si la misma clase homogénea explotara diferentes recursos. Y habría varias fracciones burguesas en competencia si hubiera una burguesía agraria, una industrial, etc.

burguesas restantes). En ese proceso, en una primera etapa, la burguesía nacional que no es víctima inmediata de la expropiación por el Estado (medianos productores rurales, empresarios locales, comerciantes) se acopló al proceso, intentando reencauzar su rumbo y moderar las reformas hasta que es suprimida en el '62. Pero esto ya es parte de otro análisis, y excede a este artículo.

Creemos que un análisis del proceso revolucionario cubano en su génesis nos arroja luz sobre las condiciones previas al lanzamiento de la lucha guerrillera. El texto de *La historia me absolverá* permite comprender la formación del grupo, sus orígenes y su ideología primigenia. Es interesante ver **la generación de las condiciones** de constitución del movimiento revolucionario como algo mucho más complejo (pero no por ello menos necesario) que la decisión política de un grupo de militantes y las condiciones objetivas de la formación social. Por otra parte, intentamos discutir algunas hipótesis que quedan abiertas, como la necesaria efectividad de la acción política, el Moncada como un hecho de propaganda armada, la concepción dialéctica de vanguardia, la idea de organización en formación permanente y el doble poder como prerrequisito para la dirección efectivamente revolucionaria del nuevo Estado.

Además, a través de este texto pretendemos repensar algunas categorías hoy puestas en duda, como vanguardia, organización, clase y poder. Creemos que responder a los problemas que nos plantean permitirá avanzar más allá de la resistencia. Las respuestas no saldrán de un gabinete sino de la lucha misma, pero tampoco lo harán espontáneamente si no son planteadas y exploradas con audacia. La revolución cubana es el mejor ejemplo.

¡Así luchan los pueblos cuando quieren conquistar su libertad: le tiran piedras a los aviones y viran los tanques boca arriba!

Bibliografía:

Guevara, Ernesto, "Guerra de guerrillas, un método", en Guevara, Ernesto, *Obras completas*, Buenos Aires, editorial Macla, 1997.

Castro, Fidel, *La historia me absolverá*, La Habana, Editorial de las Ciencias Sociales, 1981.

Mencia, Mario, *La prisión fecunda*, La Habana, Editora Política, 1980.

Mattelart, Armand, *Pensar sobre los medios*, Madrid, Fundesco, 1987.

NUESTRA MANERA DE HACER LAS COSAS. PRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN Y REFLEXIÓN EN EL GRUPO DE CINE INSURGENTE

Natalia Vinelli y Alejandra Guzzo***

Definiciones

Poner las cámaras del lado de los que luchan y buscar de conjunto (“entre y junto a ellos”) los destinatarios del nuevo cine y video documental de intervención política es uno de los objetivos fundantes del Grupo de Cine Insurgente. Formado en 1997 a partir de la producción de *La hachumyajay* –voz wichí que significa “nuestra manera de hacer las cosas”–, el grupo se concibió de entrada como un espacio de producción, distribución y reflexión en torno al fenómeno audiovisual alternativo.

Nacido en el marco de un proceso de construcción colectiva –más allá de los roles que cada integrante puede ejercer por sus conocimientos específicos–, el grupo eligió el terreno documental entendiendo que éste es el género y el lenguaje necesarios para la etapa actual. Desde entonces, Cine Insurgente ha pensado en el proceso de producir en forma global, en todas sus facetas, incluyendo en esta conceptualización las alianzas con los distintos sectores en lucha, la elección de los temas, el “para qué” del filme, la búsqueda de circuitos alternativos de exhibición y distribución, la definición de las estrategias de promoción y la articulación con el público.

Esta organización colectiva del trabajo y la atención puesta en las distintas dimensiones del proceso de producción de la obra tiene sus reconocimientos en la

* Docente U.B.A.

** Lic. en Ciencias de la Comunicación y Cineasta.

práctica del cine militante de las décadas del sesenta y setenta. Fundamentalmente, en las experiencias grupales de la Escuela de Cine de la Universidad del Litoral, fundada por Fernando Birri, y en las propuestas de Cine de la Base (desde el marxismo) y de Cine Liberación (desde la tendencia revolucionaria del peronismo). En estos casos, justamente, el esfuerzo no quedaba sólo en la realización, sino que era acompañado por una difusión y promoción constantes orientadas a romper con el corset del cine como espectáculo consumista, para desarrollar “actos” donde acumular políticamente los debates y reacciones de un espectador llamado a comprometerse y a dejar de ser pasivo.

En esta tradición, la definición de conjunto del proyecto (tema, destinatarios, forma, lenguaje) estaba implícita desde el surgimiento de la idea misma. Como escriben Pino Solanas y Octavio Getino en un material de la época, esa definición había que buscarla en la respuesta a los siguientes interrogantes:

¿Cuál es el objetivo político del trabajo? ¿Es un objetivo táctico o estratégico? ¿Es a corto, mediano o largo plazo? ¿Se trata de agitar un acto? ¿Ayudar a la formación de cuadros? ¿Propagandizar un hecho? ¿Contrainformar rápidamente sobre un suceso coyuntural? ¿Explicar didácticamente el uso de determinadas técnicas? ¿Profundizar y concientizar en torno a un tema? ¿Acompañar un hecho de acción directa?.¹

Según Cine Insurgente, estas experiencias interrumpidas abruptamente con la última dictadura militar “marcaron un camino que hay que retomar. Cuando el poder económico cierra toda posibilidad de desarrollo artístico, la única salida es ligar la experiencia productiva audiovisual a la de aquellos que enfrentan este sistema”.² Es en este marco que, en 1998, el grupo comenzó la preparación de *Diablo, Familia y Propiedad*, un largo que narra los crímenes del ingenio Ledesma, en Jujuy, desde el punto de vista de la lucha de clases, poniendo el acento en los responsables económicos de los secuestros producidos durante la “noche del apagón”: en otras palabras, concientizar en torno a un tema.

En 1999, con el grupo ya consolidado, *Diablo...* tuvo su estreno en el Cine Cosmos. Dirigido por Fernando Krichmar, el filme ya había tenido varias presentaciones en el norte argentino, en sindicatos, comedores populares y universidades. Pero el esfuerzo que significó mantener la película en cartel durante cinco semanas sirvió para aceitar una dinámica de acercamiento al público, que va a caracterizar a

1 Getino, O. y Solanas, F., *Cine, cultura y descolonización*, Bs. As, Siglo XXI, 1972.

2 Cine Insurgente, (diciembre de 2005), *El documento del Grupo de Cine Insurgente*. Disponible en: <http://www.cineinsurgente.org>.

la mayoría de los nuevos espacios de cine y video militantes: difusión sobre la base de herramientas tomadas del campo de la acción política, afiches callejeros, volanteadas, invitaciones de boca en boca, realización de encuestas a la salida de la sala y envíos periódicos por correo electrónico.

Este nuevo cine y video documental de intervención política –del cual Cine Insurgente forma parte– comenzó a desarrollarse con fuerza en la segunda mitad de los noventa; por un lado, en respuesta a la necesidad de representar en la pantalla los conflictos sociales, ausentes o tergiversados en los medios hegemónicos (consecuencia directa del modelo neoliberal); y, por el otro, favorecido por el crecimiento de las matrículas en carreras afines a la comunicación y la imagen: solamente en Buenos Aires estudian cine unos 20 mil alumnos. A esto debe agregarse el proceso de renovación tecnológica que significó la expansión del video, y, luego, el surgimiento del registro en digital con un estándar de calidad y bajos costos.

En este artículo nos proponemos, entonces, abordar la irrupción de esta nueva corriente dentro del género documental a partir del análisis de la experiencia específica del Grupo de Cine Insurgente. Para ello trabajaremos, en tensión constante con los modos de la industria cinematográfica, el diseño de producción, las formas de distribución y la exhibición de los filmes, fundamentalmente del largo *Diablo, Familia y Propiedad*.

El diseño de producción

Ahora bien, ¿qué es lo que diferencia a estos colectivos de los modelos de producción de la industria cinematográfica? ¿Se trata sólo de su “artesanalidad” o bajos recursos? O, mejor, ¿cómo se caracteriza ese “producir de forma global” que citábamos al comienzo? Para responder estas preguntas debemos revisar primero la concepción clásica de lo que se entiende por diseño de producción, ya que todo aquello que se conoce comúnmente como “producto audiovisual” responde a un diseño que lo condiciona desde antes de su existencia misma y, por tanto –ya sea planificado dentro de los cánones hegemónicos o por oposición a éstos–, necesariamente conlleva “una idea de producción” que contiene en sí misma los conceptos de “unidad narrativa” y “unidad de producción”.

Lo primero que surge es la idea de contar una historia. Sin embargo, la simple idea de contar una historia, hasta tanto ésta no se materialice en el papel no constituye nada. Hasta que no exista un guión, o al menos un plan de abordaje que ponga en tierra lo que se quiere narrar, la idea no existe más que en la cabeza de alguien, y por eso está muy lejos de formar parte de una idea de producción. Pero el hecho de contar con la idea ya convertida en unidad narrativa tampoco es suficiente: los

cajones de muchos guionistas, directores de cine o televisión están llenos de sinopsis, escaletas o incluso guiones completos que jamás han sido filmados.

Se deben trabajar las ideas, determinar prioridades respecto de una idea principal y otras secundarias, o trabajar desde el guión hasta poder transformar una idea a secas en una idea de producción, es decir, en una idea “filmable”: sólo completando estos dos procesos se estará en condiciones de hablar de un proyecto de producción audiovisual, proyecto que en ese momento –y no antes– necesitará su diseño de producción.

En el desarrollo proyectual intervienen entonces elementos de muy diferente carácter: primero, elementos “creativos” en cuanto a la originalidad de las historias (en el caso de Cine Insurgente y los grupos de video militante, esto está ligado a la necesidad política de convocar a la lucha por la transformación social, que a su vez implica una elección estética que acompañe esa necesidad); segundo, elementos de “dirección y gestión” centrados en la organización y programación que plantea la obra; tercero, aspectos de “seguimiento y control” que aseguren el perfecto cumplimiento del plan de trabajo o la introducción de las rectificaciones oportunas; y cuarto, aspectos “económicos” ligados al mantenimiento de los costos de producción, que no podrán sobrepasar las posibilidades de quienes financian el proyecto.

De todo esto se desprende que el trabajo de diseñar una producción es complejo y no es simplemente una labor de organización, alejada de la creatividad y de la expresión de las obras audiovisuales, máxime en el caso del cine y video de intervención política, donde la necesidad tiene una direccionalidad política concreta. El productor –mediante la planificación, el seguimiento durante la ejecución y con sus decisiones de gestión– influye decisivamente sobre la calidad final de todo proyecto, y es asombroso como esto puede apreciarse en la pantalla.

En otras palabras: todo el equipo que participa del proyecto audiovisual crea dentro de la estructura asignada por el productor mediante un diseño (un contexto productivo) previamente confeccionado, y sobre éste se realiza el rodaje del filme, desde la primera toma hasta que el producto está terminado. Y como para la industria cinematográfica no se establecen diferencias en cuanto a cualquier otro proceso industrial, para producir un filme deben medirse el capital, los medios y la fuerza de trabajo necesarios para que el producto pueda realizarse.

En el campo cinematográfico internacional existen distintos tipos de productores: el “productor financista”, que pone el capital (y que en general no presencia el rodaje, y en muchos casos apenas conoce la historia que se va a narrar);³ el “productor ejecutivo”, que diseña el proyecto, no pone directamente dinero pero busca apoyos; y el “jefe de producción”, que es quien se encarga de la logística de

3 Generalmente son los productores de los grandes estudios hollywoodenses.

todo el rodaje y determina quién, cómo, dónde y de qué manera debe rodarse.

De acuerdo con el tipo de productor en que se haga hincapié surgirán diferentes modelos de producción: aquí se da históricamente la primera gran división entre el modelo hollywoodense, donde el financista es el “verdadero dueño de la película”, y el modelo productivo europeo, que dio nacimiento al cine de autor (la *Nouvelle Vague* en Francia, Luis Buñuel en España, etc.), y donde se destaca la figura del productor ejecutivo (que generalmente es una persona ligada al cine y la cultura). En América Latina, y sobre todo en nuestro país, se dio mayoritariamente el modelo del “director / productor”: una sola persona que lo hace todo: pone el capital, aporta la idea y rueda el filme.

Obviamente existen otros modelos de producción de donde las prácticas de cine de intervención política actuales se nutren para trabajar: modelos que cuestionan a la industria tradicional, ya sea para oponerse o para asimilarse a ella, pero produciendo de otra manera. En la segunda mitad de los noventa y particularmente con el cambio de milenio, en plena crisis, estos nuevos modelos comenzaron a tomar forma: prueba de ello es el nacimiento del llamado Nuevo Cine Argentino, con diferencias importantes entre un filme y otro (de género, de propuesta estética, de estilo, ideológicas) pero con un modelo de producción que los acerca: más acá o más allá del capital invertido y en el marco de una experiencia colectiva.⁴

De este modo, en muchos casos pudieron romperse las férreas barreras industriales en cuanto a la concepción de las historias que se contaron, en cuanto a su temática, su puesta en escena y, por ejemplo, en quién fuera capaz de escribirlas. Un sinnúmero de jóvenes se sintió capacitado para desarrollar un guión, sin pasar por el tamiz del guionista profesional sugerido por la industria. Del mismo modo pasó con directores, fotógrafos, editores, y sobre todo en el caso de los productores: el paso por las escuelas de cine por parte de toda una generación marcó la diferencia, más allá de las limitaciones de los sistemas de enseñanza. Antes sólo se aprendía a hacer cine dentro del aparato industrial, elitista y cerrado, obviamente pensado para pocos.

4 Un caso es el de Lita Stantic, quien en su juventud formó parte de algunos proyectos de Cine Liberación y luego fue, durante diez años, la productora de los filmes de María Luisa Bemberg. Justamente, en la segunda mitad de los noventa comenzó a vincularse con jóvenes que tenían propuestas diferentes en cuanto a ideas para sus películas, y buena parte del Nuevo Cine Argentino de ficción empezó a pasar por sus manos. Si bien Stantic produce dentro del modelo industrial, sus historias asumen un riesgo narrativo importante, y la mayoría de las veces están de espaldas al mercado. En lo que hace al documental, el tema se vuelve más complejo, ya que generalmente los productores con cierta jerarquía parten de películas rodadas, que no es lo mismo que levantar un proyecto del punto cero.

Este nuevo modelo, sobre todo después de la rebelión popular del 19 y 20 de diciembre de 2001, está en pleno proceso de afirmación. No es un modelo homogéneo; coexisten en él las más diversas variantes, y la del cine y video militantes actual puede pensarse como una de ellas.

Una variante propia: el diseño de *Diablo, Familia y Propiedad*

Según Vázquez, Campo y Dodaro,⁵ las definiciones de lo que es el nuevo cine militante “son inseparables del modo en que estos realizadores entienden el acercamiento, la relación o la mediación con los actores representados, así como también de los modos de exhibición y producción de los filmes”. De acuerdo con Cine Insurgente, estas relaciones y sus formas se asientan en la convicción de que “la imagen se ha convertido en el arma más poderosa que tiene el sistema para subjetivar e imponer su proyecto en nuestras cabezas”. Por lo tanto, el imperativo es volverla un “arma de resistencia. Para eso nos organizamos: para producir, imponiéndonos colectivamente a la falta de medios”.⁶

El panorama, para cuando el grupo comenzó a nacer, estaba marcado por el auge televisivo de la “ficción rápida” y los programas ómnibus, representando una sociedad carente de conflictos sociales. Cuando éstos se hicieron visibles, ocuparon por lo general las secciones policiales o fueron demonizados, como ocurrió con los casos de Norma Plá y la lucha de los jubilados en 1994; las protestas contra el cierre de la fábrica Continental en Tierra del Fuego (durante la represión, Víctor Choque cayó asesinado por las balas policiales); las movilizaciones estudiantiles contra la reforma educativa en 1995 y 1996; las detenciones de activistas del MAS en Neuquén y de Quebracho en Buenos Aires y Córdoba; y los primeros piquetes y cortes de ruta en Jujuy, Cutral Có, General Mosconi y el Gran Buenos Aires.

En este marco, Fernando Krichmar y Alejandra Guzzo comenzaron a trabajar con una unidad narrativa que después llegaría a ser el guión de *Diablo, Familia y Propiedad*: contar la lucha de clases en un lugar geográfico concreto y a lo largo de un período histórico determinado, enfrentando desde la imagen la hegemonía neoliberal y superando los escasos medios con que contaban para rodar. Para ello, los realizadores se apropiaron de un principio muy sencillo en el que se basaba la práctica cinematográfica del cubano Santiago Álvarez: el principio de la necesidad, una necesidad objetiva que “nos ha obligado con frecuencia a hacer un trabajo

5 Vázquez, M., Campo, J. y Dodaro, C., *Cine militante, una revisión histórica del concepto*, s/l, Mimeo, 2005.

6 Cine Insurgente (diciembre 2005), *ob. cit.*

cuando incluso no disponemos de medios necesarios para ello [...] La urgencia del trabajo nos infunde fuerzas, no nos permite caer en el desaliento y, de una manera o de otra, el trabajo se hace”.⁷

Durante un viaje a Jujuy, Krichmar conversó la idea con Agustín Fernández, quien le refirió la leyenda del Familiar: un diablo que, a cambio de garantizar al patrón buenos negocios, requería ser alimentado con la vida de los trabajadores de los ingenios azucareros. La historia del Familiar recorría (y *explicaba* mágicamente) las muertes de los trabajadores golondrina que habían llegado desde principios del siglo XX, pasando también por la organización del sindicalismo clasista en los sesenta y setenta, los secuestros de la “noche del apagón” en Ledesma durante la dictadura militar y, después, las primeras protestas en el norte argentino en épocas del menemismo.

La leyenda del Familiar fue muy importante en relación con el público, y, por lo tanto, en relación con el diseño de producción de *Diablo...* En esos años había un desarrollo documental de derechos humanos, pero que evadía retratar a los responsables económicos y que era derrotista. A excepción de *Cazadores de Utopías*, de David Blaustein, los finales “eran para llorar” y no reivindicaban las experiencias de lucha de sus protagonistas.⁸ Entonces Cine Insurgente intuyó que había un público que estaba buscando otras lecturas del pasado reciente. Eso Krichmar, el director del filme, lo tuvo claro desde el principio: había un público para estas películas, y la leyenda del Familiar como resorte simbólico permitía enmarcar el documental en una ficción, de manera que, a la vez que segmentaba, también ampliaba los destinatarios posibles para una producción de este tipo.

De acuerdo con Octavio Getino y Susana Velleggia,⁹ la definición del perfil del público “juega un papel determinante en la toma de decisiones que está en la base del proceso creador del filme, a nivel conceptual y estético”. Es decir, mientras la industria se dirige a un público masivo (o lo segmenta sobre la base de criterios tradicionales como edad, sexo y nivel socioeconómico), Cine Insurgente orienta su trabajo hacia un destinatario específico: aquellos sectores que, en la segunda mitad de los noventa, comenzaban a organizarse contra el neoliberalismo, la

7 Cine Insurgente, “Editorial”. En el *Catálogo de la tercera antología de cine cubano*, 1 al 4 de septiembre de 2005.

8 “Estábamos podridos de los filmes de explotación del tema de los derechos humanos que terminan con una cosa llorosa, bajoneante; y que contrabandean la teoría de los dos demonios o el derrotismo. Queríamos hacer una película que terminara para arriba, no generando falsas ilusiones pero dejando en claro que la única forma de cambiar esto es con la lucha” (Krichmar, citado en Vinelli, 2000).

9 Getino, O., y Velleggia, S., *El cine de las historias de la revolución*, Bs. As, Grupo Editor Altamira / INCAA, 2002, pág. 28.

militancia y el activismo político y social a partir de una historia que también podía abrirse a otros destinatarios.¹⁰

Con este plan de abordaje, en 1998 el grupo decidió hacer un largo y evaluó los medios para llevar adelante el rodaje: una cámara SVHS y –siguiendo al realizador cubano– la necesidad objetiva de denunciar a través de la pantalla a los responsables económicos del genocidio. En 1999, año del estreno comercial de *Diablo...*, se terminó de definir el diseño de producción: una primera versión de dos horas ya había sido exhibida en las cercanías del Ingenio Ledesma, propiedad de la familia Blaquier, y en otros espacios alternativos al circuito cinematográfico tradicional. Con una versión corregida y más corta, lo que se buscó fue superar en concreto aquel público militante, a partir de un lanzamiento que tuvo como eje una campaña de afiches y volantes que variaban sus textos semana a semana.¹¹

Recuperando aquella frase de Silvio Rodríguez en *Llover sobre mojado* –“el sueño se hace a mano y sin permiso, arando el porvenir con viejos bueyes”–, los integrantes de Cine Insurgente se plantearon militar el estreno de la película. Salieron a la calle, convocaron a los estudiantes y a las organizaciones políticas, realizaron una fuerte acción de prensa, cursaron invitaciones por correo electrónico y, lo que después se volvió una constante entre los grupos de cine y video de intervención política actuales, instalaron una mesa con materiales y casetes VHS para la venta en plena sala.

Esta permanencia de los realizadores en el lugar de exhibición les permitió conocer y acercarse más al público: allí inauguraron el método de las encuestas, preguntando a los espectadores sus opiniones sobre el filme (de modo de evaluar la llegada) y pidiéndoles un correo de contacto para invitaciones posteriores. Durante una de las tantas presentaciones, por ejemplo, una mujer afirmó haber entrado equi-

10 En este sentido, para Solanas y Getino “un filme militante siempre se dirige a un destinatario histórico, que es la clase trabajadora y el pueblo, pero a ese destinatario general se llega a veces a través de una serie de destinatarios inmediatos y específicos (...) Un filme militante debe estar dirigido a un público (...) concreto: la clase trabajadora urbana, el proletariado rural, el movimiento estudiantil, los compañeros de una fábrica o de una región en conflicto, un público de otros países, los cuadros de una organización política, etc. Lo que importa es *precisar el destinatario concreto o principal* sobre el cual se actuará en mayor medida” (Solanas y Getino, *Cine, Cultura...*).

11 Algunos de los textos de los afiches sostenían: “Me durmieron con un cuento y me he despertado con un sueño. Vea *Diablo, Familia y Propiedad*”; o “Videla, Astiz y Massera, ¿son los únicos responsables? Vea *Diablo, Familia y Propiedad*”. Esta campaña de pegatinas sobre la avenida Corrientes, en las cercanías de las facultadas y en las estaciones de subtes y trenes, estaba destinada a despertar entre la gente la pregunta por las responsabilidades económicas de la dictadura militar.

vocada a la sala: en la encuesta consignó que iba a ver “un documental”, pero que en realidad se había encontrado “con una película”. Esta anécdota sintetiza el debate sobre el lugar del documental frente a la ficción, y la importancia que tuvo entonces enmarcar *Diablo...* en la leyenda del Familiar.

El resultado del esfuerzo se tradujo finalmente en una asistencia de 400 personas el día del estreno. La capacidad del Cine Cosmos se vio desbordada, y la película logró mantenerse en cartel durante cinco semanas. Con esta experiencia el grupo terminó de consolidarse, convencido –como sostiene Krichmar– de que “hay mucho para contar. Es una cuestión de combate. Si hay hambre, tiene que reflejarlo el cine. Como sabemos que nos van a negar los espacios de difusión, tenemos que armar un circuito alternativo de producción”.¹²

Basados en un acuerdo político, los filmes se diseñan ahora a partir de las propuestas de los miembros, y, una vez discutidos en las reuniones plenarias semanales, cada uno de ellos asume diferentes responsabilidades.¹³ Pero en esas reuniones no sólo se discuten los proyectos a seguir: también se plantean las tareas concretas para avanzar en los objetivos fijados colectivamente, la distribución de los filmes terminados y los balances de las actividades asumidas. Desde la cobertura de una protesta hasta la realización de talleres de enseñanza audiovisual,¹⁴ pasando por la organización de ciclos y presentaciones en diferentes espacios articulados con el movimiento social.

Las exhibiciones colectivas

A diferencia de los colectivos de cine militante –donde el objetivo político de la película es central–, para la industria cinematográfica todo filme es concebido como un producto para ser llevado al mercado. Esta conceptualización del cine como mercancía (el llamado Primer Cine, de acuerdo con la caracterización de Cine Liberación presentada en Solanas y Getino),¹⁵ conlleva la necesidad de estu-

12 Vitale, Cristian, “Dios y el Diablo en el Ingenio Ledesma”, *Página/12*, Buenos Aires, 21 de julio de 1999.

13 Actualmente, los proyectos en curso son tres: *Cuba Santa*, dirigido por Alejandra Guzzo; *El camino de Santiago*, dirigido por Fernando Krichmar, y *Yaipota ñande iguí*, dirigido por Lorena Riposatti.

14 Algunos de los miembros de Cine Insurgente participaron previamente de los talleres de formación audiovisual. La enseñanza también se orienta hacia las organizaciones sociales, por ejemplo, a través de la colaboración con la reciente experiencia del Canal 5 “La Comunitaria TV”, de Cláypole.

15 Getino, O. y Solanas, F., *Cine, cultura y ...*

diar previamente las demandas del mercado y planificar los tiempos y formas de su inserción. De manera que el camino de la distribución tiene como primera etapa el lanzamiento publicitario y comercial para un público determinado, mediante estrategias de marketing, proceso en el que Hollywood invierte fortunas.

Una vez dado este paso inicial, comienza la exhibición: la presentación de la película en las salas comerciales con ingreso de taquilla (teatral); luego (o en paralelo), la distribución en otras áreas de exhibición, como los festivales competitivos (con premios en dinero) o no competitivos, pero que aseguran ventas posteriores; la preventa a las cadenas de TV (fundamentalmente europeas); la venta de los derechos a los sellos de distribución de video hogareño y a la televisión abierta o por cable. Todas son formas de recaudar fondos y recuperar la inversión, a las que debe agregarse la cantidad de *merchandising* que el filme pueda producir.

Es justamente en el proceso de distribución cinematográfica, y no en la producción de filmes, donde se esconde el gran peligro de la desaparición de las cinematografías nacionales: muchas veces los directores / productores producen películas sin pensar en el diseño total del proyecto. Es decir, para qué público ha sido concebida, cómo y dónde va a exhibirse, y qué posibilidades de existencia real tiene en cuanto a su verdadero nacimiento: el encuentro con el público. Y esto teniendo en cuenta que el cine de Hollywood se ha apoderado de todas las salas disponibles en el mundo, y que los exhibidores sólo aceptan mantener en pantalla aquellas películas que responden a la taquilla.

Europa, de hecho, no ha podido solucionar hasta el momento el problema de solventar su propia cinematografía por ingreso de taquilla. Sólo la mantiene porque la considera una “industria cultural de interés nacional”, y es por eso que la subvenciona permanentemente. Además, cuenta con un sector de la burguesía nacional intelectual que es dueña de algunas cadenas de televisión nacionales que subvenciona también sus producciones. Pero un cine que no es subsidiado por el Estado está condenado a desaparecer. Si la política de cada gobierno no tiene como prioridad solventar la existencia de sus propias imágenes, no hay manera de salvarla.

En la elección de las imágenes subsidiables por el Estado está hoy buena parte de la discusión en cada realidad: para participar de esa pelea colectivamente, los realizadores y productores vinculados al cine y video militantes formaron, en nuestro país, la Asociación de Documentalistas de la Argentina (ADOC), una entidad que llegó a nuclear más de 100 miembros, y que gestionó ante el INCAA la creación de un llamado a concursos de proyectos documentales para televisión, más allá de las ayudas individuales que hasta el momento se habían otorgado. En la actualidad, en la búsqueda de resurgir, ADOC cuenta entre sus objetivos el “fomento del registro de la realidad social y política [...] desde la rebelión

popular del 19 y 20 de diciembre de 2001 hasta la actualidad: salir a las calles con las cámaras”.¹⁶

En esa línea, el primer video institucional del organismo ofreció una mirada distinta sobre los sucesos que terminaron con el gobierno de Fernando De La Rúa: titulado *Por un nuevo cine en un nuevo país* (todo un programa de intervención), el filme retrata el surgimiento de las asambleas populares y muestra “todas las imágenes que los medios de comunicación comerciales no registraron y silencian”, en una producción colectiva realizada a partir de los materiales compartidos por los distintos integrantes del espacio.¹⁷ Estos materiales, además, sirvieron como evidencia en el marco de la causa por los asesinatos ocurridos el 20 de diciembre.

Por otra parte, ADOC colaboró con envíos conjuntos de películas (cortos y largos) de sus integrantes a diversos festivales internacionales, y organizó proyecciones por fuera del circuito cinematográfico tradicional: entre otros, participó en la Muestra “Piquetes y Cacerolas”, organizada en Liberarte, sobre la avenida Corrientes; en la Muestra de Cine Político de la UBA; en el Foro Social Mundial de Porto Alegre 2002, y en la Muestra de Cine Piquetero dentro del Festival de Invierno organizado ese año por la Cinemateca de Montevideo. En ese tránsito también intervino con un *contra festival* en el 17° Festival Internacional de Cine de Mar del Plata: con la muestra “El cine que surge de las luchas”, presentada en las salas del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, Fernando Krichmar compartió reflexiones sobre el cine militante de ayer y de hoy con Pino Solanas, Nemesio Juárez y Humberto Ríos.

En lo que hace específicamente a la práctica de Cine Insurgente (por otra parte activo animador de ADOC), el grupo destina buena parte de sus esfuerzos a la promoción y preparación de exhibiciones colectivas. Durante 2001 organizó, con el título de “Un cine que no lame las botas”, el Primer Ciclo de Cine Cubano de Ficción, que contó con el auspicio de la Embajada de Cuba, del Museo Che Guevara y, a nivel oficial, con el apoyo del Museo del Cine “Pablo Ducrós Hicken”.

16 ADOC, ADOC/Argentina (2005, diciembre). Disponible en <http://www.cineinsurgente.org>.

Participaron en ADOC, entre otros, los grupos de Cine Insurgente, Boedo Filmes, Fundación Alumbrar, Cruz del Sur, Grupo 1° de Mayo y Cuarto Patio, además de los que trabajan en forma independiente en el ámbito del documental. Adhirieron a la conformación de ADOC Fernando Pino Solanas, Fernando Birri, Humberto Ríos, Nemesio Juárez y Juana Sapire. Actualmente la entidad se plantea resurgir como entidad, con estatuto propio y comisión directiva que represente al género documental en Argentina.

17 ADOC, ADOC/Argentina, www.cineinsurgente.org, diciembre 2005.

Meses después, y pocos días antes de la rebelión del 19 y 20, el grupo puso en cartel el Ciclo de Cine Piquetero, una muestra que reunió más de 10 largometrajes y unos 20 cortos de Ojo Obrero, Boedo Filmes, Adoquín Video, Contraimagen, Alavío y el Grupo 1° de Mayo, entre otros. Ésta fue una de las primeras muestras donde se verificó una “unidad para la acción” que se tradujo, aparte de la exhibición misma, en el diseño de la campaña de prensa y de vía pública, con el compromiso de participación de los diferentes espacios, consolidando una nueva poética ligada a una forma de producción alternativa, que tiene como protagonistas a los sujetos sociales excluidos del reparto de la riqueza.

Cine Insurgente volvió a la carga con los trabajos cubanos en 2003, con la muestra “El cine de la Revolución” y con el apoyo del INCAA. Cabe destacar que varias copias de los filmes compusieron la videoteca de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, donde sus integrantes comparten tareas docentes en el Taller de Televisión Alternativa de la Carrera de Periodismo, y que las muestras en formato video se multiplicaron “en lugares excluidos del circuito comercial de cine”.¹⁸

En 2005, finalmente, realizó una nueva muestra de cine cubano en el Espacio INCAA, dedicada casi exclusivamente al género documental: durante una semana se exhibieron los clásicos de Santiago Álvarez y las actuales producciones de la TV Serrana, una experiencia de televisión comunitaria en plena Sierra Maestra. Las presentaciones incluyeron, por último, numerosos debates y charlas con los invitados (Daniel Diez, director de la TV Serrana, y Lázara Herrera, productora de muchos de los trabajos de Santiago Álvarez).

Distribución alternativa

La preocupación por potenciar el trabajo con la articulación entre los distintos colectivos de cine y video de intervención política está vinculada con la decisión de realizar una distribución propia de los filmes. De hecho, uno de los documentos escritos por el grupo dedica al tema buena parte de la argumentación: de acuerdo con el texto, la idea es “ligar a un sector de estudiantes y realizadores con las mejores expresiones de lucha de nuestro pueblo”, para desde allí conformar una red de distribución popular. “Un circuito de exhibición y producción en el que los sectores populares puedan generar una nueva forma de producir y difundir los materiales”.¹⁹

18 Krichmar, Fernando, “Grupo de Cine Insurgente”, en Vinelli, N. y Rodríguez Esperón, C. (comp.), *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*, Bs. As, Peña Lillo / Continente, 2004.

19 Cine Insurgente, *Red audiovisual de información popular Raymundo Gleyzer, s/l*, Mimeo, 2001.

Esta red pudo ponerse en práctica con éxito con el largo *Diablo, Familia y Propiedad*: el modelo de distribución allí trabajado partió de la venta de VHS en salas, durante la exhibición en el Cine Cosmos y en todas las muestras colectivas. A esto se sumó la preparación de mesas con materiales en innumerables actividades político-culturales, organizadas por asambleas populares y espacios de organización, llegando a colocar unas 10 mil copias a lo largo de tres años, una cifra para nada despreciable, sobre todo teniendo en cuenta que se trató de una venta de “mano en mano”.

Cabe destacar que la circulación del material es posible no sólo por el impulso y la militancia del grupo alrededor de sus películas, sino fundamentalmente por la apropiación de los filmes por parte de un público llamado a ser activo. En efecto, es este público el que muchas veces organiza los ciclos abiertos en plazas, comedores y centros culturales, promoviendo una “pérdida del control” sobre la circulación y la exhibición de los filmes.

Esta apropiación, de acuerdo con Cine Insurgente, se verificó en variadas ocasiones. Una de las situaciones más interesantes de las cuales tiene registro corresponde a la distribución alternativa de *Diablo...* en el partido bonaerense de Lanús, realizada por un sodero y de la cual el grupo se enteró por casualidad. El hombre, mientras repartía la soda, ofrecía a los vecinos unas copias de la película y después las pasaba a retirar. Más allá de lo anecdótico, tomamos este hecho como ejemplo porque señala una apropiación tan fuerte que se tradujo en la participación y el compromiso concreto del espectador.

Asimismo, el esquema de distribución contempla la presentación de todos los materiales en un catálogo *on-line*, publicado en el sitio web www.cineinsurgente.com, que ofrece el envío de los filmes desde su sede en Buenos Aires, venta directa a través de Cultural Video y alquileres de VHS y DVD en el Máster Video Club, ambos en la Capital Federal.²⁰ Sin embargo, la visibilidad de este catálogo y los pedidos que genera están en relación directa con la organización de la prensa, la vinculación con los medios alternativos y el trabajo de difusión, haciendo eje en “la relación con las luchas y sus expresiones organizativas, nuestra participación en las mismas y la llegada [a ellas] con nuestras cámaras o con nuestros materiales”.²¹

En este sentido, el grupo también hace finanzas, maximizando el uso de sus equipos de manera de sostener el funcionamiento y acrecentar las posibilidades productivas. Entre otras actividades, sus integrantes realizan trabajos de edición no

20 Cine Insurgente tiene, además, una política de distribución en videoclubes de la Capital Federal y Rosario, realizada por los propios miembros del grupo.

21 Cine Insurgente (2005, diciembre), *El documento del Grupo de Cine Insurgente*. Disponible en: <http://www.cineinsurgente.org>.

lineal en calidad profesional, para lo cual ofrecen equipamientos de última generación en formatos digitales.²²

Finalmente, fruto de las giras realizadas por Europa y de la presentación de las películas en numerosas jornadas y festivales de cine independiente en Alemania, España, Italia y La Habana²³ —a lo que debe agregarse también el trabajo desarrollado tanto por Guzzo como por Krichmar en la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, en Cuba—,²⁴ el grupo logró establecer fuertes relaciones de cooperación, debate e intercambio entre experiencias afines en diferentes puntos del globo. Esto se tradujo en la apertura de un punto de distribución oficial de Cine Insurgente en Le Bigain, Francia, desde donde se organiza la entrega de materiales para el público del viejo continente.

Reflexiones: a manera de cierre

Con estas notas, hemos intentado avanzar en los debates sobre las formas de producción, exhibición y distribución del nuevo cine y video militantes, haciendo particular eje en la experiencia de Cine Insurgente. Por eso no quisimos abundar en consideraciones sobre la estética de los filmes, sin duda tema de otros trabajos. *Diablo, Familia y Propiedad* fue pensada para un público amplio (y no masivo) dentro de una caracterización política específica (prueba de esto son las presentaciones y adquisiciones del VHS en escuelas, movimientos políticos y sociales y bibliotecas populares); su diseño de producción tuvo en cuenta esta elección del destinatario, y esto pudo cristalizarse tanto en el guión como en el rodaje y, después, en su exhibición, y en todas las presentaciones vinculadas a un circuito alternativo que se fue construyendo a medida que comenzaron a multiplicarse las agrupaciones de cine de nuestros días.

22 Islas de Edición en Macintosh G5 1,8 Mhz. de 512 Mb RAM, Disco Serial ATA160 Gb, SuperDrive (DVD-CD R/RW), Scanner Genius (Papel / Negativos / Diapositivas), puerto FireWire, Software de edición: Final Cut Pro HD; y en PC Pentium III 1,2 Mhz, 256 Mb RAM, Disco de 80 Gb., unidad de CD R/RW, puerto FireWire y software de edición Adobe Premiere Pro. También cuentan con un Deck Digital DVcam / Mini-dv Sony DSR-25 (PAL / NTSC).

23 Debemos destacar la participación de Cine Insurgente con una muestra de Cine Piquetero en la 33 Edición del Festival de Cine de Berlín. La muestra se presentó en tres salas durante diez días, cuya capacidad siempre estuvo colmada. Las entradas fueron vendidas anticipadamente, lo que demuestra el interés y las posibilidades del nuevo cine y video de intervención política.

24 Krichmar y Guzzo fueron docentes de la EICT y, dada esa relación, han podido montar los mencionados ciclos de cine cubano en nuestro país.

Las estrategias de promoción y marketing de la película a través de las convocatorias por Internet, la campaña de prensa, la colocación de afiches y la entrega de volantes, favoreció el clima de simpatía y necesidad de nuevas miradas acerca de nuestro presente y nuestra historia. Los resultados concretos se evidenciaron una y otra vez en la cantidad de pedidos de exhibición por parte de las organizaciones populares en sus más diversos frentes y variantes, y también puede medirse en función de la cantidad de copias vendidas, sin contar todas aquellas vueltas “copia de copia”, artesanalmente, por sus propios destinatarios.

La complicidad del público sin duda quedó registrada en las encuestas realizadas por el grupo alrededor del filme, y en su utilización para acompañar acciones políticas extra cinematográficas. Nos referimos, por ejemplo, a su intervención en un debate concreto en el campo político, generando acciones o impulsos a la acción en algunos de sus espectadores:

Tras el estreno, la agrupación H.I.J.O.S. nos propuso realizar un escrache a Nelly Arrieta de Blaquier, dueña del Ingenio Ledesma y escrachada por sus propios dichos en el reportaje que le hicimos para la película. Esta ‘respetable’ señora, ocupada en el filantrópico cargo de Presidenta de la Asociación de Amigos del Museo Nacional de Bellas Artes, era miembro de la comisión directiva de la empresa Ledesma S.A. en el momento en que se decidió el secuestro masivo de trabajadores del Ingenio.²⁵

Es decir, Cine Insurgente no sólo se plantea la necesidad de producir y distribuir sus propios trabajos de manera alternativa, sino también –y lo que es una característica de toda esta corriente, al igual que lo fue en el cine militante de los sesenta y los setenta– busca generar acciones políticas a través de sus materiales: los destinatarios (que muchas veces son también los protagonistas de los filmes) se vuelven actores, a través de los usos sociales, de las obras, cuando asumen la difusión y exhibición y, fundamentalmente, cuando le otorgan el carácter de instrumento para la acción política. Como apuntan Getino y Velleggia, justamente,

...un aspecto decisivo del cine político reside en la definición de los *modos de difusión y apropiación* de la obra por parte de sus destinatarios [...] Los públicos son grupos organizados en torno a objetivos extracineamatográficos (políticos o sociales), y las proyecciones suelen incluir debates respecto de los cuales la obra actúa como elemento motivador. Esto significa que el acto

25 Krichmar, Fernando, “Grupo de Cine Insurgente”, en Vinelli, N. y Rodríguez Esperón, C. (comp.), *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*, Bs. As, Peña Lillo / Continente, 2004.

de apropiación no se agota en la apreciación de la obra como objeto artístico en sí, sino que cumple el papel de *médium* de un proceso comunicacional de alcances más vastos que el espacio de proyección.²⁶

En sus definiciones fundacionales, el Grupo de Cine Insurgente señala también la necesidad de producir, junto a los largos, videos de urgencia o intervención rápida, destinados a instalar debates o proponer claves de lectura sobre los conflictos sociales, desde una óptica explícitamente diferente a las que circulan a través de los medios masivos de información. En ambos casos (cortos y largos, reflexión y agitación), el tratamiento creativo de la realidad lleva impresa la intencionalidad política del grupo, es decir, el objetivo político “que el filme persigue respecto de la realidad extracinematográfica”. Ésta es, en efecto, una de las características del cine de intervención política: la prevalencia de la mediación de la institución política sobre la cinematográfica.²⁷

Este eje de intervención se engloba entonces en una política más general, ligada a la constitución de una *nueva subjetividad combativa* que articula todas las acciones del grupo. Lo cual se verifica, también —en lo que hace específicamente al campo audiovisual—, en una perspectiva de organización sindical, a través del trabajo con los estudiantes de cine y la pelea frente al INCAA por la distribución de subsidios entre filmes de bajo presupuesto. Pero ésta, como cualquier otra política impulsada desde Cine Insurgente, está en directa relación con su apuesta más fuerte: como lo expresa en sus documentos, se trata de “poner las cámaras del lado de los que luchan y buscar entre y junto a ellos los destinatarios” de sus producciones. Es de esa declaración de principios que deviene, como *La hachumyajay*, “nuestra manera de hacer las cosas”.

26 Getino, O., y Velleggia, S., *El cine de las historias de la revolución*, Bs. As, Grupo Editor Altamira / INCAA, 2002, pág. 29.

27 Getino, O., y Velleggia, S., *El cine de...*

Bibliografía:

ADOC, *ADOC/Argentina*, www.cineinsurgente.org, diciembre 2005.

Cabezón, Luis, y Gómez-Urdá, Félix, *La producción cinematográfica*, Madrid, Editorial Cátedra, 1999.

Cine Insurgente, *Red audiovisual de información popular Raymundo Gleyzer*, s/l, Mimeo, 2001.

Cine Insurgente, “Editorial”. En el *Catálogo de la tercera antología de cine cubano*, 1 al 4 de septiembre 2005.

Cine Insurgente, *El documento del Grupo de Cine Insurgente*, www.cineinsurgente.org, diciembre 2005.

Getino, O. y Solanas, F., *Cine, cultura y descolonización*, Bs. As, Siglo XXI, 1972.

Getino, O., y Velleggia, S., *El cine de las historias de la revolución*, Bs. As, Grupo Editor Altamira / INCAA, 2002.

Krichmar, Fernando, “Grupo de Cine Insurgente”, en Vinelli, N. y Rodríguez Esperón, C. (comp.), *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*, Bs. As, Peña Lillo / Continente, 2004.

Vázquez, M., Campo, J. y Dodaro, C., *Cine militante, una revisión histórica del concepto*, s/l, Mimeo, 2005.

Vinelli, Natalia, “Las barricadas de celuloide”, Revista *El Porteño*, nro. 6, agosto 2000.

Vinelli, N. y Zarowsky, M., “Por un nuevo cine en un nuevo país: políticas culturales en tres formaciones del campo audiovisual”. En *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura* nro. 1, Buenos Aires, Primavera, 2005.

Vitale, Cristian, “Dios y el Diablo en el Ingenio Ledesma”. En: *Página/12*, 21 de julio de 1999.

¿QUÉ (NO) HACER? APUNTES PARA UNA CRÍTICA DE LOS REGÍMENES EMANCIPATORIOS

Mazzeo, Miguel, Buenos Aires, Antropofagia, 2005.

1. El recorrido que Miguel Mazzeo nos propone en *¿Qué (no) hacer?* se presenta en una forma relativamente clásica dentro del género del ensayo y el análisis crítico. Es decir, una estructura del texto en la cual se comienza reivindicando una postura (o un autor), ya sea en forma parcial o en su totalidad, para luego introducir el conocido “ahora bien”. De allí en más, el rescate de la primera parte se somete a una exégesis y a un desmembramiento analítico que pone bajo la lupa los elementos centrales de tales posturas, y alejan al autor de lo que parecía ser, en primera instancia, una defensa de aquéllas.

Sin embargo, Mazzeo es original. No se queda de pie frente a la crítica, mirándola sonreír ante el temido interrogante del “¿y ahora qué?”. Mazzeo, en un verdadero pensar y hacer dialéctico, “niega la negación” simple y sencilla, infantil, opositorista, superándola en una síntesis que logra fugar hacia adelante. Busca una proposición creativa, no estigmatizada por el rótulo partidario, pero sí nutrida por la experiencia militante en el seno del campo popular. El autor no piensa desde una lógica corporativa, se aleja de las disquisiciones polvorientas de las bibliotecas teóricas, no busca ni la acumulación personal ni plas-

mar ideas “brillantes” que iluminen la práctica. Antes, intenta plantear dudas que molestan y perturban, nos molestan y nos perturban. Apunta y hace blanco certero en la incapacidad para leer la realidad del campo popular actual desde las viejas tradiciones de ciertos sectores de la izquierda más orgánica, no perimidadas por su ideología, su teoría o su experiencia, sino momificadas en la lectura acrítica, extemporánea e idealista de uno de los más grandes aportes materialistas a la historia de las luchas de las clases oprimidas. Lejos de la negación obcecada y abstrusa, nuestro autor se atreve a mirar el horizonte, se interna en los caminos complejos de la superación dialéctica, y sale airoso de tan inusitada aventura.

Las siguientes líneas, lejos de la originalidad, intentan sintetizar y “conversar” con los argumentos del autor, en una estructura semejante a la que presenta el mismo Mazzeo. Luego de la reivindicación del autor y de los acuerdos con sus críticas, presentamos nuestro propio “ahora bien”.

2. El libro que nos ocupa, si bien se presenta en nueve capítulos más un excursus, puede separarse, esquemáticamente, en tres momentos conceptuales.

2a. En la primera parte, Mazzeo se dedica a resaltar el legado del leninismo, y arremete con inteligencia y mordacidad contra los detractores modernos del viejo revolucionario. Así, la “nueva izquierda”, la que postula perimidos los antiguos preceptos del marxismo-lenin-

nismo –por ejemplo, aquellas nociones de la revolución, la toma del poder, el sujeto revolucionario, la centralidad del Estado en la transformación radical de las sociedades capitalistas–, se da de frente y se desmorona ante la réplica de un autor que, con sobrada capacidad de erudición y de reflexión crítica, golpea cada uno de los argumentos de esa tradición intelectual.

De esta manera, Mazzeo nos plantea los riesgos de rechazar todo aquello que no sea “novedoso a ultranza”, y sostiene la necesidad de mantener, como referencia imprescindible para el accionar transformador, la experiencia histórica acumulada por las clases subalternas. Según el autor, “no debemos hacer tabula rasa de las luchas históricas en pos de la liberación nacional y el socialismo [...] Sólo hay que ser originales cuando corresponde, no se puede asumir la originalidad como principio...”

En consonancia con esta visión, la cuestión del Estado pasa a ser nuevamente un elemento fundamental a resolver. Con inteligente ductilidad, Mazzeo logra despegarse de dos posiciones antagónicas: el abandono del Estado como categoría relevante en los procesos emancipatorios, por un lado, y el fetichismo de la toma del poder por el otro. En una interesante síntesis, *¿Qué (no) hacer?* intenta alumbrar el camino que piensa al Estado como referente obligado de la interpelación política, pero precaviéndonos acerca de que no es desde el Estado desde donde se construye al hombre nuevo, ni la sociedad libre e igualitaria.

Así, el álgido tema de la toma del poder, denostado por la “nueva izquierda”, recobra su papel protagónico, pero a la luz de las enseñanzas que nos ha legado la historia de las revoluciones existentes: “La toma del poder debe ser la consecuencia, no el punto de partida” –señala nuestro autor–, y para esto es necesario plantearse la disyuntiva de cómo actuar frente a este Estado. En palabras de Miguel Mazzeo, no se trata de ocupar lugares en este Estado para cambiar las cosas desde adentro, sino de transformar este Estado para construir y acrecentar el poder popular.

Asimismo, *¿Qué (no) hacer?* se dedica a desarticular los argumentos del “antipoder, el micropoder, el poder local”, pensándolos como posiciones reduccionistas, como experimentos de laboratorio que abandonan la premisa básica de las enseñanzas de aquel viejo alemán: la idea de *totalidad*. La obcecada inutilidad de plantearse la huida del capital sólo consigue un vacuo ejercicio de eremitismo. Sin embargo, la *totalidad* debe, también, partir de algún lugar concreto, debe manifestarse en ámbitos acotados, aunque más no sea en primera instancia. Por eso, Mazzeo señala que lo nacional juega un papel fundamental: “Es indiscutible el carácter incompleto (y hasta inviable) del socialismo en marcos nacionales. Pero ante la imposibilidad de procesos simultáneos, lo nacional es punto de partida necesario”

2b. Miguel Mazzeo es, parafraseando un trabajo de su propia autoría, “un hereje de dos iglesias”. No

solamente confronta con lo que la lucha contra la ortodoxia ha sabido generar —es decir, la anti ortodoxia—, tan rígida y dura como aquélla, sino que se atreve a socavar los fundamentos del dogmatismo surgido al calor de las lecturas de la obra del propio Lenin. Lo hace con una altura y un vuelo que ambos dogmatismos difícilmente puedan leer en su cabal dimensión.

Es por eso que la segunda parte del libro —siguiendo la lógica de “reivindicación/crítica/proposición”— pone el ojo en la tradición propiamente leninista, y, más allá de sus advertencias hacia el comienzo del trabajo, acerca de la intención de no polemizar con el revolucionario ruso, sino con “los leninismos”, Mazzeo se ocupa de analizar los elementos centrales que, de acuerdo con su argumentación, cargan con la responsabilidad de sus posteriores tergiversaciones o lecturas dogmatizadoras.

Hagamos, entonces, lo que no hay que hacer, y desoigamos las advertencias del autor, contestando sus críticas desde nuestra “polvorienta biblioteca”.

En primera instancia, es indudable lo acertado del abordaje histórico que Miguel Mazzeo hace de la obra de Lenin. No hay otra forma de leerlo y de pensarlo, aunque algunos sectores de la izquierda —no sólo Argentina— intenten, con su práctica, demostrar lo contrario. Mazzeo propone una mirada no congelada, sino enriquecida por el contexto y por las urgencias que la hora imprimieron al viejo revolucionario. *¿Qué (no) hacer?* tiene la virtud de desnaturalizar y desacralizar a Lenin, nutriéndolo de

las propias contradicciones que asoman en su obra.

La crítica es ajustada y precisa; sin embargo, Mazzeo carga sobre las teorías kautskianas del Lenin de *¿Qué hacer?*, confrontando en realidad con la manualización a la que Lenin fue sometido en forma póstuma, y con la conceptualización que la izquierda, en su mayoría, hizo erróneamente, al separar al partido por un lado, y a la clase obrera por el otro. Es aquí donde el análisis se torna un tanto confuso y donde nuestro autor cae en críticas un tanto trilladas sobre las concepciones de aquel trabajo de Lenin de 1902. La crítica es amplia y abarcativa, pero en términos generales podemos resumirla en el problema de la “externalidad de la conciencia”. La cuestión se ciñe a la concepción acerca de que la clase obrera no sería capaz de alcanzar grados de conciencia desarrollados como para protagonizar un movimiento revolucionario, y que, para esto, existiría entonces el partido de la clase, como “ortopedia” de la historia. En palabras de Mazzeo, “se justifica así la sustitución de la autoactividad de las clases subalternas por el partido, [donde] la clase-objeto mendiga organización y conciencia a la vanguardia externa. El problema es, entonces, el partido mismo (de izquierda en su formato tradicional) en tanto terreno de la antipraxis, es decir, como praxis de elites”.

Estamos de acuerdo con cada una de esas afirmaciones. El problema es que Lenin no sostiene eso, y así —contradictoriamente— lo afirma el propio Miguel

Mazzeo cuando argumenta que “[en Lenin] la conciencia no se introduce desde fuera de la clase, o desde fuera de la lucha, sino desde fuera de la lucha puramente económica y reivindicativa”. Nuevamente, se entremezclan críticas muy acertadas a las lecturas que la izquierda ha hecho del *¿Qué hacer?*, y lo que ese libro proponía verdaderamente.

Mazzeo dice, a propósito de la relación entre clase y partido, que el sustitucionismo se deriva como horizonte obligado de la concepción leninista, porque Lenin contrapone una conciencia burguesa del proletariado (economicista, podríamos decir) a una conciencia revolucionaria de la intelectualidad: “... así la izquierda [...] cae en la perversión más grande al presentar a la revolución como proceso imposible sin la figura de un sujeto extraño a la clase revolucionaria”.

Un acuerdo y dos “(¿)objeciones(?)”: el acuerdo es que sí, efectivamente, la izquierda, tradicionalmente, suele caer en esa forma de leer a Lenin y de pensar la relación entre vanguardias de elites y clase obrera.

La primera “objeción” tiene que ver con que el partido de la clase nunca – por definición– puede ser extraño a la clase. De serlo, dejaría de ser el partido de la clase para sólo decirse el partido de la clase, fenómeno más que frecuente dentro de los autoproclamados partidos de la clase obrera. Discutir con los partidos que creen ser partidos de la clase no debe ser análogo a impugnar el concepto de partido de clase. Es cierto

que Mazzeo no hace esta impugnación –en realidad, todo lo contrario–, pero los argumentos y las críticas hilan tan fino que caminan por la cornisa de esa interpretación. Es importante estar precavidos frente a esto, porque el riesgo de caer en la negación de toda forma organizativa se torna presente para el lector incauto. De todas formas, es lícito señalar que Miguel Mazzeo se encarga taxativamente de aclararlo, cuando propone la necesidad de la organización de los movimientos populares.

La segunda “objeción” tiene que ver con que la conciencia socialista – que es la conciencia a la cual hace referencia Lenin en *¿Qué hacer?*– efectivamente es fruto de un trabajo de abstracción y de teorización, y no surge de la lucha económica en forma espontánea. La teoría socialista es justamente eso, teoría, y ha sido desarrollada históricamente por el marxismo. Proponer que esa conciencia surge de los propios movimientos, al calor de la lucha, sin la participación de los intelectuales, es negar la historia del desarrollo de esa teoría. Cuando un movimiento obrero se plantea tareas de superación del sistema capitalista, y se pone como meta u objetivo la transformación de la sociedad y la marcha hacia el socialismo, está poniendo en juego categorías que han sido desarrolladas, teorizadas, descubiertas, por Marx, aun cuando el mismo Marx haya pensado esas formulaciones no desde un *scriptorium*, sino partiendo del análisis de la realidad.

Por lo tanto, desde el momento en

que cualquier organización popular hace suya esa teoría, cuando esa forma y ese grado de conciencia se conforman al calor de la lucha, ese movimiento está recurriendo a la –mal definida– externalidad de la conciencia. La conciencia socialista no se conforma de la simple vivencia, ni aun de la observación de la realidad, por el hecho –no tan obvio– de que la realidad no se presenta tal cual es, no es evidente. Las relaciones sociales se encuentran fetichizadas, mercantilizadas, objetivamente ocultas tras la fachada del capital, y recubiertas de una ideología que hace un trabajo sumamente efectivo en revestir con ropajes contractuales las relaciones de explotación. La conciencia socialista presupone la conciencia de la explotación capitalista, y esto no se aprehende desde la experiencia solamente. Es necesario –lo fue históricamente– un trabajo de abstracción, de desnaturalización, para desentrañar el rostro verdadero de esas relaciones sociales, la esencia de la realidad capitalista.

La confusión –la de muchos partidos de izquierda– radica en pensar que esa conciencia sólo puede poseerla “El” partido, cuando lo que propone Lenin es que el partido de la clase, el verdadero partido de la clase –no aquél autoproclamado como tal– debe interpretar la realidad del movimiento, contribuir a su organización y conducirlo, no sustituirlo. La figura del intelectual no es equivalente a la figura del burócrata. El intelectual del partido se define de acuerdo a la tarea que realiza. El

obrero, que por su tarea deviene obrero-intelectual porque cumple con ese rol, pasa a conformar el partido, y también hace suyas teorías que históricamente han sido desarrolladas por fuera de la clase obrera. El partido de la clase puede estar formado en su totalidad por obreros, y aun así la conciencia revolucionaria sigue proviniendo de formulaciones que históricamente se han postulado a partir de un trabajo de teorización, de abstracción y de análisis intelectual. El partido se conforma, surge del movimiento, no es externo, no puede serlo. Pero la conciencia socialista, la toma de conciencia de las relaciones capitalistas tal cual son, es decir, el hecho de hacer subjetivo lo que es objetivo, no puede surgir espontáneamente de la experiencia. Es en este sentido –creemos– que la conciencia es externa: en sentido histórico, no literal ni atemporal.

Amén de eso, plantear que, una vez formulada la teoría –es decir, una vez formulada por Marx–, sólo puede ser resguardada por los depositarios únicos del saber –a saber, la intelectualidad, y aún más, sólo aquella nucleada en torno del autoproclamado partido revolucionario–, y, a partir de allí, “iluminar” a las clases en lucha, es el más burdo, mecánico y común –merced a su frecuencia– ejercicio del pensamiento sustitucionista.

2c. La última parte del trabajo de Miguel Mazzeo presenta el momento de la afirmación, de la propuesta y de la superación. El autor nos conduce a tra-

vés de la discusión que sostiene, tanto con el antileninismo como con el leninismo, con una intencionalidad. No le interesa debatir con bibliotecas atiborradas de libros “quietos”. Lejos de eso, crítica para preguntar, para preguntarse, para preguntarnos. Su reflexión intenta interpelar la realidad de los movimientos populares, la realidad de la lucha, la realidad del ahora. El debate que nos propone es, sin dudas, intelectual, teórico y libresco, pero está imbuido de una categoría ausente en la gran mayoría de los trabajos de este tipo: la praxis. Miguel Mazzeo es un intelectual que puede enropsarse, sin temor a desentonar, con el manto del intelectual orgánico, tal como lo definió tan claramente aquel italiano de entreguerras. Tal concepto se ajusta a la figura de un autor que apunta a dilucidar desde dentro, pero sin condescendencias, la realidad de los movimientos en lucha. Mazzeo no sólo se ha embarrado los pies para llevar adelante este ensayo crítico, sino que se arriesga a la tarea de proponer un debate enriquecedor: Ni falsas vanguardias, ni desorganización de las masas. “Se torna imprescindible –sostiene el autor– pensar una herramienta, una organización política, instancias institucionales e instrumentales totalmente diferentes a las que conocemos [...] que no pretenden reemplazar la actividad del pueblo y sus organizaciones...”. Mazzeo se interroga acerca de cómo evitar que la institución se fagocite al movimiento, sin caer en el opositorismo llano de otorgarle el crédito al purismo “movi-

mientista” y “obrerista”. La organización –afirma Mazzeo– debe existir, sí, pero no como una forma exterior sino como herramienta, la cual no se construye desde definiciones teóricas sino desde prácticas concretas.

3. En resumen, y más allá de los acuerdos y desacuerdos que hemos señalado con el autor, ¿por qué la discusión “teórica” con los argumentos del *¿Qué (no) hacer?*, si no es lo que el trabajo de Mazzeo nos plantea? A lo largo de las líneas previas, hemos caído en la tentación facilista de discutir con el autor en un terreno que no es el que él propone. Y lo hemos hecho con un objetivo: el de mostrar que el *¿Qué (no) hacer?* muy probablemente vaya a generar aquello de lo cual intenta despegarse: un debate estéril entre posiciones teóricas sin demasiado arraigo en la realidad en la cual se inscribe el autor. Quizás, la intelectualidad de izquierda, en la Argentina del siglo XXI, siga enfrascada en viejas discusiones que sólo son actuales cuando se imbrican en el terreno de la praxis. Tal vez el trabajo de Miguel Mazzeo esté fuera del alcance de una tradición que, sintiéndose atacada, responda con un contundente arsenal libresco, pero disparando con cartuchos vacíos de práctica y de realidad.

O quizás, por el contrario, el libro en cuestión sea realmente un puntapié inicial para la discusión, y se asemeje a lo que el autor ha pensado en el momento de su realización. No podemos, ahora, saberlo con certeza, pero, sin duda al-

guna, esperamos que el impacto y los coletazos de la publicación del *¿Qué (no) hacer?* demuestren lo errado de nuestro pronóstico. Lo que sí es seguro es que este libro se constituye en un trabajo de lectura obligatoria, para pensar

y repensar las tareas necesarias a desarrollar en el terreno de la praxis emancipatoria.

Sebastián J. Rodríguez

IDEOLOGÍA Y CULTURA

Agosti, Héctor P., Buenos Aires, Asociación Héctor P. Agosti, 2006. (1ª edición, Buenos Aires, Estudio, 1979)

1. Ideología y Cultura, que recoge los apuntes de un curso dictado por Héctor Pablo Agosti en la Universidad Central de Venezuela en 1978, permite a los lectores comprobar la profundidad y la vigencia de los análisis realizados por este prolífero intelectual comunista.

El autor comienza por definir el rasgo material en el origen de toda cultura, es decir, la necesidad de producir los medios materiales que permiten la subsistencia del hombre. Agosti señala, sin embargo, que su objeto de análisis serán los “valores espirituales” de la cultura, es decir, las artes y las ciencias, aunque deja claro que la separación entre lo espiritual y lo material, en la cultura, de acuerdo con el materialismo dialéctico, es posible solamente por razones instrumentales y metodológicas.

Esta cultura espiritual es portadora

de una ideología, entendida esta última como concepción del mundo, cuyas particularidades se vinculan a las de la sociedad material que la produce. Sin embargo, Agosti se aleja de las explicaciones economicistas y deterministas de otros pensadores marxistas. Sostiene que “si bien es cierto que surge concretamente sobre las bases de la sociedad material estando condicionada en el tiempo por la economía, sería erróneo (...) ignorar la independencia relativa de su gestión, o pretender una explicación directamente económica del contenido de una ideología...”¹

Este costado “independiente” de la cultura, influenciado por factores extraeconómicos como, por ejemplo, el pensamiento de determinados intelectuales, constituye el centro de análisis del libro.

Ideología y Cultura profundiza una de las particularidades del pensamiento agostiano, que es precisamente la con-

1 Pág. 25.

cepción de la cultura como terreno de lucha, y la importancia de la figura del intelectual en ella. Cabe mencionar que el libro se edita en un contexto de plena guerra ideológica entre dos sistemas, en el que el socialismo mundial, en especial luego de la Segunda Guerra Mundial, extendió su presencia a diversos puntos del planeta.

A pesar de que la ideología parece abarcar a toda una sociedad en momentos de exaltación,² las contradicciones internas entre grupos del conjunto social se reflejan siempre en una expresión teórica, consciente o no, que impregna los productos de una sociedad, entre ellos la cultura. Partiendo de esta base, la ideología “debe ser considerada como un sistema no organizado, aunque pueda ser prudentemente orgánico. No es obligatorio, por lo tanto, que cada una de sus afirmaciones constituya la planificación a priori de la conducta...”³ Hay una relación dialéctica en la que, por ejemplo, la construcción de ideas para la transformación de una realidad está basada en la experiencia, en las relaciones sociales existentes, a su vez modificadas por aquellas ideas.

2. ¿Cómo rescatar entonces el valor de lo que se piensa? Considerando que la estructura social determina la superestructura, incluyendo en ella a la ideología, pero teniendo en cuenta que

esta última regresa a la estructura con potencialidades transformadoras. De este modo se produce una “revalorización enérgica de las ideas” y se llega a una “comprensión del papel autónomo que pueden desempeñar a partir de determinadas circunstancias.”⁴

En el momento en que dicta este curso existe una corriente de pensamiento que plantea la “desideologización”, entendido este concepto como liquidación de las ideologías. Agosti plantea que esta tendencia encubre una lucha del capitalismo contra el socialismo, y permite que aquel mantenga su status quo.

El autor prosigue: “las relaciones entre la ideología y la cultura son precisas y constantes, aunque no siempre visibles (...) tales relaciones arrancan de una noción clave: la existencia contradictoria y conflictiva de esa cultura dentro de la sociedad dividida en clases.”⁵ Esta afirmación permite comprender la diversidad cultural dentro de una sociedad: la “nueva” cultura se presenta siempre embrionariamente a raíz de la existencia de una clase oprimida. Y en este punto Agosti vuelve a resaltar la importancia de la relación entre ideología y cultura, capaz de revertir los efectos de la primacía del “sentido común”. Este último es el “instrumento cultural de la conservación y el quietismo”,⁶ que es necesario superar a la hora de constituir una nueva conciencia social con el ob-

2 Agosti cita como ejemplo la Revolución Francesa de 1789.

3 Pág. 28.

4 Pág. 34.

5 Pág. 36.

6 Pág. 44.

jetivo, en última instancia, de una nueva política cultural.

3. Quizá por su temprana relación con la crítica literaria, uno de los elementos de la cultura más tratados por Agosti ha sido el lenguaje. En tanto instrumento y producto, el lenguaje permite, desde el punto de vista de las relaciones entre ideología y cultura, establecer el grado de conciencia, es decir, ir más allá de lo que puede percibirse a primera vista. Agosti proporciona dos ejemplos, uno correspondiente al lenguaje corriente y otro al lenguaje artístico. En el primero, destaca la importancia del lenguaje en el aparato de dominio ideológico del Estado, y la consiguiente importancia de la escuela en este terreno. Surgen nuevas palabras, o adquieren nuevos significados, y además sirven tanto para explicar un estado de cosas como para justificar acciones posteriores.⁷

Como ejemplo de ideología reflejada en el lenguaje artístico, Agosti apela a Borges. Congruentemente con sus declaraciones políticas de aquellos tiempos, Borges reproduce su ideología en su lenguaje artístico y en sus “laberintos”. Citando *Historia de la eternidad y El jardín de los senderos que se bifurcan*, Agosti demuestra cómo tras el drama de la disolución en la nada, “la pala-

bra, que no se propuso expresamente ser ideológica, apunta a una ideología intrínsecamente reaccionaria —la nota del retorno perpetuo—, al margen de las bellas seducciones de su lectura.”⁸

Otro costado del lenguaje en relación con la ideología y la cultura se refleja, para Agosti, en la importación de conceptos como “okey” u “on the rocks”, conjunto al que hoy podríamos agregar infinidad de términos. Resumiendo: “La cultura impuesta introduce una ideología, y esta ideología, a su turno, explica, justifica y por momentos impone una política.”⁹ De todas formas, Agosti subraya que no toda cultura exterior es impuesta, del mismo modo en que no toda cultura interna se contradice con la impuesta. Sería, afirma, “como negar las distinciones sociales en el interior de cada país”.¹⁰ Y sería también cerrar el terreno de lucha cultural, defendido por el autor, en el plano de la realidad nacional. Valorar la “herencia cultural”, que permite enriquecer las culturas nacionales con los logros de la humanidad, entre ellos el marxismo, no implica coincidir con los que pronostican “el fin de las ideologías”, ni negar una contienda ideológica.

4. El libro se sumerge luego en uno de sus puntos centrales: el papel de los intelectuales. Esta centralidad no reside simplemente en el desarrollo que el tema

7 En la pág. 57, Agosti cita las transformaciones en el significado de la palabra “totalitario” luego del gobierno de Mussolini.

8 Pág. 60.

9 Pág. 64.

10 Pág. 69.

merece en este libro, sino en la importancia que Agosti le ha dado a lo largo de toda su obra. En la relación entre ideología y cultura, el intelectual viene a ejercer una función “profesional” en la que, según Gramsci,¹¹ busca crear homogeneidad y consenso en la sociedad según la clase a la que pertenece o responde. No es azarosa la mención de la “profesionalidad” del intelectual. Responde a una lectura que Agosti hace del pensador italiano cuando éste afirma que todo miembro de un partido político, por modesto que sea, es un intelectual. Agosti señala en este punto la diferencia de la acción política, y al mismo tiempo ideológica, y el desarrollo de una actividad “profesional”. Poniendo estas premisas en su contexto histórico, Agosti escribe: “...esta circunstancia de velocidad casi instantánea en la aplicación o incorporación de los resultados científicos al aparato productivo crea un problema nuevo en lo que concierne a la apreciación de la ciencia y a la función de los intelectuales, sobre todo los de formación y actuación científica. La magnitud de la ciencia contemporánea, en efecto, obliga a encararla en condiciones tales que elimina la antigua ilusión del sabio solitario...”.¹² Este fenó-

meno traslada la actividad del intelectual a planos más cercanos a la realidad de la sociedad. Aquí encuentra Agosti la inserción de su propia figura y la del Partido Comunista. La “socialización de las elites” da nacimiento a un grupo de intelectuales, minoritario, que ejerce funciones de orientación y concientización de masas. Y para limpiar el término “elite” de cualquier sesgo paternalista, Agosti escribe: “estamos adjudicándole un sentido dinámico que, por su misma dialéctica interior, tiende a socializar la elite, esto es, a determinar que sean cada vez más numerosos los individuos que tienen participación activa y capacidad de decisión...”.¹³

Otro problema con los intelectuales que Agosti desarrolla es el de la conciencia. Los obreros, por la forma en la que trabajan y se asocian, tienen, potencialmente, mayores posibilidades de lograr lo que Marx llama “conciencia para sí”, y que los encamina a la lucha por una sociedad más justa. Pero los intelectuales, si bien pueden considerarse “obrerros” en tanto producen plusvalía, no participan generalmente de aquellas formas de trabajo colectivo. Esto dificulta la toma de conciencia acerca de las cuestiones propias de una sociedad antagonica. Pero el problema no termina aquí. A la anteriormente mencionada dificultad de toma de conciencia, se suman las problemáticas del intelectual trabajando, y dependiendo, en muchos casos, del sistema que pretende transformar.

11 Gramsci, Antonio, *Passato e presente*, Torino, Giulio Einaudi Editore, 1951, pág. 66.

12 Pág. 78.

13 Pág. 82.

Agosti introduce luego la temática del intelectual colectivo, y señala: “la aparición de la clase obrera como protagonista esencial de la historia contemporánea representa un punto de fractura en la continuidad cultural (...), y en este punto reaparece enérgicamente la idea del partido de la clase obrera concebido como ‘intelectual colectivo’; esto es, como elaborador de explicaciones y transformaciones de la realidad.”¹⁴ La particularidad de este partido es entonces la labor de sus intelectuales para ayudar a introducir, en quienes no lo lograron todavía, la conciencia socialista, con el fin de ampliar la participación y la elaboración. Este reemplazo del “intelectual individual” por el “intelectual colectivo”, que nos remite nuevamente a las fórmulas gramscianas, es acompañado por un proceso en el que los intelectuales dejan de ser meros “servidores” de una clase, para transformarse ellos mismos en actores y protagonistas. Se trata de los “intelectuales orgánicos”, que abandonan su “paternalismo burgués”. De esta forma, Agosti establece la importancia de los intelectuales en el desarrollo del proceso histórico, a la vez que delimita su propio terreno de acción.

5. Llegando al final del libro, Agosti muestra una vez más su constante preocupación por la aplicación de su pensamiento a la realidad, y realiza algunas consideraciones acerca de la ideo-

logía en la problemática de la “dependencia”. Ésta es abordada en relación con un planteo que Agosti repetiría hasta el final de su vida: la inoperancia de la burguesía argentina por no haber actuado como tal en la defensa de sus intereses, llevando a fondo los procesos de instauración capitalista. Es decir, si la burguesía argentina hubiese actuado como verdadera burguesía nacional, otros hubieran sido los avances de la independencia económica del país y, desde luego, hacia el socialismo. Y esto permite al autor explicar que la dependencia no es simplemente una imposición exterior por parte de los monopolios imperialistas, sino que éstos poseen un aliado interno. La “interioridad” de la dependencia es un fenómeno cuya comprensión es fundamental a la hora de pensar posibles alianzas con sectores progresistas. Fueron numerosos los intentos de Agosti por establecer este tipo de alianzas entre intelectuales, en especial en el plano de la conformación de un frente en el campo cultural. Dicho campo, considerado como terreno de lucha, evidencia la existencia de lo que Lukacs planteó acerca de “la conversión por el capitalismo del ‘arte de oposición’ en negocio”. Es decir, el patrocinio del arte de “vanguardia” por parte de las grandes compañías. Este fenómeno, aún vigente, tiene una intencionalidad ideológica que puede ser rastreada si se analiza la procedencia de los capitales que financian tanto fundaciones culturales como investigaciones y temas a desarrollar. De este modo, muchos intelectuales pueden sucumbir ante lo que Agosti

14 Pág. 87.

llama “las seducciones de la dependencia”, con el objetivo de mejorar condiciones materiales, y disminuir la necesidad de depender de un “segundo oficio”.

El autor busca finalmente la aplicación de sus reflexiones tomando como ejemplo la literatura, explorando una vez más su propio terreno de acción. Critica en este punto la visión elitista y paternalista de la cultura, pero también la idea de su negación total. Escribe: “No se trata de reivindicar un poder autónomo de la literatura, sino de comprender en qué sentido puede anticipar aquella nueva cultura en el caso de las sociedades antagónicas, o realizarla concretamente, con su inevitable búsqueda de caminos y formas, en el caso de las sociedades socialistas. De allí, pues, que

no quepa definir al escritor por su ‘capacidad de impugnación’ o por su condición de ‘crítico de la sociedad’.”¹⁵ Y agrega: “...imposible resulta separar la literatura de las intrínsecas imposiciones de la batalla política en nuestros días. Al fin y al cabo, aunque no se proponga finalidades políticas, un escritor está inmerso en su tiempo, está modelado por su tiempo, está siempre ‘comprometido’ por acción o por omisión.”¹⁶ Un libro por sí solo no modificará las desigualdades sociales, pero puede aportar a la maduración de la conciencia social. He ahí un compromiso que sería hoy necesario renovar.

Alexia Massholder

15 Pág. 134.

16 Pág. 135.

GlobAL. BIOPODER Y LUCHAS EN UNA AMÉRICA LATINA GLOBALIZADA.

Negri, Antonio y Cocco, Giuseppe, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2006.

1. GlobAL y el debate latinoamericano después de Imperio

Antonio Negri, esta vez en compañía de Giuseppe Cocco, se inmiscuye en un debate de larga data, al cual intentará

darle un carácter renovado. El libro ofrece un arsenal teórico cargado de líneas de debate, siendo el blanco de destrucción, según los propios autores, las *ideologías periféricas*. En este sentido, se puede considerar al texto como el intento más largo de dar respuesta a muchos de los interrogantes abiertos por aquellos que han criticado *Imperio* (libro escrito junto a Michel Hardt). La respuesta, principalmente, se dirige a aquellos que han buscado líneas posibles de refutación de las tesis principales de *Imperio*. De modo que el libro se desenvuelve en la búsqueda de respuestas a los

interrogantes-refutaciones abiertos por aquellos que pertenecen a percepciones, según las denominan los autores, cercanas a los clásicos marxistas del imperalismo, y en particular a sus críticos latinoamericanos allegados a perspectivas teóricas nacional-desarrollista, nacional-popular, y sus versiones de izquierda, más conocidas como teoría de la dependencia.

Dirigiéndose, pues, al debate latinoamericano, los autores intentarán reconstruir el desenvolvimiento del estado latinoamericano. Así, trazarán un largo camino que comienza a principios de la segunda posguerra, pero que por algunos instantes se retrotrae a los orígenes de la Conquista de América. Este largo recorrido será de utilidad para la dilucidación de la particularidad histórica del estado en América. De este modo, podrán afirmar que el estado latinoamericano, lejos de ser un potenciador del desarrollo, él mismo es el límite. Una vez realizada dicha afirmación, el paso siguiente será tratar de demostrar que el motor del desarrollo (capitalista) no es el estado sino la lucha contra el biopoder, en la inexorable (?) marcha-éxodo hacia la libertad.

En síntesis, *el estado en América latina, para Cocco y Negri, es él mismo el límite del desarrollo, puesto que se ha encontrado hegemonizado por el bloque del biopoder racista de la oligarquía neoesclavista y la corporación tecnocrática*. Desde esta perspectiva, retomando el método de la inversión que desarrollara Tronti, las aperturas al desarrollo serán entendidas como respues-

tas positivas a las luchas por la libertad, la democracia y contra el biopoder.

2. Hipótesis, o de la dependencia socavada por las luchas de la *multitud* latinoamericana.

La hipótesis de trabajo será similar a aquella que expusieran Negri y Hardt en *Imperio*, a saber: que la soberanía comandada por el estado nación, tal como la hemos conocido durante la modernidad, como poder unitario, ha sido interrumpida. En otras palabras, la soberanía “en el ámbito global, en el ámbito imperial, ha sido definitivamente reconducida a una relación de fuerzas antagónicas”.¹ De este modo, podemos decir que el mundo, para Negri y Cocco, ha devenido *uno* bajo el *comando del mercado*, comando que es *puesto a crítica continuamente por la potencia constituyente de la irreductibilidad e incommensurable de lo múltiple*, es decir, por esa nueva figura de clase que sería la denominada *multitud*.

Desde las primeras páginas los autores intentan visualizar la nueva forma en que se desarrolla el capital, o, lo que es lo mismo para los autores, en que la dinámica de clases se desenvuelve. En este sentido, los autores remarcan que

1 Negri, Antonio y Cocco, Giuseppe, *GlobAL. Biopoder y luchas en una América latina globalizada*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 31 y 32. (destacado en el original)

en la nueva era del capitalismo el antagonismo irreconciliable es entre el *imperio* (relaciones sociales de producción) y la *multitud* (fuerzas productivas). La base de esta nueva forma de la lucha se debería encontrar en la transformación ontológica del trabajo, devenido trabajo inmaterial y que se manifiesta bajo la forma de *multitud*. Dicha transformación del trabajo requiere, para desplegarse, según Cocco y Negri, de libertad. La libertad es condición de necesidad para afirmar la potencia creadora de la *multitud*. No obstante, aquella necesaria libertad es imposibilitada por la fuerza fragmentaria de la persistencia de los estados en el *imperio*, y del comando del mercado que fragmenta e individualiza a la *multitud*, donde la cooperación deviene competencia, lo singular individualiza o, en otras palabras, donde lo múltiple deviene fragmento.

En síntesis, las similitudes de las hipótesis radican en que, para el caso de América latina, esta *multitud* se expresa, según Negri y Cocco, en los nuevos movimientos sociales tales como: los zapatistas de México; las organizaciones indígenas del Alto boliviano; las asambleas barriales y la resistencia de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo de Argentina; así como la conformación de partidos-red, el PT (partido de los trabajadores) y el MST (Movimiento de los Sin Tierra) de Brasil. Por otra parte, América latina es identificada como un momento del Imperio, es decir, es tan *uno* como lo puede ser Europa. Asimismo, siguiendo las líneas trazadas en Im-

perio, la potencia constituyente de los nuevos movimientos, que expresan y se organizan desde y por la multiplicidad, se cristalizaría, según Cocco y Negri, en la conformación de gobiernos de izquierda tales como el gobierno de Kirchner, Lula, Morales y Chávez. De este modo, en la institución de estos gobiernos se expresa la radicalidad de la lucha de lo múltiple, su poder (constituyente y) destituyente, al menos tendencialmente, en tanto que destrucción del bloque y del biopoder mismo. Todo este proceso causaría, según entendemos, el pasaje a la interdependencia. Por otra parte, en este asalto al biopoder la *governance*² es fundamental para el logro definitivo de la interdependencia. Este giro realizado por los autores les permite valorizar positivamente casi todo el accionar de Kirchner y, fundamentalmente, de su par brasilero, Lula.

3. El método de la inversión

La extracción de las conclusiones, o de tendencias, radican, principalmente, en el método que Negri y Cocco nos proponen. El método propuesto es aquel que fuera elaborado por Mario Tronti a mediados de los sesenta, es decir, el método de la inversión. El mismo radica en pensar el desarrollo del capital a

2 La *governance* implica una relación fluida entre gobierno y sociedad civil, que en este caso se expresa entre movimientos sociales y gobierno.

partir de las luchas desde la autonomía de la clase obrera respecto del capital – o, lo que es lo mismo, la dependencia del capital respecto del trabajo–, donde, al lograrse una cierta organización de clase (composición de clase) se puede llegar a obtener una crisis del capitalismo a partir de la *lucha por el salario desprendido de la productividad del capital*.³

El método, según observara Negri en su libro *Marx más allá de Marx*, se caracteriza en que “a la investigación corresponde la tarea de identificar el antagonismo determinante, escudriñar sus tendencias, y llevarlo a la *explosión*. Acto seguido, el análisis se desplaza

hacia un nuevo campo, lo redefine, y así sucesivamente”.⁴ En este sentido, Albertini le objeta: “El capital ya no es entendido como *contradicción en proceso* (Marx) sino como la progresiva afirmación de un sujeto conocido de antemano”.⁵ En palabras de los autores, dicho método radica, pues, “en el principio de que *primero vienen las luchas obreras y proletarias y luego el desarrollo capitalista, y que la innovación, antes de ser técnica, es siempre social*”.⁶

En el sentido que venimos trazando, podemos decir que el antagonismo determinante es el de la lucha de la *multitud* contra el Imperio, que, en el caso de América, redefine la dependencia transformándola, invirtiéndola en interdependencia. En esta redefinición los autores nos proponen la posibilidad de un pasaje definitivo, pero ello sería po-

3 Desde *Potere Operaio* (Poder Obrero), organización político-partidaria a la que Negri perteneció hacia mediados de los sesenta y principios de los setenta, se luchaba, entre otras cosas, por el salario colectivo. Es decir, la lucha se dirigía hacia el salario más allá de la producción inmediata. Esto coincidía con las tesis del pasaje de la subsunción formal a la real y la nueva composición de clase, el obrero social. Si toda la sociedad había devenido una fábrica (la fábrica difusa, la fábrica social), entonces la lucha por el salario debía extenderse más allá de ella; a su vez, esta lucha daría lugar a una “salto” revolucionario en tanto que expresaba el rechazo del control capitalista del trabajo. Además, el salario pasaba a ser una variable dependiente de la productividad, y de allí que se entendía que podía poner en crisis al capital. No obstante, este punto de vista no fue compartido por todos los grupos autonomistas de aquellos años.

4 Albertini, Claudio: “Antonio Negri, ‘Imperio’ y la extraña trayectoria del obrerismo italiano”, en Albertini, Claudio (coor.) *Imperio y movimientos sociales en la edad global*, Universidad de la Ciudad de México, México, 2004, p. 184.

5 Albertini, Claudio: “Antonio Negri, ‘Imperio’ y la extraña trayectoria del obrerismo italiano”, en Albertini, Claudio (coor.) *Imperio y movimientos sociales en la edad global*, Universidad de la Ciudad de México, México, 2004, p. 184.

6 Negri, Antonio y Cocco, Giuseppe, *GlobAL. Biopoder y luchas en una América latina globalizada*, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 34. (destacado en el original)

sible sólo a partir de la producción de *alianzas estratégicas de los movimientos sociales con los gobiernos (governance) de izquierda* de Lula, Kirchner, Morales y Chávez. Así, pues, la lucha que a nivel global redefine el imperialismo en imperio, en América latina se cristaliza como el pasaje de la dependencia a la interdependencia. De esta manera, el mundo pierde definitivamente su carácter fragmentado, conformándose un comando único, el del Imperio. Según Cocco y Negri, entonces, todo este movimiento expresa, con la dureza que implica, es decir, el estado de excepción permanente, la imposibilidad del biopoder de controlar el desarrollo de lo múltiple.

En síntesis, las líneas de contacto entre *Imperio* (de Hardt y Negri) y *GlobAL* son evidentes. Mientras que en *Imperio* nos encontramos con que el pasaje del imperialismo al imperio, a nivel mundial, se expresa en la transición de la soberanía fragmentada a una nueva forma de comando capitalista, donde el poder de lo uno, el mercado, se pone por sobre el poder dispersado de la soberanía nacional, en América latina nos hallamos ante el camino de la dependencia a la interdependencia. Ambos pasajes sólo pueden ser entendidos si nos concentramos en las luchas y en la transformación ontológica del trabajo. Es decir, mientras que el arribo al Imperio expresa, de modo invertido, las luchas autónomas del *obrero-social* de los '68, la interdependencia no es más, pues, que la puesta en crisis de la soberanía del

Estado-nación débil latinoamericano, crisis que obedece a las *transformaciones ontológicas del trabajo y a la marcha hacia la libertad* producidas por las luchas contra el bloque del biopoder (racista) de la oligarquía neoesclavista y la corporación tecnocrática.

De la hipótesis de trabajo y del método se visualiza, pues, el intento de los autores de desechar las hipótesis que expresan que la crisis de la soberanía, particularmente en América latina, se debe al imperialismo o al neoliberalismo, y no a la imposibilidad de contener el poder constituyente de lo múltiple; de modo que si los gobiernos quieren obtener buenos resultados deberán entender que su desarrollo depende de la relación, *governance*, que logren sostener con los movimientos. Finalmente, una vez expuesto el método, queda más claro por qué los autores dicen que la ruptura de la dependencia no es posible por y desde el Estado, el cual no hace más que detenerla, sino más bien por las luchas de la *multitud* en su marcha hacia la libertad.

Una última observación acerca del método implica dar cuenta del modo en que el método de la inversión se cruza con las concepciones foucaultianas acerca del poder. Brevemente, si en Foucault el poder no es solamente coerción, sino que a su vez posee un carácter productivo, esto es, la creación de su propia resistencia, en un giro claramente foucaultiano, Negri y Cocco proponen observar la productividad del neoliberalismo. En este sentido es que

expresan la imposibilidad de retornar a formas de desarrollo capitalista de tipo keynesiano, y sus variantes latinoamericanas desarrollistas, pues el neoliberalismo ha barrido con aquello, pero además, y fundamentalmente, provocó la *emergencia* de un nuevo sujeto: la *multitud*. Es esta *multitud* (fuerzas productivas) la que no puede realizar su creatividad sino a través del libre flujo del *general intellect*. En otras palabras, para que las nuevas formas de trabajo sean posibles requieren de democracia y movilidad. De modo que, finalmente, *la imposibilidad de resucitar al desarrollismo se encontraría en la determinante transformación ontológica del trabajo inmaterial*.

4. México, Argentina y Brasil

Por otro lado, los autores tomarán a las tres “economías” (así es como las mencionan) más grandes de América latina con el fin de adoptarlas como referentes empíricos del paradigma que quieren desarrollar. Estas economías son la de Brasil, la de Argentina y la de México; a su vez, la de Brasil será tomada como el paradigma del paradigma.

Tomar a estos países les permitiría hacer observaciones acerca del pasaje de la dependencia a la interdependencia. ¿Cómo? Principalmente en las acciones de los gobiernos de Brasil y Argentina, que, al pagar la deuda externa, se alejan de la hipótesis de la *desconexión*, elaborada, fundamentalmente,

por Samir Amin. Hipótesis que es largamente retomada por un amplio espectro del *tercermundismo*. En este sentido, el “desendeudamiento” de los estados latinoamericanos, lejos de ser leído como un cambio en la estrategia imperial, o del imperialismo, o lo que sea, lo mismo da, es comprendido como un accionar que condice con el (¿inexorable?) pasaje a la interdependencia.

5. Algunas observaciones

A mi modo de entender, el libro posee aciertos en lo que refiere al desarrollismo, en tanto que en su seno existe un determinismo tecnológico y eurocéntrico que los autores llaman biopoder (racista). Por otro lado, creo que no pueden ser menospreciados los cambios en las formas en que se manifiesta el trabajo, aunque considero que no debe generalizarse tan rápidamente acerca de una cierta inexorable expansión del posfordismo, o, lo que sería un cierto sinónimo, el trabajo inmaterial, como así tampoco entender que un cambio de forma implica un cambio ontológico. Es decir, ni todo cambió ni todo sigue igual.

Por otra parte, creo que es, en algún punto, un acierto pensar al desarrollo del capital, o mejor dicho a las transformaciones del capitalismo, a partir de su capacidad de integrar (en modo fetichizado) la lucha de clases. No obstante, el método que utilizan no puedo compartirlo, pues no puede explicar

cómo es que el capital se integra a la lucha sólo como reacción. Es decir, no ven al capital como un sujeto fetiche, trabajo alienado. En este sentido, menos aun compartimos la concepción de los autores acerca de la *governance*. Asimismo, aunque es cierto que el enfoque de la inversión, propuesto por Tronti y retomado por Negri, retoma la centralidad de la lucha de clases, no menos cierto es que tanto el capital como el trabajo son entendidos como esferas separadas, que reaccionan como polos opuestos pero no contradictorios. Por otra parte, y en rechazo a las tesis de la *governance*, si el método de la inversión nos había devuelto la lucha de clases como motor de la historia, lo había hecho como motor de ruptura. En ese sentido, entendemos que no podemos pensar que la *governance*, es decir el modo en que el capital integra la lucha y la usa para su desarrollo, nos permitirá el asalto del cielo, ni siquiera como alianza estratégica. En otras palabras, ello sería leer a los gobiernos de América latina como lo hace el New York Times, es decir, como la revolución puesta en acto.

Por último, considero que una vez más Negri, esta vez en compañía de Cocco, nos propone un controvertido

debate acerca del actual desenvolvimiento capitalista y su constante dependencia del trabajo. Sin embargo, las críticas no van a, ni pueden, hacerse esperar, porque, principalmente, urge un debate que nos permita pensar lo nuevo y lo viejo, lo permanente y lo transitorio del capitalismo, y, por lo tanto, lo permanente y transitorio en las formas de luchas que nos permitan derribar este mundo lleno de muerte. Es por ello que hablar de gobernar la interdependencia a partir de la *governance*, o, lo que es lo mismo, aclamar por una alianza estratégica entre movimientos y gobierno, es aclamar por la subsunción al comando del capital, al comando del trabajo muerto. Finalmente, esto resuena un viejo determinismo del desarrollo de las fuerzas productivas, en tanto que el pasaje a la interdependencia puede ser leído como el inexorable tránsito del fordismo al posfordismo. Pero, como muchas veces nos han recordado, la historia es hereje y se ha cansado de demostrar que nunca una revolución ha venido del desarrollo de las fuerzas productivas entendida como cosa, sino de la insubordinación de la clase que vive del trabajo.

Rodrigo F. Pascual

LOS '68. PARÍS-PRAGA-MÉXICO

Fuentes, Carlos, Buenos Aires, Editorial Debate, 2005.

Que el año 1968 significó un año de múltiples revueltas a nivel global no resulta un dato nuevo. Sin embargo, las interpretaciones que hagamos de esas luchas pueden ser muy diversas. Especialmente, cuando analizamos sus consecuencias. El “mayo francés”, la “primavera de Praga” y la matanza de Tlatelolco en México, ¿significaron triunfos o derrotas? ¿Qué enseñanzas podemos sacar hoy del proceso de luchas abierto en 1968? En el prólogo de este texto, el escritor mexicano Carlos Fuentes nos propone pensar en estas revueltas como “victorias pírricas”: en vez de abordarlas como derrotas, podemos considerarlas como “victorias aplazadas”, que se manifestarían no inmediatamente, sino dislocadas en el tiempo.

Uno de los factores más interesantes que nos presenta este libro es la posibilidad de acercarnos al proceso de 1968 desde las vivencias del propio autor durante ese mismo año, escribiendo desde dentro de las mismas revueltas. La promesa de Fuentes de no haber realizado modificación alguna se comprueba al avanzar en la lectura de sus páginas. Así, nos encontramos tanto con entrevistas a protagonistas y fragmentos de discursos, como con las frases pintadas en los muros por los sujetos en lucha, además de distintos dibujos que inter-

pretaron el proceso desde el movimiento artístico. A la vez, el texto está escrito con una prosa inteligente y emotiva.

Fuentes identifica la génesis de las revueltas con la lucha contra la guerra de Vietnam, desatada no sólo en los Estados Unidos, sino en todos los países más industrializados. El repudio era a la guerra armada contra un pueblo desarraigado, lo cual era expresión de una guerra continua contra todos los países y trabajadores del llamado “tercer mundo”, usándolos como proveedores de mano de obra barata y como consumidores de la “chatarra” proveniente del Norte.

En este sentido, el “mayo francés” es caracterizado como “una fiesta y una demanda”, como una revolución de profundas raíces morales. Las protestas, que tendieron a unir a jóvenes estudiantes y a trabajadores de todo el espectro laboral a lo largo de Francia, significaron una profunda crítica a la sociedad industrial y de consumo. La explosión fue en todos los sectores del trabajo: arquitectos, científicos, pintores, artistas, periodistas, enfermeros y doctores, cineastas, etc. El significativo aporte que hace el autor es incorporar, en su relato, algunos debates que ocurrieron “tras bambalinas” durante las protestas estudiantiles de la Sorbona. Entre ellos, se aproxima al quiebre producido entre los estudiantes y algunos científicos sociales que se opusieron a la causa estudiantil, tales como Raymond Aron. Por otro lado, rescata la figura del intelectual del existencialismo, Jean-Paul Sartre, quien

se unió a la lucha de mayo haciendo significativos aportes para la construcción de una “universidad crítica”.

Según los relatos recogidos por Fuentes, las revueltas en Francia ponían en jaque las viejas estructuras de izquierda, tanto al Partido Comunista francés como a la *Confederation Générale du Travail*, la CGT francesa.

Entonces, una de las causas de la derrota coyuntural del ‘68 habría sido que estas organizaciones “reencausaron” la lucha revolucionaria a través de los canales del estado capitalista: la lucha por la semana de cuarenta horas, por el aumento de salarios, etc. Entonces, se dejaron de lado las prácticas de autogestión en la fábrica y la auto-organización en la base política, los grandes objetivos del proyecto revolucionario, según los estudiantes parisinos. Esto provocó la falta de confluencia entre el movimiento estudiantil y la dirigencia de la izquierda institucional, lo cual también colaboró con la licuefacción del movimiento.

Por otro lado, la segunda gran revuelta europea de 1968 tuvo lugar en Praga, Checoslovaquia. Esta se producía en el corazón del bloque soviético en Europa. La propuesta de avanzar en un “socialismo democrático”, de Alexander Dubcek y un grupo de políticos comunistas checos sufrió, según Fuentes, “dos muertes”. Una, en agosto del ‘68, cuando los tanques soviéticos entraron en la ciudad para impedir las elecciones internas, con sufragio secreto, dentro del Partido Comunista. Otra,

en abril del ‘69, cuando Moscú intervino para derogar la Ley sobre la Empresa Socialista, la cual tomaba a los consejos de fábrica como los centros democráticos de la iniciativa política obrera. El sueño de Dubcek de establecer la democracia en el partido y en la sociedad se desmoronó con esta “segunda muerte”, al ser reemplazado por un grupo político cercano a Moscú. Fuentes enlaza el relato sobre el proceso checo con sus propias vivencias en Praga junto a escritores como Julio Cortázar, Gabriel García Márquez y Milan Kundera.

Por último, analiza la revuelta estudiantil que desembocó en la matanza de más de cuatrocientos jóvenes durante una manifestación en la Plaza de las Tres Culturas, en la ciudad de México, el antiguo centro ceremonial azteca de Tlatelolco, el 2 de octubre del ‘68. Nuevamente, Fuentes detalla este proceso con su prosa, altamente descriptiva e íntima a la vez. Retrata algunos debates de los estudiantes, quienes se preguntaban dónde estaba la justicia en un país donde sesenta personas tenían más dinero que sesenta millones, donde los sindicatos y los medios de comunicación estaban maniatados por líderes políticos corruptos. Pero la protesta, tras la matanza, sería fuertemente aniquilada. Los cadáveres de los jóvenes fueron enterrados en tumbas comunes. El presidente Gustavo Díaz Ordaz sólo reconocía en los estudiantes muertos a subversivos, enemigos de la república

y la democracia, que no merecían siquiera un cortejo fúnebre.

Carlos Fuentes presenta en este libro una compilación sugestiva de relatos *in situ*. Y deja para la reflexión de los lectores una pregunta provocativa: ¿podría haberse logrado la apertura democrática en estos tres países sin las protestas descritas? El autor arriesga que “quizás aun sin mayo en París, sin pri-

mavera en Praga y sin Tlatelolco en México, las nuevas sendas de la democracia y la crítica social se hubiesen, de todos modos, abierto paso.” Sin duda, esta conclusión continúa el debate sobre el proceso de revueltas desarrollado no sólo en 1968, sino en toda la década del sesenta.

Luciana Ghiotto

NOTA PARA COLABORADORES

Las colaboraciones deberán ajustarse a las siguientes características de presentación:

- 1) Las colaboraciones serán enviadas por correo electrónico a [dcampione@gmail.com.](mailto:dcampione@gmail.com), en formato de hoja A4, letra Times New Roman tamaño 12 o Arial tamaño 11. Se agregará una página con nombre del autor, domicilio, dirección de e-mail, teléfono y breve información sobre su pertenencia institucional. En lo posible, se hará llegar una copia en papel.
- 2) Los artículos tendrán una extensión máxima de 40.000 caracteres (con espacios), las notas y comunicaciones, 20.000, y las reseñas bibliográficas, 10.000.
- 3) Los artículos de investigación incluirán *abstracts* de no más de cien palabras, en español e inglés.
- 4) Las citas y notas bibliográficas se incluirán al pie del texto, con el siguiente formato: Apellido y nombre del autor, título del libro en cursiva, ciudad de edición, editor, año de publicación. En caso de ser artículos de revista, se entrecomillará el título del trabajo y se consignará en cursiva el nombre de la publicación, agregando número, volumen, serie, año y páginas. Criterio similar deberá asumirse con los capítulos de libros u obras colectivas.
- 5) Las Reseñas Bibliográficas irán encabezadas en el siguiente orden: nombre y apellido del autor o autores de la obra comentada, título, lugar de publicación, editorial y año de edición, nombre y apellido del autor de la reseña.
- 6) Todas las colaboraciones recibidas serán examinadas por el Consejo Asesor de la revista.

A LOS LECTORES

La Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas
cuenta con un espacio radial: **PUENTE 1**,
los viernes de 18 a 20 hs. por FM La Tribu,
88.7 del dial.